



Manuel Maples Arce

# Soberana juventud

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es). Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial. La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

# SOBERANA JUVENTUD

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

*Raúl Arias Lovillo*  
Rector

*Porfirio Carrillo Castilla*  
Secretario Académico

*María Antonieta Salvatori Bronca*  
Secretaria de Administración y Finanzas

*Agustín del Moral Tejeda*  
Director General Editorial

# Soberana juventud

Manuel Maples Arce

(Memorias II)



Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Diseño de forros: Lizeth Pedregal, a partir de una fotografía del archivo familiar de Mireya Maples Vermeersch

Clasificación LC: PQ7297 M274 S6 2010  
Clasif. Dewey: M868.44  
Autor: Maples Arce, Manuel, 1900-1981  
Título: Soberana juventud : (Memorias II) / Manuel Maples Arce.  
Edición: 1a ed.  
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz : Universidad Veracruzana, 2010.  
Descripción física: 213 p. : il., retrs. ; 23 cm.  
ISBN: 9786075020136  
Materias: Maples Arce, Manuel, 1900-1981~Biografías.  
Autores mexicanos-Siglo XX~Biografías.

DGBUV 2010/22

Primera edición, mayo de 2010

© Universidad Veracruzana  
Dirección General Editorial  
Apartado postal 97  
Xalapa, Ver., 91000, México  
diredit@uv.mx  
Tel / fax (228) 818 59 80; 818 13 88

ISBN: 978-607-502-013-6

Impreso en México  
Printed in Mexico

# I

Cuando mi padre me anunció sus propósitos de mandarme a reanudar mis estudios al Instituto Veracruzano, donde él había hecho también sus estudios preparatorios en los tiempos en que era director del colegio don Esteban Morales, sentí un inmenso regocijo en que se asociaba la satisfacción de ir a esa ciudad realzada por fastos históricos y el prestigio de ser el primer puerto de la República, a la alegría del joven que busca en la libertad la cristalización intelectual y nuevas razones espirituales para desenvolver su destino.

En estos momentos de evocación recuerdo con claridad espectral mi llegada al puerto de Veracruz, la singular plasticidad de sus edificios vistos desde el mar, el desembarco, la marcha hacia el hotel y las primeras diligencias en la ciudad, que me daban la íntima satisfacción de moverme dueño de todos mis pasos en aquellas calles de recios balconajes, recorridas por amarillos tranvías y alegradas por mujeres vestidas de vaporosos trajes.

Todo me parecía bello y expresivo; admiraba el gesto vivaz de las gentes y fui a mezclarme a la bulliciosa tertulia de los Portales, donde, por fortuna, encontré a un amigo de la infancia que, solícito, me consiguió un cuarto en la misma casa de huéspedes donde él vivía. Al principiar la siguiente semana, me encaminé al domicilio del director del Instituto, don Julio S. Montero, que a la sazón habitaba en las inmediaciones de la Alameda, para hacerle entrega de la carta de introducción que mi padre me había dado para él.

Don Julio S. Montero era un maestro admirable. Durante el tiempo de la ocupación norteamericana en Veracruz mantuvo la disciplina y el espíritu de estudio en el Instituto, aunque desposeído de plantel, pues éste había sido ocupado por las fuerzas invasoras. Después, durante el gobierno provisional del señor Carranza, continuó el plantel destinado a otros usos,

pero gracias a la energía de su director y a la fervorosa colaboración de los profesores, la educación se mantuvo con todo vigor; las clases se daban en las casas de los propios maestros y los hogares se transformaban en aulas donde se reunían los estudiantes diariamente bajo el estímulo del sacrificio de sus mentores.

¡Qué expectación sentí al subir las escaleras de aquella casa donde vivía el maestro Montero! Lo veo al fondo del corredor que trascendía la limpieza hogareña mantenida por las manos hacendosas de doña Débora, su mujer. El maestro aparece en mi recuerdo, nítidamente vestido de blanco, mirándome con sus ojos azules por encima de los espejuelos, la cabeza inclinada hacia adelante, donde brillaba su sonrosada calva, por la que de vez en cuando pasaba un pañuelo blanco para limpiar las gotas de sudor. Después de leer la carta de mi padre, me interrogó acerca de mis estudios y mis propósitos. La expresión de su rostro, la energía de su ademán y su resolución de hombre entregado a las responsabilidades de la educación ganaron mi respeto desde el primer momento. Montero era hombre de poderosa inteligencia, sumamente estudioso, lector infatigable que aprovechaba cualquier momento entre clase y clase para nutrir su espíritu. De férrea voluntad, mantenía la disciplina escolar en términos de dignidad para la escuela, compatibles con la libertad intelectual y la expansión natural de la juventud. Desde mi primera entrevista cobrele cariño y él tuvo para mí simpatía. Era hombre de rectitud intachable y su prédica de maestro la afirmaba siempre íntegramente con su conducta. Muchos años después, cuando ocupé la Secretaría de Gobierno del Estado durante el ejercicio del general Heriberto Jara, tuve una muestra de aquella insobornable rectitud. Había necesidad de nombrar el secretario de la dirección de Educación y pensé en mi viejo maestro que se hallaba, enfermo y pobre, residiendo en la ciudad de Puebla; lo llamé haciéndole la proposición para desempeñar dicho cargo; él acudió a mi llamada, pero al enterarse de que la Ley de Educación del Estado exigía el título de profesor normalista, me envió una carta de excusa y de despedida y regresó antes de que yo pudiera ejercer alguna presión de orden sentimental, pues los altos títulos de este hombre como educador me parecían superiores al requisito formal que se exigía. Mas él, en su delicadeza y su pasión por el cumplimiento de una ordenanza, prefirió sacrificarse, pues me consta que la declinación representaba un verdadero sacrificio dentro de las condiciones económicas en que se encontraba.

Después de haberme inscrito en el Instituto Veracruzano, reanudé los estudios preparatorios que había interrumpido en Jalapa, a causa de la Revolución, el año 1914. Encontré en el Instituto una atmósfera de compañerismo, de comprensión en los maestros y de condiciones de expansión a mi espíritu juvenil.

Las clases de los primeros cursos se llevaban a efecto en un local ubicado en la Alameda, no muy propicio a los menesteres escolares, deficiencias que se suplían por la autodisciplina y el gran empeño de los maestros.

En este primer año, las clases estaban a cargo de un joven profesor, que brillantemente había surgido del seno del propio Instituto, Carlos Hernández Vives, quien era, pese a su juventud, un catedrático de grandes facultades y de resuelta energía, pues a veces se desbordaba la turba juvenil y era necesario volverla a los cauces de la disciplina. En ocasiones, la malicia escolar le acarrea problemas como para probar su competencia y saber, e incluso con vistas a exponerlo al ridículo, pero hay que decir, en honor de este joven profesor, que siempre supo salir airoso de tales tramas estudiantiles. La puntualidad del maestro Hernández, como la de todos los otros maestros, forma parte de estos recuerdos, a los que agregó que, cuando por alguna circunstancia faltaba uno de los profesores, no se perdía la clase, pues el director se hallaba lo suficientemente bien preparado para suplir al ausente, no obstante el buen deseo de los alumnos de tener alguna vez una hora de holganza.

No pasaron muchos meses sin que lográramos instalarnos, ya en debida forma, en el edificio que fuera siempre del colegio, con lo cual se reorganizó y aprovechó mejor el tiempo, pues antes había necesidad de ir de un lugar a otro de la ciudad y ahora estábamos reunidos en un bello local.

Para todos fue una gran alegría llegar a aquel recinto de aiosos corredores, con su amplia escalinata, su fuente en el centro del patio, sus nutridas estanterías, su magnífico salón de actos, sus laboratorios de física y de química, sus aulas claras y luminosas y que, en conjunto, formaban un marco agradable. Teníamos enfrente la Escuela Naval, ya nimbada por la gloria de los Azueta y los Uribe, y al flanco el jardín donde por las tardes, cuando el sol declinaba y se refrescaba el ambiente, nos reuníamos en corrillos para comentar los incidentes del día, pasar revista a nuestras juveniles inquietudes y preparar alguna alegre escapada.

Las clases se desarrollaron mejor; los maestros estaban más en contacto con el alumnado y la vida escolar tomó un ritmo más equilibrado.

Entre las preocupaciones estudiantiles surgió entonces la idea de organizar una sociedad de alumnos con fines culturales y recreativos. Ocurrió que el grupo de los alumnos del primero y el segundo año que se consideraban por el número con el derecho a nombrar a uno de ellos como dirigente, lanzó mi candidatura para presidente de la naciente organización, contra la postulación de uno de los alumnos del quinto año, que, naturalmente, fue arrollada por la mayoría de los cursos inferiores.

En aquella época el sentimiento revolucionario tomaba formas violentas de odio hacia el pasado que revestían actitudes iconoclastas. En el afán de destruir el ayer que había sido tan cruel para el pueblo, intentábase derribar hasta los edificios vinculados a tiempos que recordaban la opresión. De estas confusas apreciaciones estuvo a punto de ser víctima el Palacio Municipal, cuyo aspecto ruinoso facilitaba el deseo de demolerlo, reforzado por el encono contra el testimonio de épocas aborrecibles. Se olvidaba, naturalmente, el valor histórico y cultural que para la ciudad representaba este ejemplar arquitectónico, que, aunque modesto, tiene su propia prestancia y una significación extraordinaria como albergue nada menos que de esa institución popular que es el consejo municipal, uno de los primeros fundados en América.

Aún tengo viva en la memoria la escena que presencié una tarde, mezclado a la multitud, desde el portal de la calle de Lerdo, cuando se preparaba la destrucción del histórico edificio. El jefe de las armas, con toda la buena fe de quien quiere acabar con lo que él consideraba una reliquia de viejas formas opresivas, acaso con el deseo de levantar en el mismo lugar un nuevo edificio, pero sin advertir que esas piedras constituían un legado que pertenece, por legítimo derecho, al pueblo y forman la herencia que ningún régimen debe destruir, arengó a la multitud y, simbólicamente, cogió la piqueta y asestó el primer golpe sobre el venerable monumento. Había en ese odio algo del furor que resplandeció en la Revolución Francesa al destruirse la Bastilla, y de cuya retórica se han nutrido todas las revoluciones del mundo. Pero yo, pese a mi juventud, discernía que al amparo de aquellos muros se habían resguardado los primeros representantes de la autoridad popular. Me parecía injusto pretender castigar aquella Casa Consistorial por las culpas de los hombres, y sentí que debíamos defenderla, impedir que fuera derribada, y con toda diligencia reuní a un grupo de compañeros para discutir el asunto y oponernos públicamente al atentado. Enviamos

telegramas pidiendo que se salvara el monumento al primer jefe, al gobernador del Estado, y fuimos en comisión a los diarios de la ciudad, donde encontramos franco apoyo a nuestra iniciativa; buscamos la colaboración de personalidades veracruzanas, que entendieron la necesidad de impedir este acto desconsiderado; efectuamos una velada, donde expliqué por qué considerábamos inútil e inconveniente la destrucción de ese edificio cuya existencia estaba vinculada a la crónica de la ciudad.

Todos nuestros persistentes esfuerzos lograron contener la obra destructiva, y aunque el viejo palacio permaneció abandonado y musgoso por largos años, no se renovó la funesta tentativa, y más tarde, con reformas y adiciones, se le restauró. Aquella decisión estudiantil lo salvó y, ligándolo al destino de la ciudad, sigue presidiendo las cotidianas alegrías y los desbordados regocijos de su pueblo.

Durante aquel primer año de escuela preparatoria, vino mi familia a residir al puerto. Mi padre, que era natural de Veracruz, donde contaba con viejos amigos y camaradas, se encontraba a gusto en la ciudad de su niñez. A veces, hacíamos largas caminatas por las viejas calles, y recuerdo cuánto gozaba al enseñarme algún rincón familiar como la Plazuela de la Campana, donde había vivido en su infancia, contándome anécdotas en las que se asociaban nombres de amigos ilustres como Mario Molina, Diódoro Batalla y Pancho Arias, director de *La Opinión*.

Vivíamos en la esquina de la calle de Leona Vicario y la callejuela de José Joaquín Herrera. El parque y los Portales eran mi vecindario. Me mezclaba mucho en la vida de los cafés, lo que allí es cosa corriente, pues en ellos saludamos a los amigos, nos enteramos de la noticia del día, cambiamos impresiones y discutimos, como en una universidad libre y liberal. Sin embargo, yo prefería un café de la calle de 5 de Mayo que sólo era ruidoso a ciertas horas del día y en el que me empeñaba con otros amigos en darle lustre literario, pues ya en aquellos días mi pasión por las letras se iba definiendo. Pero el propietario del local no parecía mostrar mucho agrado con nuestra asistencia poco productiva y muy locuaz, lo que nos obligó a buscar refugio en el café Nuevo Mundo de la avenida Independencia y Esteban Morales, donde los camareros nos atendían de manera muy solícita y donde por las dimensiones del local podíamos disfrutar de un rincón aislado. En él pasé muchas horas de grata conversación, de lecturas y de ensayos literarios. Este lugar se encontraba entre mi casa y el Instituto. Allí me detenía al regresar de la escuela.

Era una especie de oficina en que dejaba recado a mis amigos y recibía a mi vez mensajes de ellos. Mi paso por el café era advertido por un reguero de colillas, pues entonces acostumbraba fumar insistentemente mientras repetía las tazas de café, lo cual me valió en una ocasión ser aludido en las famosas *calaveras* que cada año daban pábulo al buen humor de los costeños, con una cuarteta que iba a recordar para siempre:

Murió de neurastenia literaria  
este poeta temblón y cafetero,  
que vivió siempre solo, cual un paria,  
llevando un piloncillo por sombrero.

Después de esta broma sustituí aquel sombrero grotesco por otro de carrete, duro como madera, que yo creí que me sentaba a maravilla y me infundió ánimo para declararle mi amor a mi pequeña musa escolapia. Una mañana la esperé sofocando mi timidez; le confesé la honda impresión que me había producido su persona, pero en el momento culminante de mi elocuencia, un viento costero, de esos que se encañonan por las calles laterales, me arrebató el sombrero antes de que pudiera sujetarlo y se lo llevó por el filo de la acera rodando vertiginosamente, mientras que yo, desesperado, titubeé un momento entre suspender mi declaración o recuperar mi sombrero. En un alivio del viento creí poder alcanzarlo y regresar rápidamente; cuando lo iba a recoger, volvió a soplar la racha y el sombrero emprendió nuevamente su carrera; quise entonces abandonarlo y regresar hacia la chica, pero ella estaba ya cerca del portón de la escuela, desde donde volvió el rostro con una sonrisa burlona. Y así, por estas indecisiones, me quedé como el perro de las dos tortas: sin muchacha y sin sombrero.

No perdí, durante muchos años, el hábito del cigarrillo y del café, que bebía en exceso, pues me imaginaba que eran estimulantes literarios, tal como lo había oído decir en aquellos remedos de bohemia. Más tarde tuve la convicción de su inutilidad y renuncié al tabaco radicalmente, pero no reprimí mi gusto por el café, y aunque en forma moderada, no he prescindido de este hábito veracruzano contraído en mi primera juventud.

Recuerdo que fuera del Instituto uno de mis primeros amigos fue Roberto Prado, muchacho de tez pecosa, ojos vivaces y cabello pelirrojo, alegre y rápido de ingenio. Vivía en la calle de 5 de Mayo en una casa de recios

balcones; la biblioteca ocupaba una estancia amplia, fresca, con varias estanterías provistas de libros literarios. Gracias a que su madre me había abierto las puertas de su casa, por lo cual entraba y salía como de la mía, me instalaba por largas horas, disfrutando de la biblioteca que había sido del padre de Roberto, sin que nadie me molestara. Allí leí a muchos escritores y poetas latinoamericanos en los que esta colección abundaba. Allí esperé a mis amigos, con quienes hice lecturas en voz alta de las páginas que más nos interesaban y en las que participaban otros dos amigos, también aficionados a la literatura, Freire y Maraboto Henaro. Con este último tuve una amistad muy estrecha. Su sensibilidad lírica era realmente extraordinaria, y todavía ahora me pregunto por qué razones dejaría de escribir. Recuerdo que sus poemas tenían una suave musicalidad y un estilo muy moderno, lo que les daba gran encanto. Sentíamos ya, Maraboto y yo, el tedio de los gustos literarios que por aquel entonces imperaban en la provincia y comenzamos a leer a los maestros del modernismo. Nos alegraba descubrir en el escaparate de alguna librería un nuevo libro de Juan Ramón Jiménez o de los Machado, y el que primero podía adquirirlo lo prestaba al otro o lo leíamos juntos en voz alta, subrayando las sorprendentes bellezas o comentando sus singulares metáforas. Con el mismo interés adquiríamos los libros de Rubén Darío, Amado Nervo y Luis G. Urbina; los leíamos con honda delectación, pues sentíamos que traían algo más vivo para nuestras almas. Maraboto era, no obstante su modernidad metafórica, un sentimental. Se enamoró perdidamente de una chica cuyo retrato, hurtado de un estudio de fotografía, guardaba oculto en la cartera, y de vez en cuando lo sacaba para dedicarle largas miradas contemplativas. Yo, en cambio, suspiraba por una colegiala vecina mía, que me había cautivado por su dulce mirada, su rostro delicado y la pasión con que interpretaba en el piano los vales románticos de Ricardo Castro y Villanueva, que yo escuchaba al pie de su balcón con la esperanza de que saliera después para mi contemplativo regocijo. Siempre, a ciertas horas, la música fluía de aquella casa. A veces era música pedagógica; expresivas escalas, torrentes líricos que me conmovían. ¡Con qué gran anhelo me acercaba yo a aquel balcón y cambiaba confianzas con Maraboto Henaro, afligido por idéntica pasión! Por aquellos días publicamos un periódico, *Órgano de la Sociedad de Estudiantes*, en cuyas páginas enviamos mensajes de amor tan sinceros como desventurados. Pronto me arrepentí, sin embargo, de aquellos desahogos líricos, pues además de que el nombre

de mi heroína me recordaba la tragedia amorosa de Espronceda, no me parecía que alcanzaran el milagro poético que era el objeto de mi búsqueda. Mi orientación intelectual deseaba niveles superiores a los de la satisfacción íntima, y me percaté de que, aunque la creación poética tiene relación estrecha con nuestra vida, para ser auténtica no debe dejarse dominar por sentimientos fáciles y halagos pueriles.

Posteriormente, mi esfuerzo por alcanzar una conciencia estética rigurosa se convirtió en resolución insobornable. Apareció, en aquel periódico un poema mío, en que la intención amorosa no le restaba valor poético, y fue reproducido e imitado por algún otro de los poetas jóvenes. Este poema, fue el que me atrajo la amistad de Maraboto Henaro, y nuestra impaciencia de superación fue a la vez factor que terminó con la vida del periódico, a la que me había lanzado con tanto entusiasmo en compañía de Enrique Esparza y de Joaquín Moreno Suárez, que después se graduaron de médico y abogado respectivamente. Entonces fue cuando comencé a colaborar esporádicamente en *El Dictamen*, cuyas prestigiosas páginas y amplia circulación constituían estímulos para el novel escritor; de esta manera, en la selecta sección dominical, mi nombre apareció asociado al de los más conocidos escritores.

No sé por qué circunstancia había ido a parar a ese diario para ocupar el cargo de jefe de redacción el poeta Miguel Othón Robledo, al que ya conocía de nombre por sus versos publicados en periódicos y revistas de la capital, y no sé tampoco cómo me hice amigo de él, pero tengo muy presente que algunas noches iba yo a la redacción, y entre las horas de espera de la llegada de los telegramas, sacaba Robledo de un armario un legajo de papeles que me parecía un tesoro, y me leía con lánguida entonación sus poemas de ensueño y desencanto. Los versos de este poeta, en gran parte injustamente olvidado, participan de una visión lírica simbolista, de una sonoridad cristalina y a veces de la vaguedad verlainiana. Por desgracia, la debilidad que hacia el alcohol sentía era ya dominante en él, y terminó por hundirlo en la oscuridad y la miseria. Fue esta la causa de que nuestra amistad fracasara, pues siempre tuve aversión por este vicio, y difícilmente puedo soportar la compañía de gente inclinada a la embriaguez.

Las conversaciones con Maraboto tenían un marcado carácter literario, se referían a libros, corrientes intelectuales y rumbos nuevos del pensamiento. Palpitaba en ellas la curiosidad, pero siempre que a nuestras pláticas se asociaban otros compañeros, caíamos en la broma y la frivolidad. Para ridi-

culizar la pasión de Maraboto, alguien escribió una ingeniosa parodia de la *Sonatina* de Darío, sin ninguna consideración a los inflamados sentimientos de mi amigo ni al genio del poeta de las *Prosas profanas*.

En aquellos años los cambios en la vida de la gente eran repentinos y producían consecuencias incalculables. Un día me enteré por la visita de mi amigo, y confidente de adolescencia, Maraboto Henaro, que su familia dejaba la ciudad de Veracruz para establecerse en Mérida. Nos despedimos en el muelle y nunca más volví a verlo. Supe después que se había instalado en Nueva York, dedicado a los negocios, pero las noticias fueron siempre inciertas, vagas, y nunca supe su fin. Así terminó una amistad que tan grata y útil fuera a mi juventud.

Las diversiones y desenfados tenían a veces formas inesperadas. Dionos en la ocurrencia de invocar a los espíritus, utilizando las mesas magnéticas, y en la biblioteca de la familia Prado nos reuníamos para llamar a los ingenios célebres, particularmente poetas, que generalmente se presentaban de pésimo humor a escribir epigramas injuriosos para alguno de los presentes. Otras veces, cuando la mesa era llevada de un lado para otro con aviesas intenciones de mensajes, tan ultraterrenos como malintencionados, los dictados se embrollaban y exigían una interpretación. Y en ocasiones ocurría que en la oscuridad y el silencio, algún espíritu chocarrero sacudía los muebles, agitaba las sillas y armaba tremendo alboroto, que hacía acudir a la señora de la casa, inquieta por la conservación del mobiliaje.

Una de las diversiones más populares en Veracruz ha sido siempre el baile; nuestras gentes aman la música, la bulla y la alegría, de manera que resultaba fácil divertirse, especialmente los sábados, ante la promesa del domingo baldío. Los bailes familiares eran frecuentes y no muy formales en la invitación, pues si se acercaban a la casa algunos muchachos de buena presencia, se les acogía cordialmente, máxime si alguno tocaba el piano, como era el caso de aquel estudiante Insástegui, más tarde médico, de tan simpáticas maneras, gracias a las cuales quienes lo acompañábamos podíamos participar en la invitación, dándonos ocasión para bailar y conversar con las muchachas y hacer nuevos amigos. Pasan por mi memoria aquellas horas vibrantes de ritmo y alegría como por un caleidoscopio, y todavía veo atractivas figuras y oigo las risas y el júbilo fugaz.

Uno de estos bailes fue para mí motivo de amargura, pues aquella niña que vivía en su jaula de música bailó muy asiduamente cierta noche con

uno de mis compañeros de curso superior, lo cual me hizo comprender que eran imposibles mis proyectos de felicidad. De tiempo en tiempo, se abrían en todo su esplendor y profusión de luces los salones de la Lonja Mercantil, del Casino Español, y los más modestos y no menos sugestivos por sus fascinantes mujeres del Círculo Veracruzano. Las bellezas de nuestra tierra constituían y siguen constituyendo un particular atractivo; por dondequiera se las encuentra con su porte erguido y su firme busto destacado bajo los vestidos estivales, como evidentes maravillas. Buscábamos la presencia de las guapas muchachas; no había más que darse una vuelta por la avenida de la Independencia y, por las tardes, en el malecón; nos las encontrábamos en el cine Variedades o en la serenata del jardín municipal para recrearnos y sentir un inmenso júbilo vital.

Los domingos, por la mañana, se bailaba en el Club de Regatas; más tarde esta costumbre se transfirió a Villa del Mar; los tranvías desfilaban con su carga de paseantes, y yo me confundía con la multitud, a veces solo, a veces en compañía de amigos, en busca de una impresión gozosa. La brisa del mar, los frescos efluvios que calmaban la sensación ardiente del sol, la belleza de aquellas jóvenes y la variedad colorida de los trajes vibrando sobre el “tremolio de la marina”, agitaban enigmáticamente nuestro espíritu. Recuerdo estos alegres paseos dominicales que inconscientemente esperaba llegaran como un final feliz de los trabajos de cada semana.

Los cursos regulares ocupaban en la escuela la mayor parte del tiempo; las mañanas estaban consagradas a las matemáticas, las ciencias naturales y otras materias que requerían concentrada atención, y las tardes a los idiomas (inglés y francés), dibujo, música y ejercicios físicos. Al frente de la cátedra de matemáticas, en los años superiores, se encontraba un viejo marino que había recorrido el mundo y gustaba de relatar anécdotas de sus andanzas. Su poderosa voz, que parecía estar dando órdenes, y sus amplios ademanes llenaban el aula; llamábase Fernando Siliceo, nombre que con justicia lleva hoy la Escuela de Náutica Civil. Con él estuve años después, pero desde el ingreso lo conocí y traté, pues me gustaba su carácter original, su campechanía y su jovialidad.

La física era una de las pesadillas de la escuela por la severidad del profesor, el ingeniero Vicente Camporredondo. Para vigilar mejor nuestra atención, nunca se sentaba, sino que ponía el pie en su banquillo y así dominaba la clase. Cuando no sabíamos la lección, nos entraba el temor de

la reprimenda. Una vez en que yo estaba muy distraído y a muchas leguas de distancia del ambiente científico del gabinete y de las explicaciones del maestro, entregado a un sueño poético que encarnaba Eugenia, una altiva y maravillosa muchacha que tenía ojos fulgurantes y movimientos más precisos que el mecanismo con que Camporredondo nos demostraba la rotación de la Tierra, me interrogó sobre el Carrete de Rumford. Yo me lo imaginaba como una bobina generadora de electricidad, pero tenía una idea tan vaga y misteriosa de su funcionamiento, que al intentar describirlo mi mente se enredó en los alambres del artefacto, un sudor frío comenzó a correr por mi frente, y del dichoso carrete brotó el chisporroteo deslumbrante de los ojos de Eugenia, cuyas miradas, verdaderamente eléctricas, excitaban mis deseos. No faltó más para que el maestro, con expresión adusta, me reprochara mi ignorancia y me mandara a estudiar el capítulo, que yo, obediente, fui a repasar a la ventana de Eugenia.

Tengo presentes también en la memoria al doctor Rafael Cuervo, que al escribir sus fórmulas biológicas en el pizarrón se armaba un lío con los puños postizos y terminaba siempre por quitárselos y ponerlos, como dos chimeneas, sobre el pupitre; al abogado Lizán Ramírez, cuyos marcados rasgos orientales (su padre era chino) despertaban nuestras malicias, y a Ida Ravinetti, rubia, esbelta, de porte gentil, que casó con otro maestro de la Preparatoria, el joven médico Rodríguez Mendoza, contra nuestro despecho de muchachos que lindábamos con la adolescencia.

Absorbido por mis lecturas, no había podido consagrar a los idiomas todo el tiempo que éstos requieren. Era yo reacio al método de enseñarlos, aunque no alborotaba en la clase de *madame* Samará, como lo hacían otros compañeros que abusaban de su condición de mujer obligándola a estar en tensión para mantener la disciplina, la verdad es que yo no ponía empeño en el aprendizaje y sólo conseguía notas mediocres de aprovechamiento. Pero las exigencias de la vida profesional, los estímulos psicológicos y la necesidad de lecturas en otros idiomas me obligaron a efectuar estudios lingüísticos formales. Mas esto no ha sido sin consagrarles largas y duras horas de labor. Gracias a este esfuerzo he conseguido no sólo desenvolverme en la carrera diplomática, sino servir a México, hablando ante auditorios extranjeros en su propia lengua. A veces hasta he tenido la fantasía de conversar imaginariamente con mi severa maestra, a quien siempre veía entrar con rigurosa puntualidad por la puerta del salón, con paso nervioso, haciendo

crujir su almidonado vestido y agitando su abanico mientras trataba de dominar a los jóvenes alumnos con su imperiosa mirada. Nos hacía leer *Les Contes du Lundi*, de Alfonso Daudet, por pequeños fragmentos, subrayando enfáticamente la pronunciación y haciéndonos repetir frase por frase. En aquellos días, a despecho de mis esfuerzos de memoria, me parecía cosa sobrenatural expresarme en otro idioma que no fuera el español; por eso, cuando al fin alcancé la posibilidad de hablar con fluidez el francés, años después de muerta mi maestra, la he consagrado con el pensamiento afectuosas frases en la lengua que tanto empeño había puesto en enseñarnos.

La clase de ejercicios físicos tenía lugar por las tardes en los terrenos de Faros, que eran una amplísima explanada donde se levantaba el Fuerte de Santiago y se veía, por un lado, la silueta de la ciudad, y por otro, el Castillo de San Juan de Ulúa, con sus torreones y su masa gris a la entrada de la bahía. Estos ejercicios consistían en partidos de *baseball*, dirigidos y vigilados por el joven profesor Alejandro Cuningham, quien además nos daba la clase de inglés, idioma que dominaba con igual perfección que el español, por ser su padre norteamericano. En otras ocasiones íbamos al Club de Regatas, por cuyo puente desfilábamos en equipos para abordar las lanchas de remos en las escalinatas posteriores, vestidos con trajes de baño. Practicábamos este recio ejercicio por largo tiempo y a veces nos llegábamos hasta la Bocana, cuando la bonanza del mar era propicia. Al par que un ejercicio, estas salidas eran una diversión, pues la vista se recreaba en los barcos, en las arquitecturas marítimas, en las siluetas de los paseantes del malecón, en el vuelo de las gaviotas. Y al regresar, la rápida zambullida del baño tonificante, los juegos en la playa, el golpe de las olas y la alegría de las bellas bañistas –diosas inaccesibles– transformaban las tardes en una hermosa lección. Pero las temporadas de nortes teníamos que conformarnos con tediosos ejercicios en el gimnasio de la escuela, lo que yo procuraba eludir estimándolos una pérdida irreparable de tiempo precioso que podía aprovechar en mis lecturas y afanes.

Estas aficiones comenzaron a hacerse cada día más agudas y mi ambición literaria a reclamarme un tiempo que sustraía a los estudios. Pasaba muchas horas en la Biblioteca del Pueblo, que con sus altas bóvedas penumbrosas y sus gruesos muros creaba una atmósfera de frescura en medio de la intensa radiación de un sol que arrancaba destellos en las vidrieras y ponía fuego en el ámbito de calles y plazuelas. ¡Qué gratas eran

las horas al descubrir un bello libro en aquella penumbra mágica! Yo tenía diecisiete años y las inquietudes literarias me agitaban intensamente. Ingresé en la redacción del diario *La Opinión*, cuyo director, don Francisco Miranda, viejo amigo de mi padre, me había abierto las puertas, confiándome la página literaria de los domingos. Con esto comencé a descuidar mis estudios, y a las notas bajas se agregaron las de las faltas de asistencia, lo cual causó la alarma en mi casa y me originó un pequeño incidente: una mañana mi madre, pretextando una diligencia, me dijo que nos fuéramos juntos por el mismo camino, y al llegar a la puerta del Instituto quiso entrar conmigo, lo que me hizo advertir que se habían notado mis extravíos y que ella tenía el propósito de tratar mis ausencias con el director. Yo protesté al principio, pero ante su resolución tuve que prometerle una seria enmienda y el pleno cumplimiento de mis deberes estudiantiles. No dejé el periódico, pero fui más cumplido en mis obligaciones escolares. Sin embargo, debo decir en mi defensa que las materias que más vivamente me interesaban en aquellos días, como la literatura, se impartían con métodos de enseñanza y criterio que no correspondían a mi sensibilidad. A pesar de la actitud amable del catedrático, las lecciones no constituían una emulación, sino al contrario, me irritaba que se condenaran como torpes y viciosas las metáforas de los sonetos de Lugones, que en vez de censurables me resultaban exquisitas.

Aunque mis preocupaciones de colegial se reducían a los estudios, a la lectura y a los anhelos amorosos, mi contacto con elementos liberales y profesores que habían servido en las filas del constitucionalismo me llevaba hacia el campo de la realidad social. Se hablaba de nuevas leyes para los trabajadores, de crear una nueva Constitución que corrigiese las deficiencias individualistas de la antigua, y sonaban los nombres de revolucionarios veracruzanos como Heriberto Jara, Victorio Góngora y Carlos Gracidas, que levantaban su voz en el Congreso de Querétaro traduciendo las aspiraciones populares que recibían también el beneplácito juvenil. En la Escuela nos engolfábamos en apreciaciones y disputas sobre estos objetivos, que aunque no llegábamos a comprender en toda su magnitud, sentíamos su necesidad nacional. La marcha de la Revolución continuaba con un carácter cada vez más firme y arrollador, y aunque había a veces reacciones malhumoradas, cuando un decreto anulaba el valor de la moneda para sustituirla por otra, a la que se prometía estabilidad, pero que apenas pasado cierto tiempo sufría

el mismo demérito, el elemento progresista aceptaba esta situación, que aseguraba el éxito de todos los esfuerzos inspirados en el espíritu de dar a México una nueva forma de vida y un futuro de mayor justicia y significación humana.

Aunque no tanto como ahora, los acontecimientos internacionales siempre tenían repercusión. En mis días de preparatorio transcurrió la guerra europea, y a pesar de que no experimentamos sus peligros, tampoco fuimos indiferentes a sus estragos y a la brutalidad que a veces revestía. La violación del territorio de Bélgica determinó desde el comienzo una corriente condenatoria para el invasor y, posteriormente, el empleo de gases asfixiantes, cuyo uso prohibían las leyes internacionales y el sentido humanitario, agitaba también al grupo estudiantil. El hundimiento del *Lusitania*, que provocó tantas víctimas inocentes, cruel obra de la guerra submarina total, dirigió mi atención hacia los acontecimientos internacionales y acabó por afirmar mis simpatías en favor de los aliados, particularmente de Francia, cuya tradición cultural me era más familiar a través de mis lecturas y aun de relaciones personales. Uno de los más destacados miembros de la colonia francesa en Veracruz era amigo de mi padre. En una ocasión me invitó a tomar parte en un acto para sostener la causa de los aliados. Yo no había advertido todas las intrigas que para mover el odio entre los pueblos son capaces de desplegar las fuerzas interesadas en apoyar la política que favorece a su causa, pero razones de orden moral que parecían claras me daban la convicción de que una peligrosa agresividad se había apoderado del espíritu alemán, que a veces tiene tan terribles irrupciones.

El final de la guerra europea animó al puerto de Veracruz e hicieron su aparición, con gran contento de los porteños, los grandes transatlánticos, cuya alta silueta destacaba junto a los muelles, despertando la atracción y la curiosidad. Durante las horas de visita, el público desbordaba por los puentes e invadía los vestíbulos y comedores. El barco era un motivo de diversión y de alegría. Algunos de los visitantes incluso se quedaban a comer a bordo para saborear los platillos exquisitos y los ricos vinos, participando así de la vida de ultramar e imaginándose tomar parte en el encanto de algún viaje. La brisa del mar, que agitaba las banderolas y ceñía los cuerpos femeninos entre un ir y venir de azules uniformes y gorras galoneadas, ponía en mí palpitations de dicha juvenil, mientras la banda daba al aire excitantes compases.

Por las noches, bien iluminados, los transatlánticos eran una feria deslumbrante que se elevaba sobre el azul oscuro del mar, en el que resplandecían rítmicamente las espumas. ¡Cuántas veces los vi en mis paseos por el malecón sintiendo el fuerte anhelo de salir un día en ellos hacia universales horizontes! Ninguno de mis amigos se imaginaba entonces los sentimientos que me agitaban en aquellos instantes y mis intensos sueños de partir. Horas maravillosas en que paladeaba las vísperas de distantes travesías que alguna vez habría de realizar.

Al mirar en mi pasado siento la agradable impresión que me produjo el hallazgo de una nueva amistad. Mientras aún me dolía de la ausencia de aquel amigo, en cuya estimulante camaradería había cultivado mis inclinaciones artísticas, dio la casualidad que entablara conocimiento con otro joven de más edad que yo, de carácter diferente al de Maraboto y de mayor madurez intelectual, al que pronto me unió el mismo interés por las letras. Se llamaba Guillermo A. Esteva, y por los poemas que me dio a conocer, pensé que sería dueño de un gran destino literario. Pero no siempre estas apreciaciones son confirmadas por el tiempo. Esteva tenía una gran avidez de lecturas, era inteligente, aunque petulante, se creía un don Juan y pretendía “cifrar en feudal blasón su señorío...” Esto era motivo de algunas burlas, pero innegablemente poseía un gran talento literario que él desperdició en su donjuanismo. Producto de uno de esos momentos de su vida es una serie de bellos sonetos titulados *Acuarelas al blanco de cinc*, en que pinta con lírica transparencia la seducción de una zagala del pueblo de Medellín y en las que sobresale del elemento sentimental, la plástica sensualidad y el goce estético. La poesía de Esteva tenía acentuadas influencias de Lugones y Herrera y Reissig, pero su estilo, no exento de personalidad, su gusto literario y su fina intuición le daban un realce que superaba al interés de la simple imitación. Sus lecturas eran caprichosas; a veces leía obras de gran calidad literaria, y otras entretenía el tiempo en largas novelas insignificantes. De manera que alternaba sin distinguo las *Sonatas* de Valle-Inclán con los folletines franceses de los que sacaba su erudición histórica. Sin embargo, llegó a alcanzar un alto nivel literario con la publicación de *El libro de las vírgenes*, de cuyas primicias fuimos auditorio un dibujante catalán, que vivió muchos años en Veracruz, y yo, que lo aplaudíamos fervorosamente. De este español, dueño de una librería, nos hicimos muy amigos, y así podíamos hojear las revistas y leer prestadas las últimas novedades literarias. Nos reuníamos

los tres a menudo para pasear la calle a nuestras novias o pretendidas, como era costumbre en aquel tiempo, lo que daba lugar a largas pláticas en las que desfilaban temas líricos y amatorios y en las que mi amigo el catalán y yo teníamos que escuchar, con más frecuencia de la que interveníamos, las historias de seducción de Esteva. No sé si esta obsesión sensual por la belleza femenina fue dominando su espíritu en detrimento del arte, pues no publicó después otro libro, o si algo escribió, está perdido.

Al adentrarme en estos recuerdos vuelvo a ver los rostros de aquellos compañeros que por espacio de cuatro años estuvieron en contacto diario conmigo. Nos sentamos en los mismos pupitres, entramos y salimos juntos a las mismas horas de la Escuela y con ellos tuve ratos de gran camaradería. Fuimos un grupo de unos veinticinco estudiantes, pero con los que más contacto tuve y conservo su recuerdo más claro son Horacio Díaz, que rivalizaba en aprovechamiento con un muchacho muy reservado, de gruesos lentes, apellidado Pernas; el tenaz y aplicado Leisegui, el travieso Arrieta, el vivaz Licio Lagos, Medina, puntual secretario de la Sociedad de Alumnos. Aunque no cursábamos juntos las mismas aulas, me trataba con los presuntos facultativos Aguirre Falcón y Juan Arau Reus, que me ayudaba a preparar los mapas en que era yo algo flojo y descuidado. Con mi vecino Fernando Zapata hacía el trayecto matinal de mi casa a la Escuela y nos distraíamos platicando y curioseando por las calles de nuestro recorrido.

En una ocasión, la súbita herencia que uno de nuestros amigos, Adolfo Sosa, recibiera por la muerte de un pariente nos puso al borde del peligro, pues dada la prodigalidad y el vehemente deseo de placer del flamante heredero, dispusimos de dinero en sumas relativamente cuantiosas, lo que nos facilitó el acceso a sitios poco provechosos a la juventud, y las horas de estudio se trocaron en bulliciosas juergas que felizmente dieron al traste con la herencia en poco tiempo, y no pudiendo continuar tales dispendios, volvimos a nuestra habitual manera de vivir, libres ya de tentaciones.

Así transcurría mi existencia cuando ocurrió la muerte de mi tío Eduardo, que vivía en Córdoba; con este motivo, un día salí con mi padre hacia aquella ciudad, de la cual guardo un melancólico recuerdo, tanto por la aflicción que me produjo la muerte de aquel tío que durante mi infancia me llevaba maravillosos juguetes, sugeridores de una visión coloreada del mundo por donde viajaba, cuanto por la tristeza que se cernía en aquel día lluvioso sobre la apacible población y sobre nuestro enlutado espíritu.

Durante mis años de preparatoria, hice, en compañía de mi padre, un viaje a la capital de la República. Recuerdo que una de mis primeras visitas fue a la redacción de *Revista de Revistas*, publicada bajo la dirección de José de J. Núñez y Domínguez. Allí encontré algunas de las más interesantes figuras literarias del México de entonces: Rafael López, Ramón López Velarde, Manuel de la Parra y otros, que se reunían invariablemente a tomar el aperitivo, que a veces se alargaba en horas de interminable conversación. Con Ramón López Velarde dejé prendida una amistad, que poco después volvió a reanudar, por desgracia pasajera, ya que iba a morir al poco tiempo de mi instalación definitiva en México.

Este viaje fue muy oportuno y me llenó de ardientes estímulos, pues aunque permanecí pocas semanas en la capital, me llevé una nueva inquietud que despertó el conocimiento de inesperados libros y el trato de personas de talento artístico y amplia cultura. Al regresar a Veracruz se me avivó el deseo de buscar más amplios horizontes en un ambiente de mayor densidad cultural y le pedí a mi padre que me autorizara para ir a estudiar a México, pero él no quiso acceder, temeroso seguramente de que trocara mis estudios por el periodismo u otra forma de actividad, que me desviara del camino de la abogacía a la que él me tenía destinado.

Reanudé mis estudios y continué mi vida cotidiana y mis afanes por la cultura. Seguí leyendo con asiduidad, en la Biblioteca del Pueblo, novelas, poemas, biografías de hombres universales. Pasaba de Balzac a Flaubert, de Turgueniev a Eça de Queiroz, de Grazia Deledda a Emilio Clermont y de Pierre Loti a Claude Farrère.

Varios acontecimientos significativos intervienen en estos recuerdos: primero, la visita que hizo al país el poeta español Salvador Rueda y la traída de los restos de Amado Nervo. Estas recepciones estuvieron a cargo del Ayuntamiento porteño y se me invitó en ambos casos a tomar parte. Con Salvador Rueda llevé la voz de la ciudad, pronunciando el discurso de salutación, en el que recordé los rasgos fundamentales de su obra lírica, la que me había dejado una impresión de rico colorido y de magnificencia verbal. En más de una ocasión acompañé al distinguido visitante a recorrer la ciudad, y él tuvo la deferencia de interesarse por mis gustos literarios y pedirme que le leyera algunas de mis composiciones.

El acontecimiento luctuoso que significó la llegada de los restos del autor de *En voz baja*, traídos en un buque de guerra del Uruguay, despertó

una expectación en toda la ciudad. Llegaron de la capital comisiones oficiales de literatos y periodistas. Yo tuve una participación muy activa en esta ceremonia. Se instaló el catafalco en el Teatro Principal, donde tuvo lugar una velada de cuerpo presente. Por la noche, después de un sinnúmero de diligencias que había llevado a cabo personalmente, me presenté con dignificada indumentaria (pantalón a rayas y *jaquet* de mi padre) a recitar un poema elegíaco, lamentando la muerte del poeta cuya lírica había enaltecido el nombre de México en sus misiones diplomáticas. Poema que en aquella emotiva ocasión me pareció sentido, pero que pronto destruí considerándolo detestable. No recuerdo los nombres de los otros participantes en el acto, pero sí la intervención de una preciosa joven de lánguida belleza, blancura de magnolia e irresistible simpatía, que añadía a su encanto de mujer su vehemencia de artista, interpretando al piano, con maravillosa devoción, a los grandes maestros. Esa noche, en la solemnidad recogida que nos congregaba, imponía su maestría y su corazón sensible con tanto ardor, que conmovió profundamente al silencioso auditorio. Quiero aquí aprisionar el recuerdo de aquella hora fugitiva que jamás se repetiría, pues aquella deliciosa artista –Mela Terán– algún tiempo después desaparecía para siempre.

En esos días llegó a Veracruz, en una gira literaria, el poeta Francisco Villaespesa, del que, por tener las mismas afinidades, mi amigo Leoncio Espinosa se convirtió en secretario. Y gracias al mismo amigo conocí a Villaespesa y a su señora y formé parte del círculo que diariamente se reunía con él en el Hotel Diligencias. Al primer contacto advertí un rasgo hasta entonces ignorado por mí de la maledicencia que emponzoña la vida de los artistas. Cuando le referí que había estado en Veracruz el poeta Salvador Rueda, como si no conociera su nombre, contestó adoptando una actitud desdeñosa: “Ah, sí, debe ser el mismo que al pasar por La Habana le hizo un poema a una fábrica de chocolates”. Aunque me desagradó esta pulla en aquel momento, seguí frecuentando la tertulia que animaba la personal simpatía y fácil conversación del poeta; pero sobre todo, la lectura de sus poemas, que él prodigaba provocando en nosotros instantes de emoción y lírica avidez. Sus poemas tenían agradable musicalidad y sugerían la visión luminosa de su nativa Andalucía, magnificencias de arte, ensoñaciones de jardines, melancólicas languideces y encantos de mujer. Todo el sentido y la expresión poética de Villaespesa concordaba con nuestro gusto, de manera

que el visitante contó con la simpatía y el entusiasmo de los jóvenes que diariamente nos reuníamos en torno suyo.

Un hecho que debo relatar, por la importancia que tiene para un joven el reconocimiento consagratorio de su vocación, fue la publicación de uno de mis poemas en *Revista de Revistas*, que, en aquella época, agrupaba a los mejores escritores del modernismo y posmodernismo de México y recogía las más valiosas colaboraciones extranjeras. Con verdadero regocijo vi un día mi retrato y mis versos junto con los de Guillermo A. Esteva y Leoncio Espinosa en página dedicada a los nuevos poetas de Veracruz, completada con un soneto de José Antonio Muñoz, quien desgraciadamente seguiría la misma senda lamentable de Othón Robledo. Aquel poema, nunca recogido en libro, perteneciente a lo sobreseído, estaba enterrado en mis recuerdos, y sólo hace pocos días, gracias a la magnífica memoria de mi amigo José Ángel Ceniceros, quien me lo recitó, volví a recrear esa visión juvenil que me había producido tanto orgullo cuando apareció por primera vez en letras de imprenta.

Sentí venir nuevas responsabilidades que me apartaban del ambiente frívolo, necesitaba nuevos ámbitos intelectuales, a los cuales me había asomado durante mi viaje a México. Los deportes, que tanto gustan en el puerto, estaban en contraste con mis aspiraciones más profundas. Si a veces acompañaba a mi padre al parque de *baseball* era, más que por verdadero placer, por hacerle compañía o por la satisfacción de ver que los veracruzanos del Águila derrotaban a los yanquis del Kentucky. Jamás lograron mis amigos arrastrarme a un partido de fútbol, en que los equipos lidian con tan brutal denuedo. Me encantaba, sin embargo, respirar el aire del mar y mi único deporte siguió siendo la natación. Aspiraba a emplear el tiempo en cosas de más significación; en la lectura y en largos paseos solitarios por la alameda, la playa y el malecón del Sur buscaba el alivio de mis inquietudes. Quería averiguar la razón de ser del hombre; penetrar en el misterio de la vida; explicarme la existencia de otros mundos, y me metía en las más enredadas divagaciones, agitado por toda suerte de preguntas, de las cuales volvía a la realidad con el desaliento de no haber podido calar en nada y con la incertidumbre de lo desconocido. Pero el arte y las letras era lo que más me satisfacía, brindándome espiritual deleite. Este fue el camino que seguí con más constancia, alternando con deberes escolares y aficiones por las artes plásticas, a las que insensiblemente me fui acercando como un gozoso entretenimiento.

Mis estudios preparatorios terminaron en 1919. Incontenibles eran mis deseos de volver a México. Estaba ya aceptado por mis padres que al terminar el año escolar iría a estudiar derecho a la capital, y de antemano me hacía yo infinitas ilusiones de las cosas que vería, y de lo bello y magnífico que me reservaba el porvenir. Cuando abandoné Veracruz, una etapa de mi vida había concluido. No lamenté dejar a maestros ni amigos, y aun me consolé pronto de perder a las “muchachas en flor”, tan gratas a mi adolescencia, y esto no era dureza de ánimo, sino ansia de vivir.

## II

A principios de 1920 llegué al México soñado en mi adolescencia. Me alojé en la casa de un amigo de mi padre, don Tirso Echávarri, en la antigua calle de Cocheras (hoy Colombia), quien tenía una casa de pupilos en donde abundaban los veracruzanos, principalmente de la Huasteca. Era una casa de altos, muy amplia y de cierto señorío. En ella había vivido el general Blanquet. La planta baja estaba ocupada por los huéspedes, habiéndose reservado el propietario y su familia el piso superior. A la hora de las comidas nos reuníamos todos en el espacioso comedor, donde reinaba una atmósfera familiar. Presidía la mesa don Tirso con su esposa, mujer muy pulcra y diligente.

Yo había ido especialmente para estudiar derecho; tal era en aquellos días mi primer objetivo, pero tenía, además, otros móviles intelectuales. Pensaba escribir en los periódicos, ampliar mi campo intelectual y poner en ejecución una serie de ideas no muy bien determinadas. En aquel punto de mi vida, México representaba una suprema aspiración, pues me atraía por su encanto de gran capital, donde se sumaban cosas interesantes, se reunían los hombres de mayor significación literaria y palpitaban con más fuerza los ideales de todo un pueblo. Yo sentía poderosamente estas inquietudes y me regocijaba encontrarme en un ambiente saturado de nuevas esperanzas.

Al día siguiente de mi llegada salí en compañía de otro estudiante, doblamos por la calle del Brasil (antigua de Santo Domingo), con su comercio de ropa, zapaterías y estanquillos, recorrida por estrepitosos camiones, animada por el gentío de empleados, mecanógrafas, mercaderes ambulantes y un tropel de estudiantes que se precipitaba hacia las calles adyacentes.

Yo conocía ya aquel barrio, porque cuando fui a México en 1918 había estado en dicha calle en busca del *Cabito* Sarmiento, a quien mi madre, a instancias mías, le había confiado una cantidad de dinero para que la entre-

gara a una de sus amigas, sin que de esto, hasta entonces, tuviera noticias. No estaba en la pensión, pero me dijeron que lo encontraría en la peluquería de la misma calle. Efectivamente, ahí estaba plácidamente tendido en el sillón, mientras le daban masaje y manicura; lo que me hizo sospechar, desde luego, que la buena vida que se daba fuera a costa del dinero que se le había confiado y por el cual me sentía responsable.

Levantándose el Cabito despreocupadamente, mientras se limpiaba el polvo de las mejillas, se excusó de no haber entregado el dinero diciéndome que se proponía restituirlo en la primera oportunidad. Que había ido a una casa de la calle de la Estrella, donde encontró a unas muchachas muy hermosas a cuyos encantos no pudo resistir; que regresó otras veces y volvió a reincidir hasta que se le agotó el dinero. “Ah, pero si tú hubieras visto aquellas bellezas –exclamó el Cabito estremeciéndose de gusto–, hubieras sido el primero en justificar mi flaqueza. Si quieres convencerte y traes unos veinte pesos en el bolsillo, hoy mismo podemos ir a saludar a mis amigas.” Este fue uno de mis primeros desencantos de la amistad, pues nunca me hubiera imaginado la mala pasada del Cabito y su cínico desplante. Después de aquel abuso de confianza, su presencia me resultó antipática y jamás volví a buscarlo. Así fue como me puse en comunicación con aquel barrio en que iba a iniciarse mi vida de estudiante universitario.

La Escuela Libre de Derecho se encontraba a la sazón instalada en una casa colonial de altos de la calle del Correo Mayor, cuyo recio balconaje y hornacina denotaban su antigüedad. Cuando franqueé el amplio portón, me encontré en el patio con un compañero de la preparatoria que me indicó la secretaría, donde me atendió el joven pasante Juan Gutiérrez, cuya pulcritud e irreprochable traje llamaba la atención, particularmente a los provincianos. Mientras me anotaban en el registro y examinaban mis certificados, estuve observando el patio desde el barandal. El modesto local casi me decepcionó, pero recordé que la Escuela había nacido de una rebeldía estudiantil contra el director de la Escuela Nacional y formaban su cuerpo docente los más notables profesores del foro mexicano. Todo el personal provenía de la Escuela oficial, inclusive el portero, Alejo, que había querido seguir, con su numerosa familia, a los estudiantes en su movimiento. Pensaba, además, que podría recibirme en cuatro años, con lo cual estaría más pronto en aptitud de ayudar a mis padres; pero aquel año precisamente se modificó el plan de estudios y se alargó la carrera un año más.

En unos cuantos días me adapté a la pensión, al barrio y a la Escuela. Una de las ventajas de vivir por aquel rumbo era la de no necesitar transportes. Podía ir a la Escuela y volver a casa haciendo el recorrido a pie y en poco tiempo. Salía a buena hora en las mañanas, lo que me permitía dar la vuelta hasta la avenida Guatemala para mirar a las chicas de la Escuela Lerdo.

El primer día de clase llegué a hora anticipada y me senté en un pupitre, en las primeras filas, con ánimo de oír bien al profesor, que entró lentamente y subió al estrado con expresión serena y amable. Era el licenciado Ceniceros y Villarreal, quien dictaba el primer curso de Derecho Civil. Había, sentados en el aula, cerca de treinta estudiantes. El maestro nos dedicó un pequeño exordio de saludo y comenzó a pasar lista; brotaban de todos lados voces juveniles que respondían presente o aquí; a veces rectificábase apellidos. No faltó algún distraído que se hiciera repetir el nombre. Profesor y alumnos mirábamos al interpelado para conocerlo.

Después, el maestro inició su lección ante un silencio respetuoso que se prolongó durante todo el tiempo de aquella primera clase en que seguramente fue más aguda mi atención, pues teniendo una plena sensación de recuerdo de aquella hora, no advierto los detalles de las otras clases de la iniciación del curso, si no es la voz del profesor Martínez Sobral, quien, al pronunciar mi nombre, se bajó los anteojos para verme e interrogarme: “¿Maples Arce? ¿Es un seudónimo?”. “No, maestro, es realmente mi nombre.” “¿Qué extraño! Arce es la traducción de Maples.”

Con el mismo catedrático aconteció una vez que habiéndome encontrado por la mañana en el bosque de Chapultepec de paseo con una muchacha, en su clase de la tarde, interrogando sin resultado a varios alumnos, cuando llegó a mí, dijo sonriendo: “A usted es inútil preguntarle”, y pasó al siguiente. Yo me sabía la lección, pero no quise desmentir su malicia.

Pronto hice amigos entre los compañeros del curso, y aquellas preferencias y simpatías perduraron a través de mi estancia en la Escuela. El ambiente del plantel era francamente cordial. La disciplina estaba confiada al honor de los alumnos, único llamado al orden que aparecía en uno de los corredores, y aun holgaba, pues no recuerdo en todos mis años de asistencia al plantel alguna falta que mereciera reprensión. La única transgresión de aquel lema quedó a cargo de un joven aristócrata, empedernido calavera que ocupaba su tiempo en jugar a los albuces o al póquer con un pequeño grupo que asiduamente reclutaba.

Al salir de la clase recorríamos las librerías del barrio, entrábamos a jugar una partida de billar o conversábamos en alguna esquina formando corrillos y haciendo bromas. Éstas tenían más bien carácter verbal. Recuerdo que a un compañero ya entrado en años que había estudiado en el seminario de Oaxaca y tenía ínfulas latinistas, lo sancionamos transformando su nombre de Rutilio en el de *Pulquilio*, a pesar de que a todos nos constaba que era un hombre absolutamente abstemio. Otras veces la broma adquiría formas literarias en algún soneto satírico, como aquel que compuso Bernardo del Águila: “Pentapolín el Calvo, señor de horca y cuchillo...”, dedicado a Leopoldo Martínez de Cosío, aficionado a estudios coloniales.

No estábamos exentos de caer a veces en la vulgaridad, contrahaciendo el nombre y apellidos de algún camarada hasta que resultara una expresión obscena, como sucedía con el nombre de Miguel Bernal y Flandes, pero en lo general mostraba nuestro grupo consagración al estudio, sentido de responsabilidad y afanes por la cultura.

Aunque en la casa en que yo vivía había numerosos paisanos, no llegué a intimar con ellos, ya fuera porque nos separaba la índole de la carrera o porque no teníamos las mismas afinidades.

De repente, por la pensión pasó un soplido de tragedia, pues la gripe española se hizo sentir con sumo rigor; de todos sus habitantes sólo dos o tres permanecimos en pie; los demás cayeron enfermos, algunos de bastante gravedad, y uno de los más jóvenes fue víctima de la epidemia, lo que me produjo verdadera pena. Era un muchacho de diecisiete años que estudiaba preparatoria y se hallaba alojado en una de las recámaras del fondo. Yo me asomaba antes de subir o bajar del comedor a preguntarle cómo seguía, pero los días pasaban sin dar trazas de mejoría; se llamó a su familia y poco después murió. Pronto nos recuperamos y la vida continuó con la despreocupación y alegría de siempre.

De Cocheras nos trasladamos a la avenida del Brasil, frente al jardín de Santa Catarina. Por eso este barrio en que pasé la flor de mi juventud está tan presente en mi recuerdo. Tenía cierto encanto pasear en las tardes por aquella avenida y llegar a la plaza de Santo Domingo, entrar al café Oriental, donde se servían platillos, dulces y atoles, tan mexicanos y tan al alcance de los bolsillos estudiantiles. Se respiraba en ese barrio, de viejas casonas y hermosas iglesias, un aire de tiempos coloniales, alegrado por los rostros juveniles de las colegialas y las oficinistas que por allí circulaban con

rítmico paso, esquivando la acera de la Escuela de Medicina, temerosas de los desmanes que en aquella época oscurecían la fama de ese plantel.

Una sensación dichosa me lanzaba a las calles llenas de gente y creía descubrir móviles y perspectivas psicológicas que me enriquecían de experiencias valiosas.

En las bellas tardes de la altiplanicie, a la salida de la Escuela, recorría yo el tramo de la avenida desde Santa Catarina a la esquina de Tacuba. Algunas veces me perdía por otras calles. Si veía alguna muchacha que me atrajera por su porte, su cara o su andar, la seguía largos ratos bajo las luces de los aparadores y comercios hasta que desistía porque ella entrara en el zaguán de una vecindad, acelerara el paso o la perdiera de vista entre el gentío. Estas persecuciones eran motivo de quimeras que iban desde el ensueño de una grata amistad hasta el noviazgo o la pasión. Así me consolaba de la melancolía de la vida solitaria, mientras regresaba a casa para llegar unos minutos antes de la comida.

Después de la cena, que se servía puntualmente a las ocho, nos quedábamos platicando un rato en el salón o íbamos a nuestros cuartos. Yo trataba de aislarme, salía al balcón a fumar un cigarrillo o bajaba las escaleras para ir a sentarme al jardín del recodo, frente a la iglesia, donde me quedaba con las imaginaciones líricas que traía siempre conmigo, en medio del ruido y la multitud de aquel barrio popular.

Era compañero mío de cuarto un estudiante de la Facultad de Medicina, Martiniano Martínez Azuara, verdadero vago, con quien comentaba los lances del día o salíamos juntos en esas giras del atardecer, pero nuestra amistad carecía de estímulos.

A veces, sin embargo, por insinuaciones de uno de los hermanos Pazzi o de Martiniano, íbamos al teatro Alarcón o a una “tanda” del teatro María Guerrero, conocido en el argot estudiantil con el sobrenombre de *María Tepache*, en el que florecía la picardía popular, aunque generalmente prefería quedarme solo en mi cuarto o ir al café Oriental, adonde llegaban profesores y artistas cuya conversación era más de mis gustos.

En algunas ocasiones me dirigía a la avenida Madero para presenciar el desfile de coches que en ella se desarrollaba cotidianamente, al medio día y al atardecer. Las carreteras pasaban en uno y otro sentido, y gran número de curiosos se paseaban a pie por las aceras o se detenían frente a Sanborns, el Salón Rojo o la puerta del Palacio de Iturbide. Había por allí algunas figuras

conocidas, de las que entonces fueron motejadas con el nombre de “fifis”, quienes lanzaban significativas miradas a las artistas y mujeres alegres que se mezclaban con la sociedad... Ver mujeres hermosas era una de las delicias de aquel paseo en el que yo, con otros estudiantes, participaba con los ojos. Había encuentros de miradas azarasas, invitadoras o simplemente indiferentes que desaparecían en el trajín de la avenida y me dejaban en la indecisión y el misterio. Nos alejábamos de allí con sensaciones estimuladoras y vagos ensueños que desvanecía la realidad del barrio en que vivíamos, de edificios deteriorados, turbamulta, pobreza y tenderetes.

Cuando me sentía rico, deteníame a comprar una cajita de cigarrillos egipcios en una tabaquería donde los elaboraban, en la esquina del antiguo Salón Rojo, y subía después a la corsetería de los Mirabent, que ocupaba el segundo piso, exhalando bocanadas de humo perfumado, para ir a saludar a mi tía Carlota, que dirigía el taller, asociada a su propietaria, doña Pepita Mestre. Me sentaba en la sala de corte a platicar con mi tía, mientras ésta verificaba las papeletas de los pedidos y doña Pepita me regalaba con una copa de amontillado. A veces salía del brazo de mi tía a dar un paseo por la avenida Madero. Un día me dijo riéndose: “Figúrate, Nenelo, que vinieron a contarle a Pepita que me habían visto con mi novio del brazo”.

Mi tía había enviudado desde hacía varios años, pero se conservaba joven y bien plantada. Tenía un trato sumamente agradable. Cuando me di cuenta de que la cortejaba un caballero catalán, paisano de la familia Mirabent, sentí cierto descontento. Pero lo admití como realidad inexorable y me hice el cálculo de San Pedro: “Más vale desfogar que arder”. No disfrutaron mucho los novios de su nuevo estado. Poco tiempo después mi tía enfermó. Un cáncer de los que no perdonan tomó raíz en sus carnes y murió en medio de horribles dolores y angustias de su juventud desahuciada.

En una de las esquinas de la avenida Madero y Bolívar se hallaba instalado el café y restaurante El Globo, a cuya entrada había grandes espejos en los que al pasar sorprendía mi imagen de una manera extraña. Yo andaba siempre vestido al estilo inglés, generalmente de gris o de algún otro color oscuro, a rayas, sombrero de fieltro, polainas de ante, guantes de piel y un bastón prestado de la variada colección de mi padre. Solía detenerme al pasar frente al espejo a considerar mi silueta, y, a veces, hasta me aproximaba a contemplarme de cerca, como para tener una idea más clara de lo que yo era y del aspecto que ofrecía a la sociedad que animaba aquel paseo. No

podía decidir si mi aspecto era natural o rebuscado. ¿Sería yo ridículo como otros transeúntes que exageraban la nota de la moda, o me comportaba yo de una manera discreta? Esto me pasaba rápidamente por la cabeza, pero entregado pronto a mi sensación, al goce momentáneo, a la intensidad de la vida inmediata, me olvidaba de reflexiones y lanzaba miradas escrutadoras a las damas. Tales eran mis hábitos, mis elegancias y mis fantasías en aquellos días de mi bizarría estudiantil.

Esas imágenes fugaces que de mí sorprendía eran la apariencia de mi persona, pero mi conciencia no veía en ellas más que un reflejo. Lo que en el fondo me exaltaba y me hacía vivir con plenitud era un sinfín de emociones y deseos que me lanzaban apasionadamente hacia adelante. Un golpe fuerte de estos singulares instantes hacía vibrar mi espíritu, y las palabras que arremolinaba la imaginación traducían vivamente entonces los momentos gozosos o la delicia poética. Otras veces la piedad acudía a mi alma y me sentía desamparado, solitario, en medio del tránsito humano. Mi condición interior era un compuesto de aspiraciones trascendentes, de impulsos e inconformidades, de voluntad autónoma y de retenciones equilibradas. Entregado a estas especulaciones trataba de definir mi propia personalidad, pero la conciencia, infinitamente fugaz, sólo me comunicaba una porción de mí mismo, dejando a oscuras zonas inalcanzables de mi ser. Así vivía y circulaba entre el gozo y el pasmo de la vida.



### III

Las circunstancias de mi vida personal se fueron eslabonando de modo insensible con los acontecimientos políticos, que a veces tenían un tono dramático, pues el país estaba lejos aún de haber encontrado su completo apaciguamiento y equilibrio institucional. Era presidente de la República don Venustiano Carranza, al principio el primer jefe del Ejército Constitucionalista, que acaudilló contra la usurpación del general Victoriano Huerta, y el cual propugnaba, a la vez, una renovación social que legitimaría el Congreso Constituyente reunido en Querétaro en 1917. Terminaba el periodo de don Venustiano y ya se preparaban las elecciones presidenciales. Se presentaba el ingeniero Bonillas, apoyado por Carranza, quien quería orientar el país hacia el “civilismo”. Era también candidato el general Álvaro Obregón, de formidable prestigio militar, pues había derrotado, primero, a los federales con la participación de Francisco Villa, y más tarde al propio Villa, en Celaya, con la cooperación eficazísima de los bravos y aguerridos generales Francisco Murguía y Cesario Castro, del Ejército de Oriente.

De modo que, por una parte, los deseos de sustraer al país del dominio de los jefes victoriosos (que en el siglo pasado fuera tan pernicioso para la vida nacional), y por otra, la popularidad incontestable del general Obregón, quien representaba la voluntad democrática, crearon un ambiente de violencias y atropellos que exasperaban los ánimos y fraguaban una sangrienta lucha en la que fue inmolado el propio Carranza.

Por aquellos días de tan encrespada política y bajo el signo de la campaña obregonista, tuvo lugar el alzamiento de Agua Prieta, en el cual me vi intempestivamente mezclado sin proponérmelo. Una mañana, casualmente, en que salía de la Escuela, me encontré por las antiguas calles del Reloj con mi amigo Guillermo A. Esteva, quien, por cierto, venía de asistir a una boda y vestía todavía de *jaquet*. Nos causó viva alegría el encuentro y deci-

dimos celebrarlo tomando una cerveza. En la cantina, Esteva fue abordado por un antiguo conocido suyo de Oaxaca, al que me presentó e invitó a comer en Tlalpan, donde trabajaba, ignorando que se trataba de un soplón. Incidentalmente tocamos el punto político en la conversación y expresamos nuestra simpatía hacia el general Álvaro Obregón, quien en esos días se había lanzado a la lucha. De allí nos fuimos, como lo habíamos proyectado, a Tlalpan, sin advertir que nuestro acompañante se había ya comunicado con la policía, de manera que cuando llegamos al restaurante nos estaban esperando los agentes, quienes nos aprehendieron y trajeron a México en un automóvil, conduciéndonos a los separos de la Inspección General de Policía, donde nos incomunicaron. Entonces supimos, con gran extrañeza de nuestra parte, que estábamos acusados de sedición e insultos al presidente de la República.

Después de tomarnos declaración nos encerraron en una pieza del piso alto que protegía una puerta de hierro y tenía una ventana enrejada que daba al patio. En aquel cuarto no había más que dos bancas de madera, en las que nos acostamos sin desvestirnos. De cuando en cuando un policía venía a asomarse. Esteva y yo, sin poder salir de nuestro asombro, tratábamos de explicarnos la situación en que nos encontrábamos. Todos nuestros pensamientos giraban en torno a nuestra desgracia. Ideábamos la manera de ganar tiempo para que alguien acudiera en nuestro socorro moviendo influencias que conjuraran el peligro en que nos hallábamos. La situación, por absurda, nos parecía francamente amenazadora, pues la enconada lucha entre carrancistas y obregonistas había dado lugar a actos de terror.

Ignoro cómo la familia de Esteva se enteró de nuestra detención y con angustiada prontitud procedió, por conducto del tío de mi amigo, el licenciado Adalberto Esteva, a solicitar nuestra liberación. Por fortuna, era gobernador del Distrito Federal el licenciado Manuel Rueda Magro, amigo de los Esteva, quien ordenó al general Raúl Gárate, inspector general de Policía, que nos pusiera en libertad. Lo cierto es que pasamos horas de ansiedad, pues en aquellos días de odios políticos era muy peligroso verse envuelto en acusaciones de esta naturaleza. Después de expresar mis agradecimientos al licenciado Esteva, me fui a casa, donde hallé a don Tirso Echávarri profundamente preocupado, aunque ya tenía conocimiento de la intervención en nuestro favor. Le alarmaba lo sumario de los procedimientos que regían en aquellos días, y no en vano, pues México, como decía uno de mis maestros

en términos constitucionales, era el país de los hechos consumados, lo que traducido al decir del pueblo equivale: “A palo dado, ni Dios lo quita”, “El que pegó, pegó” y “Sobre el muerto, las coronas”. Y nos lo confirmaban, dentro de la prisión, las alusiones que, con malvado espíritu, hacían los guardianes de gente que habían fusilado por acusaciones semejantes.

Desgraciadamente, la noticia fue dada a la prensa y hasta hubo periódico que, en forma escandalosa, dio la noticia de que el general Manuel Maples Arce había sido capturado en las inmediaciones del Ajusco. La noticia resultaba tanto más absurda cuanto que en aquellos días yo no cumplía aún los veinte años. Mis padres se enteraron de mi detención, que les causó terrible angustia, máxime cuando en esos días, por la salida de don Venustiano hacia Veracruz y los acontecimientos de Aljibes, se suspendió la comunicación de todo género con la capital.

Esto acabó por decidir a mi padre para establecerse en México, y en los primeros trenes llegó con toda la familia. Instalóse en la calle de la Alhóndiga, número 20, en un barrio que además de hallarse cercano de las escuelas, ofrecía ventajas económicas por su vecindad al mercado de la Merced. No me importaba ese mundo abigarrado de puestos de frutas y hortalizas, clamores y pregones, por cuyas calles tenía que atravesar rumbo a la Escuela. ¡Tan feliz me sentía con la llegada de los míos!

A pesar de que siendo muy independiente no estaba mucho en el hogar, adoraba a mis padres. Mi egoísmo se arraigaba a medida que avanzaba el tiempo; sin embargo, en el fondo de mi corazón sentíame satisfecho, pues tenía la sensación de ser buen hijo y estoy seguro de que mis padres así lo entendían. Ambos me trataron siempre con mucho amor y comprensión. Los únicos reproches de mi padre eran de orden literario.

Figuran entre los sucesos de aquella época la llegada de los jefes adictos al obregonismo y los que se habían mantenido insumisos a la autoridad del señor Carranza, con sus respectivos estados mayores. Ocuparon algunas residencias señoriales y los principales hoteles, donde veíamos siempre gentes uniformadas invadiendo las entradas y los vestíbulos. Un ir y venir de militares y civiles, todos empistolados, bullían por pasillos y escaleras. A los patios, corredores y antesalas de Palacio, a los ministerios y oficinas del Ayuntamiento afluían numerosos solicitantes con esperanzas de obtener una plaza en el nuevo gobierno. Tan numerosa era la concurrencia, que las audiencias se prolongaban hasta las altas horas de la noche. Yo veía desarro-

llarse tales escenas y me daba a reflexionar que, habiendo sufrido injusta prisión por el obregonismo, tenía más derecho que muchos para optar a una colocación que me permitiera costearme mis estudios.

Creía por momentos que podría lograrlo recurriendo simplemente a uno de los jefes militares. Recordando que un amigo de mi padre, con el cual yo mismo había tenido trato personal, el general Alejandro Chao, se hallaba en el Hotel Guillow, me personé con él y le comuniqué mi proyecto de ingresar en la diplomacia, que desde entonces me atraía, por considerar que ello me daría oportunidad para servir a México, dándole a conocer, en la mejor forma, en el mundo del arte y de las letras, y también para adquirir conocimientos que fuesen de utilidad a mi país. Chao me recibió afectuosamente, me alentó y me dio una carta de recomendación, papel en que entonces las gentes cifraban inmensas esperanzas; pero que en realidad, por su abundancia, cada día perdía más su valor, al igual que el papel moneda emitido por las facciones. Con mi carta dirigida al encargado del despacho de la Secretaría de Relaciones y vestido con el *jaquet* de mi padre, me presenté al día siguiente a la audiencia.

Mientras esperaba sentado en una de las sillas de alto respaldo del salón de recibo del ministro, divagaba con la imaginación sobre mi futuro puesto. ¿Cuál sería el sitio al que me destinarían? Y me venían a la memoria las visiones de lejanas ciudades, nombres de diplomáticos que ocasionalmente alguien me había señalado en la calle o que había oído nombrar, y pasaba por todos los grados de la ilusión.

Después de anhelante espera, entré al despacho, donde me encontré de improviso frente a un señor algo grueso de cuerpo y de inexpresivo rostro, que me invitó a tomar asiento con ademán cortés. Le di cuenta de mis propósitos en un exordio que había mascullado en la antesala y le entregué mi flamante credencial, que el funcionario leyó al parecer con atención, diciéndome que volviera más tarde, mientras examinaba la posibilidad de colocarme. Siguió el juego de instancias, de impacencias, y luego de recados por interposiciones secretarios, de merma en las promesas, de plazos más largos, de plantones, de fatigas en la inútil batalla burocrática, de lamentación del tiempo perdido, hasta que cansado de estas gestiones y convencido por mi padre de que la carrera de Leyes podría franquearme más tarde las puertas de la diplomacia, renuncié a mis planes y acepté, como una peripecia sin importancia, el fracaso de aquel nombramiento que yo ingenuamente creía que llevaba en el bolsillo.

## IV

Entre las satisfacciones de la ciudad estaba la de ir a las redacciones de los periódicos y ponerse en contacto con la vida intelectual. Acontecimiento digno de mención fue mi visita a la redacción de *Revista de Revistas*, bajo la dirección de mi paisano el poeta José de J. Núñez y Domínguez, y que ocupaba un local en la calle de Rosales, no lejos del Caballito. Recuerdo bien ese día. Cuando llegué, el vate Núñez estaba en su escritorio, y había dos o tres personas sentadas en aquel local en que se acumulaban libros y periódicos hasta en el borde de las ventanas. Le había anunciado mi visita y me recibió con afectuosa confianza, presentándome a sus otros visitantes. Uno de ellos era el historiador Alfonso Toro, y los otros dos, los poetas Rafael López y Manuel de la Parra. Cuando me presentó, lo hizo dándome el tratamiento de poeta ante aquel grupo de escritores cuyos nombres me eran bien conocidos a través de las mismas páginas de *Revista de Revistas*, en ese entonces la publicación literaria más importante de la República. Sentía, entre intimidado y sonriente, que recibía la alternativa en el redondel de las letras, como diría mi amigo el cronista Rafael Solana, *Verdugillo*.

Entre las personas con quienes me vinculé figuraba un paisano mío, llamado José Antonio Muñoz, quien había sido secretario de la Escuela de Jurisprudencia y comenzaba a tener fama como poeta por un soneto premiado en unos juegos florales, que denotaba cierta fineza y le valió alguna nombradía. Muñoz era casi de mi misma edad; moreno, de baja estatura, de labio sombreado por un bozo, engreído, y con algunas salidas que lo llevaban al ridículo, como el que las mujeres se prendaran de él por su poesía. Una vez que paseábamos por la colonia Roma, frente al palacete que ocupaba la embajada de Austria, venían dos guapas muchachas que ni siquiera nos habían visto, y me dijo, oprimiéndome el brazo: “No vuelvas la cara, pues creo que esas dos nos vienen siguiendo”. En otra ocasión me

contó que paseándose tranquilamente por una senda de Chapultepec, una admirable muchacha le había invitado a subir en su coche, manifestándole admiración, y lo había conducido a su casa, donde le sirvió el té con gran rendimiento, en un ambiente de lujo y voluptuosidad. Después de describirme los salones y ponderarme los encantos de su admiradora, me preguntó: “¿A que no te imaginas quién era?”. Y exclamó estremecido de gozosa risa: “La Nena...”, soltando el nombre de una de las bellezas mexicanas de aquel entonces. Este engreimiento fue motivo de una broma de los estudiantes de Jurisprudencia con una carta apócrifa del poeta Leopoldo Lugones, en que éste le hacía la confidencia de que había leído y gustado mucho uno de sus sonetos, cosa que puso a Muñoz muy ufano. Pero no todo era necedad en este poeta. Tenía cierto sentido lírico y una entonación discretamente romántica que recordaba a Luis G. Urbina en sus paisajes del lago de Chapala.

Por algún tiempo frecuenté el cenáculo de *Revista de Revistas*, donde tuve algunos amigos. Allí mismo conocí a Ramón López Velarde, cuyo primer libro, *La sangre devota*, salió de aquellas prensas. Era el poeta hombre de buena presencia, de rostro bondadoso y melancólico; vestía siempre de oscuro; su persona y su trato reflejaban la mayor pulcritud. No pocos domingos lo acompañé en sus paseos a la plaza Orizaba y a la iglesia vecina de la Sagrada Familia, a esperar la salida de misa de las muchachas que, en fascinante procesión, descendían las escalinatas. Pasaban delante de nuestros ojos aquellas rubias y morenas que encendían anhelos recónditos en nuestra sensibilidad. Bajo las claras mañanas y el cielo azul, aquella visión que se alejaba por los follajes del jardín era como una promesa de amor. López Velarde sentía vivamente el encanto de la belleza sensual, asociada a la glorificación de un rito. En sus poemas se perciben cualidades intuitivas: “Brazos sacramentales”, “La delicia que es mitad friolenta, mitad cardenalicia”, “Las lascivas soledades”. Cada ocho días nos encontrábamos en ese paseo en el que disfrutaba de su fina conversación al par que se estrechaba nuestra amistad. En aquellos días ya había publicado su libro *Zozobra*, volumen que contiene lo esencial de su creación.

Traía López Velarde en su alma, como una visión perenne, la transparencia, la sonoridad y la virtud litúrgica de su provincia, que nos hacían sentir hondos instantes de embeleso poético. Todavía después, concentrando sus imágenes, ascendió a una poesía más radiante y universal, que producía un singular estremecimiento.

En más de una ocasión me había mostrado su simpatía, invitándome a su pequeño estudio, en el que apenas podía uno moverse, oprimido por el escritorio y la abundancia de libros, y esto con tan generosa actitud, que borraba la diferencia de edades. Sentados frente al escritorio iluminado por la ventana que daba hacia “la privada” de los departamentos, me leía, con su voz agradable y la sencillez de su ademán, uno de sus poemas o alguna de sus pequeñas prosas tan características de su exquisitez. Mientras conversábamos, alguien de la familia nos regalaba con una taza de té; y el sol, sobre los grandes árboles de la avenida Jalisco, dilapidaba las últimas monedas del atardecer.

Cuando López Velarde enfermó, fui a preguntar por su salud, esperando verlo pronto restablecido; pero su dolencia se agravó y de pronto me sorprendió su muerte. Lo inesperado del acontecimiento, unido al afecto que le profesaba, me angustió dolorosamente. Nunca me hubiera imaginado que aquel amigo con quien me paseaba por la plaza Orizaba, y en el que resaltaban la salud, la inteligencia y la gracia poética, hubiera de improviso desaparecido del mundo. La noche del duelo, en que lo vi yacente, sentí el profundo dolor de su pérdida y el enorme vacío que dejaba en las letras mexicanas. Con hondísima pena y la imaginación exaltada, en la que se confundían las más extrañas emociones, salí a caminar sin rumbo fijo, solo, en busca del espacio libre de la noche para explicarme a mí mismo lo insólito de su muerte.

Un poeta importante muere en la flor de su juventud, pero su inesperado fallecimiento no produce una conmoción social. Solamente un pequeño círculo se conmueve y siente la tragedia que representa para México. Apenas uno de sus amigos, el ingeniero Juan de Dios Bojórquez, se apresura a llevarle la noticia al presidente Obregón y solicitarle que le hagan funerales nacionales, le explica la significación del escritor, le recita algunos de sus versos y le comenta lo que el poeta muerto representa para las letras nacionales. Cuando el ministro de Educación, José Vasconcelos, acude al presidente con el mismo propósito, éste ya está prevenido, y al intentar explicarle la personalidad de López Velarde, el presidente Obregón le da una conferencia sobre el poeta y le recita los fragmentos de sus poemas que acaba de escuchar, retenidos en su extraordinaria memoria. Pasmado, Vasconcelos sale de Chapultepec diciendo: “¡Qué gran presidente tenemos! Acabo de hablarle de López Velarde y me recitó sus versos”. El gobierno ordenó un suntuoso

entierro. Pero la verdad era que el presidente no lo conocía y la patria que aquél cantara lo ignoraba. Sólo sus amigos lamentarían su muerte, con un dolor que José Juan Tablada recogió en su *Retablo*:

¡Qué triste será la tarde  
cuando a México regreses  
sin ver a López Velarde!...

Otro de los poetas que conocí en los primeros años de mi estancia en México fue Manuel de la Parra, autor de *Visiones lejanas*. Se le notaba ya gran decaimiento y aparentaba más edad de la que realmente tenía. Recitaba con tono monótono sus poemas, en los que sentía el eco de un profundo desencanto. Sus versos, envueltos en una vaguedad verlainiana, evocaban figuras crepusculares, sentimientos imprecisos y ensueños nostálgicos.

En ese tiempo, la familia Vicencio, parientes del poeta Núñez y Domínguez, solía abrirnos las puertas de su hogar. Tenían una hija, excelente amiga y confidente mía, Elvira, estudiante del Conservatorio, que cantaba muy bien. Con bastante frecuencia organizábamos allí fiestas. Rápidamente se pasaba la voz del convite. Bajo el claror lunar de las azoteas, surgía un enjambre de muchachas. Una reducida orquesta y la jovialidad de doña Ignacia, la mamá, preparando ponches para entrar en calor o incitando a las parejas, animaba la fiesta. En el minúsculo salón, Elvira cantaba *Estrellita*, de Ponce, o una canción del compositor Esparza Oteo, con quien hice por aquellos días un recital. Si alguien estaba solo, en actitud pensativa, acodado al parapeto frente al panorama de la ciudad, Nachita le decía: “Venga usted; no esté triste, voy a buscarle pareja”, y con gentil talante nos impulsaba a la alegría y nos ponía en los brazos de una compañera, con la cual nos lanzábamos por aquel alto salón abierto a las longitudes del paisaje urbano, en un vals que terminábamos palpitantes, sometidos a un vértigo planetario.

A esas tertulias de muchachos concurría también gente mayor, como los historiadores Alfonso Toro y Nicolás Rangel, José de J. Núñez y Domínguez, su hermano Roberto *el Diablo* y Ernesto García Cabral, en el apogeo de su gloria de caricaturista; Miguel Othón Robledo, quien se perdió en el embrujo de las tabernas, y otro simpático bohemio, que atraía no sólo por su pomposo nombre de Rafael Vera de Córdoba y Carballo de Portugal,

sino también por su ingenio y por su donaire; el folclorista Rubén M. Campos y otros escritores y artistas acrecentaban aquellas líricas tertulias.

Martín Gómez Palacio, quien fue asimismo un contertulio, en su *Vida humilde* inmortalizó esta casa y sus habitantes:

Colonia de Guerrero, calle nombre de flor,  
amplia y hospitalaria casa de vecindad.  
Esperanza recita versos de actualidad  
y abuela en un suspiro recuerda a Campoamor...

La poesía estaba íntimamente mezclada a la vida, pero había que descubrirlo. El paseante vulgar no percibía sino la banalidad del barrio, su aire popular, su deslavada pobreza, pero allí había una forma de ser que la penetración lírica sentía y transcribía en imágenes de un estilo posmodernista de viva originalidad expresiva. Tal era la virtud cardinal que encerraban los poemas de Martín Gómez Palacio. Sus revelaciones de aquel fondo en que transcurrían sus ensueños y sus amores de estudiante, las impresiones de una calle, la emoción de una fiesta, el cotejo de un diálogo sentimental, aparecían con expresión espontánea, eficaz, sugeridora de una irradiación juvenil. No era sólo un símbolo de la vida, la sombra y el dolor lo que veía en aquella casa de vecindad, sino realmente “la viuda de pupilas insomnes y de chal de burato”.

Cuando después de un año de recibido de abogado, Gómez Palacio se iba una madrugada bajo el vaho de la neblina y las campanas y silbatos sonámbulos de la estación de Buena Vista, con la conciencia de “haberse portado mal con su novia” y no haber cuidado el tesoro de ternura que ella le consagró, yo llegaba a comenzar mi historia de estudiante. Por unos años respiré ese ambiente en que se despertaron muchas de mis inquietudes, y en que el amor, más que las rosas de Juan Diego, era obra de milagro poético. Pero movido por otras ideas y sentimientos, me lancé a más atrevidas conquistas. Guardo de aquel tiempo una honda nostalgia que no es la de mis pasatiempos ni la de las muchachas que me hacían feliz, sino la de mi juventud, algo inaccesible ya, altamente ideal, irremediabilmente desvanecido, como la alegría ligera de la primavera que pasó y nos embelesó un instante.

El edificio de la calle de la Magnolia tenía no menos de sesenta viviendas ocupadas por familias de posición modestísima, en su mayoría

de empleados públicos, dependientes, celadores del resguardo, etc. Había una infinidad de muchachas que se conocían, salían juntas de paseo o se reunían a conversar en los corredores y azoteas.

Por las tardes, generalmente, caminaba un rato a pie hasta la calle de Donceles, donde tomaba el tren de Martínez de la Torre; pero si la liberalidad del bolsillo me lo permitía, abordaba una *calandria*, como se llamaban aquellas desvencijadas victorias tiradas por un caballejo matalón. Subía de un salto y decía al cochero: “Tostón, a la calle de la Magnolia”. Este bajaba la bandera y flagelaba al jamelgo, y mientras la carroza comenzaba a rodar por los empedrados de La Lagunilla, yo, en el fondo, seguía el vuelo de mis sueños. A veces me contrariaban pequeñas cosas, pero todo se arreglaba a medida de mis deseos o bajo el estímulo de la conversación con mis amigas. No faltaba alguien con quien cambiar algunas palabras en la escalera y subía ágilmente hasta el último piso. Llegaba jadeante al departamento de los Vicencio, donde la señora me recibía con sonrisa amable, mientras Elvira, que tramaba complicados arpegios ante el piano, se levantaba para saludarme y ofrecerme un asiento. Me enteraba entonces de la crónica del barrio: noviazgos, raptos, mudanzas, etcétera.

A veces, llegaba alguna de las muchachas de la vecindad y se quedaba platicando un rato con nosotros. Le pedía a la señora Vicencio que le echara las cartas, a lo que esta era muy aficionada. Siempre andaba ponderando las maravillas de cierta vidente que se anunciaba en el periódico. Un tanto por pasatiempo, y otro tanto por convicción, complacía a sus visitantes. Haciendo uso de las convenciones del juego y con algo de su propia inventiva, Nachita desplegaba y disponía las cartas sobre el mantel del comedor y entretejía los destinos, despertando inquietos suspiros a las chicas, que seguían con sonrisa expectante la aparición y movimiento de las figuras de la baraja, que con la vaguedad de sus simbolismos daban pábulo a la imaginación enamorada para satisfacer sus supersticiones.

De día o de noche no faltaban visitas en casa de los Vicencio. Solía aparecer por ahí también José D. Frías, quien iba a conjurar su *spleen estelar*. Entonces vestía con pulcritud. No había caído aún en los excesos del alcohol y era aficionado a la música. Flirteaba con una de las muchachas del tercero, una joven alta, de figura clásica, de pelo largo y claros ojos.

El vate Frías, al despedirse, lanzaba una mirada satisfecha y con expresión sonriente decía: “Si oís contar de un naufrago la historia, ese naufrago

soy yo...”. Era su bordón predilecto en las circunstancias. Cada vez que se separaba de sus amigos declamaba el verso inicial de aquel drama romántico con aire feliz. Pero por desgracia esta postura teatral tuvo un desenlace fatal, pues pocos años después su espíritu naufragaba en el alcohol.

Yo sentía una secreta alegría oyendo las risas y los ruidos de la casa, los timbrazos intermitentes del tranvía que se detenía en la esquina de la calle. A veces salíamos Elvira y yo a la azotea y nos pasábamos allí largo tiempo haciéndonos confidencias hasta que el azul del cielo oscurecía.

Estaba yo de novio con una muchacha de la Facultad de Farmacia que vivía en la calle de Lerdo, no lejos de la Magnolia. Nos citábamos en la esquina para dar un paseo por la colonia o bien hacia el jardín de San Fernando o por la estación de Buenavista. Tras el largo muro que acotaba el patio de la estación, oía la vibración de los vagones y el silbato de las locomotoras que mi lirismo de aquellos días unía a mis ternuras amorosas. El grito de aquellos trenes que salían hacia las llanuras de la noche resonaba en mi corazón extrañamente y me hacía vivir momentos singulares.

Después de encaminar a mi novia, iba a sentarme a la farmacia a platicar un rato con una muchacha encantadora llamada Guadalupe, que era íntima amiga mía y, como Elvira, un poco mi confidente. Vivía en el mismo edificio de la Magnolia con su madre y dos hermanas menores que ella sostenía, pues no hacía mucho tiempo que había perdido a su padre. Su madre parecía de apocada voluntad, y su semblante pálido y el luto de su viudez acentuaban aún más esa impresión de desamparo.

Afectuosa conmigo, después de aquellas explosiones de alegría y bebidas, curaba mis trastornos preparándome una infusión concentrada de hojas de naranjo con bromuro, con lo cual recuperaba mi equilibrio orgánico.

Yo entraba y salía cotidianamente por el portón de aquella casa donde tenía tantos conocidos. Muchas veces me detenía en un descanso de la escalera o a la puerta de una vivienda a conversar sobre las cosas más diversas. Casi convivía las aspiraciones y preocupaciones de aquellas gentes. Conocía sus más patéticas inquietudes o los más nimios actos de su existencia. Me sentía atraído por aquel mundo en que la amistad tenía formas de suprema espontaneidad, y la admiración que estas muchachas manifestaban al mérito literario colmaba una de mis ambiciones.



## V

La ciudad comenzaba a despabilarse temprano. A ciertas horas, las plazas, las calles y los mercados desbordaban de actividad. Un incesante tráfago animaba y ponía en movimiento a todo el mundo. Observaba las fisonomías e imaginaba sus preocupaciones. Participaba así de esa realidad social y por momentos creía captar el alma de la ciudad. Veía a la gente haciendo fila frente al Montepío Luz Saviñón y me preguntaba sobre las condiciones de nuestro pueblo, presintiendo todas sus penas y escasez. A medida que el día avanzaba, se hacía más intenso el ritmo citadino. En la calle de Isabel la Católica los cambistas hacían tintinear sus monedas de oro y plata a la puerta de los bancos. Los mercados rebullían de gente de toda condición. De los “rápidos” descendían los burócratas para encaminarse hacia los ministerios. Frente a la Escuela pasaba invariablemente a la misma hora don Nicolás de Zúñiga y Miranda, eterno candidato a la presidencia de la República, de levita, sombrero de copa y bastón, con aire digno, llevando la máscara de la burla democrática.

Mirando hacia el panorama nacional sentía el estremecimiento con que la Revolución se manifestaba hasta alcanzar a veces el furor excepcional. El pueblo hambriento de pan y de justicia que abandonaba su apatía de treinta años de indiferencia para lanzarse a la terrible batalla contra sus opresores, y luego el choque de las pasiones que cegaban a los caudillos. Sólo raras veces el acto puro y desinteresado como el de Azueta y Uribe en Veracruz, que mueren en defensa de su patria ultrajada, y de Jesús García, que se sacrifica en Nacozari para salvar a la población, elevándose hasta la más alta virtud heroica.

Comenzaba yo a observar la vida política de mi país; la manera de ejercer las funciones públicas, a considerar las contradicciones entre los ideales democráticos y la realidad de los hechos; pues mientras se proclamaba por

un lado la efectividad del sufragio, por otro se imponía a palos literalmente la voluntad cívica; porque en la práctica los grupos contendientes no se tenían ningún respeto ni ejercían derecho alguno, ya que no puede considerarse tal la acción violenta para prevalecer e imponerse en el orden político. De aquí que en las elecciones de cualquier carácter, y muy particularmente en las de diputados y ayuntamientos, se suscitaban infinidad de violaciones, persecuciones, robos de urnas electorales, alteraciones de escrutinios, falsificaciones de firmas, duplicidad de computadoras y un sinnúmero de irregularidades y atropellos que finalizaban muchas veces en heridos y muertos. La voluntad de vencer de los contendientes no cejaba ante derecho alguno, y toda la cuestión se resolvía en términos de agresión. Presencí unas de estas justas de ira y de escarnio, que comenzaban con la instalación de la casilla electoral donde se libraba la primera batalla, para imponer al grupo que manejaría la votación, a lo que naturalmente se sucedía una serie interminable de atentados, y de esta manera “cooperatistas” y “laboristas” se arrebataban el poder. Los ideales de vida cívica de la Constitución estaban únicamente estampados en el papel pero no adquirían realidad orgánica y cuando consideraba la forma de reparar el desorden, me daba cuenta de que éste había sido engendrado por los vicios de nuestra vida pública tradicionales y por el atrofiamiento psíquico de treinta años de dictadura. Hubiera sido mucho pretender que de un estado de opresión brutal tan duradero, en el que no se respetó ningún derecho humano, se pasara sin tropiezos a una vida pública de libre ejercicio de los derechos cívicos y en la que el absoluto respeto a éstos fuese la norma.

En las entrañas de esta ciudad se engendran las alimañas de la murmuración. Hay las más diversas clases de sabandijas y abejorros que zumban y amoratan las carnes en que se clavan. El tábano epigramático, desvergonzado y procaz, es el más virulento. Cuando los canes hambrientos de la calumnia se sueltan enfurecidos por las calles y basureros, se arremolinan también los tepechinchas de la mordacidad y de la ira. Apenas surge un acontecimiento y ya está circulando la versión ridiculizadora. En los cambios de viento político, lo que se consideraba justo, limpio, hermoso, aparecerá inmediatamente deforme y manchado. Esta es la manera como el mexicano de la capital, generalmente, interviene en la política y la crítica social. ¿Falta de ánimo, de valentía, o se desquita y sanciona así el abuso de los poderosos y los audaces insolentes? Tal vez ambas insatisfacciones se

reducen a la misma ecuación, que al final no es sino la libre expansión en el círculo de la carcajada. En las esferas de la trascendencia no cuentan los ratones. Que el filósofo se quede con su saber absoluto y el pueblo con su risa infinita, pues todo está en el orden de las cosas. De lo contrario, la vida mexicana sería polvosamente opaca y aburrida.

¿Y qué pensar, señoras y señores, de otra de nuestras plagas, que proviene de mujer? No me refiero a Eva, que por calumnia de la Biblia simboliza el pecado original. La verdad es que hemos tenido mala suerte. No tuvimos, como en la antigüedad heroica, una Judit ni una Dalila, que si bien compartieron con el enemigo el lecho amoroso, después le cortaron la cabeza o lo aniquilaron implacablemente. A nosotros, en cambio, el destino nos deparó a la Malinche, quien entregó sus hechizos al conquistador, se convirtió en el verbo de la conquista y ayudó a sojuzgar a los pueblos aborígenes. Ese complejo de sumisión a lo extranjero es lo que llamamos “malinchismo”, una de las poderosas fuerzas que destruye a nuestro pueblo y que sólo un despertar de la conciencia podría conjurar. Por eso el extranjero ha sido y sigue siendo el dueño de nuestras industrias, comenzando desde la pesada hasta la muy leve de las pantaletas y faralás. A nuestro pueblo le queda, únicamente, lo que decía el chinito: “¡Viva México y China... tu male!”. Tal es el grito redentor del “antimalinchismo”.

Al cumplir los veintiún años y asumir el derecho de ciudadano me planteaba estos problemas tratando de ajustar su resolución al espíritu de la Ley en contradicción con la práctica de esa realidad mexicana. Felizmente mis impulsos artísticos se sobreponían a mis reflexiones sociológicas, y el arte, bajo la forma literaria, principalmente, impulsaba mis anhelos. Llevado, sin embargo, de mis entusiasmos, tomé parte en una de las elecciones del Congreso Estudiantil en favor de la candidatura de uno de mis compañeros, de nombre Enrique Torres, que era alcalde de la villa de Guadalupe, y que resultó triunfante a la presidencia de dicho congreso. El Congreso Estudiantil estaba formado por un presidente electo por todas las escuelas superiores y facultades del Distrito Federal, el cual designaba sus colaboradores. Las elecciones daban lugar a un vivo ajetreo e intercambios de grupos de oradores que se desplazaban de una a otra escuela donde se organizaban ruidosas asambleas. Esto propiciaba un acercamiento y camaradería entre los estudiantes y no pocos noviazgos. De una de aquellas giras salí de novio con la chiquilla de la Facultad de Farmacia. El congreso era una escuela de política también, pues,

de hecho, hacíamos allí nuestras primeras armas, aunque con espíritu cívico mejor que el que mostraban los mayores a nuestro alrededor.

Por invitación de Torres e insinuaciones de José Ángel Ceniceros, que era el secretario de educación del congreso, acepté ser secretario de propaganda.

Fue en parte por esta circunstancia por la que me vinculé desde entonces con Ceniceros. A pesar de que en nuestras conversaciones usábamos el tratamiento de usted, nos buscábamos y tratábamos con afecto. Siempre me simpatizó Ceniceros por sus amables maneras y sus esfuerzos para seguir sus estudios. Después de recibirse de maestro normalista había continuado la carrera de abogado gracias a su sueldo de teniente, grado que le fue reconocido cuando finalizó la campaña obregonista.

No pocas pláticas consagrábamos a la educación, para lo cual buscaba caminos nuevos; y en cierta ocasión hasta mandó bordar, en una bandera de seda que su novia le había regalado, la divisa “Mejores escuelas para México”. Esta bandera ornó el salón de sesiones del Congreso Estudiantil, y, un día, Raúl Haya de la Torre, entonces exiliado en México por su labor revolucionaria, se la llevó y la adoptó, más tarde, como insignia del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Antiimperialista), en sus viajes por América.

Al terminar las clases solíamos ir juntos a la sede del congreso, situada en la parte posterior de la Escuela Nacional Preparatoria, donde manteníamos largas conversaciones sobre cuestiones que interesaban a nuestra juventud: la impresión que nos producían ciertos actos del gobierno; la crítica de nuestras costumbres; las mejoras que podía recibir el país de algunas medidas; la obra nueva que debería realizarse para combatir muchos vicios de la conducta nacional o los aportes fundamentales que requería la vida de nuestro pueblo.

Pasábamos de un análisis a otro y de una concepción a la busca de otra noción que satisficiera mejor las exigencias de nuestra generación. A veces, me interrogaba Ceniceros sobre mis teorías estéticas, que yo le explicaba con el apasionamiento que exigía el presentar cosas nuevas, que significaban grandes disensiones de fondo y de forma con las ideas que prevalecían entonces en los medios universitarios. Así se entretejían los días de nuestra vida de estudiantes, frente a la incertidumbre del futuro. Nos inquietaban los destinos de la patria unidos a nuestras propias inquietudes. Sentíamos la onda de los acontecimientos henchidos de dolorosas realidades, y un afán de comprender el mundo que nos circundaba; él, bajo su vocación de maestro, y yo, con mis impulsiones líricas.

## VI

Cierto día, por la tarde, después de salir de la clase de sociología, cuando regresaba a casa, al pasar por la antigua Academia de San Carlos, esquina de la Academia y la Moneda, me acerqué a un grupo de muchachos que estaban conversando en el portón. Iba yo en busca de un dibujante que me hiciera un retrato y la portada de un libro. Expliqué esto al que me pareció más formal, y le pedí que me sugiriera alguien que pudiera hacer dicho trabajo. No vaciló en decirme los nombres de Nicolás Puente, para dibujar la portada, y Francisco Reyes Pérez, el retrato. Los otros aprobaron la elección. Estuve todavía platicando largo rato con ellos, lo que me permitió observarlos. Al que yo me había dirigido parecía un muchacho mayor, de complexión recia, a quien sus compañeros llamaban *el Repujador*, a causa de su maestría en este arte, pero cuyo verdadero nombre era Lorenzo Rafael Gómez. El otro era un cojito, de anteojos, delgado, que andaba con muletas y que parecía muy bromista, y el más joven, carilleno, de encarnadas mejillas, al que decían de apodo *Manzana*. Aunque pasaba a diario por la Academia, hasta entonces no se me había ocurrido mezclarme con los muchachos. Alguna vez había entrado al patio a contemplar las copias de las esculturas de Miguel Ángel, cuyos originales adornan la capilla de los Médicis, en Florencia, y que son de lo más espléndido que haya surgido de su cincel. Pero desde esa tarde, y casi a la misma hora que los estudiantes se juntaban en los corredores o a la puerta, esperando la entrada a la clase de desnudo, acudía yo invariablemente por allí, para retardar mi llegada a casa y entretenerme en aquel ambiente en que encontraba cierta complacencia.

Al día siguiente, por la mañana, volví a la hora convenida con el Repujador, y ya me estaba esperando Francisco Reyes Pérez, quien con mucha soltura se puso a la faena en una de las aulas vacías. Principió por

hacer unos apuntes a lápiz, sin prisa, con la mirada perspicaz del artista a quien la mano obedece con seguridad, y como para ejercitarse. Después, sobre un papel nítido, con pluma y a tinta china, trazó una variante, un poco más simplificada de lo que acababa de hacer. Alargóme el dibujo y me reconocí en él instantáneamente.

Lleno de alborozo, publiqué el tomito de prosas líricas, ilustrado por Puente y Reyes Pérez. El deseo de ser autor, sin embargo, me llenó de amargura. Cuando apareció aquel mi primer libro, que me apresuré a distribuir en revistas y diarios, esperanzado que con él comenzara mi gloria de autor, me llevé un chasco mortal. El día en que era costumbre se publicaran las reseñas bibliográficas en *El Universal*, me lancé a la calle a buscar el periódico y, emocionado, me puse a hojearlo hasta encontrar la reseña, cuya agresividad me lastimó en las fibras más íntimas de mi amor propio. En la frase que supongo más escarnecedora, porque es la que recuerdo, el malvado crítico me llamaba “bebedor de ciencia infusa en copas de tequila...”. El lenguaje no era propio de una crítica literaria, pero esta consideración no me consolaba. Sentí una cólera terrible y estrujé el periódico. “Bebedor de ciencia infusa en copas de tequila...” me repetía mientras caminaba aceleradamente, y a mi vez lo calificué de “botillero de la literatura”.

En esos momentos no advertía yo aún que este libro, que cantaba la vida dichosa de mujeres, champaña y flores, no era en realidad sino la expresión de mi decadentismo juvenil, y no podía yo entender por qué, en vez del éxito que esperaba, no había alcanzado más que aquellas descomedidas palabras.

Cuando cesó mi frenesí, caviloso como Dante, advertí que me encontraba a mitad del camino de la vida, perdido en esa selva de papel y amarga tinta, enfrentado al monstruo de la inquina, que amenazaba despedazarme. Sin la protección del suave Virgilio que resguardara al Florentino, sentí la soledad y el desamparo y comprendí que, para andar aquella vía, era menester estar apercebido, abroquelado y armado con los más agudos instrumentos de la dialéctica. Mi adolescente vanidad sufrió la mofa, pero aclaró mi experiencia, fortaleció mi decisión de superarme y extremó mi voluntad de no rendir mi espíritu.

Continué buscando la belleza sorpresiva. La ciudad, que a veces me era hostil y otras seductora, me ofrecía los elementos del éxtasis y la magia evocadora. Yo estaba en medio de aquel andamiaje, alerta a la sensación, al

relámpago imaginativo, a la comunicación humana y a la instancia fugaz. Los días, las sucesiones del tiempo, maduraban mis sueños. Sacrificaba a mi creación poética las diversiones. Renunciaba a los goces banales por una fulguración lírica. Y así fue como forjé mi disciplina, encontré mis temas esenciales y concebí la operación poética que renovaría la literatura de México.

A veces entraba con Reyes Pérez o Leopoldo Méndez a la clase de desnudo donde había una modelo llamada Lupe, y otra, muy jovencita, a quien decían *la Golondrina*. Solíamos llegar también al Museo Nacional para ver la colección que se aglomeraba en aquel oscuro salón y que tanto difería de los órdenes clásicos que se admiraban en Bellas Artes. Nos interesaban aquellas esculturas, y principalmente la serie de animales de tan extraordinario carácter y tan acertada técnica.

Largos ratos paseábamos por aquel vasto salón de las antigüedades mexicanas. De la contemplación de la llamada Piedra de los Sacrificios, en cuyo cuerpo se desarrolla la historia de las conquistas del rey Tizoc, pasábamos al examen de la espantosa diosa de la muerte, y de ahí a expresar nuestra admiración ante la plácida figura de Xochipilli, príncipe de las flores, y buscar en la penumbra la reveladora escultura monolítica de Xicóatl, que parece impregnada de un espíritu cósmico.

Por el nefasto embrujo de *doña Juanita*, Reyes Pérez perdió la voluntad de trabajo, le entró el desaliento y terminó por perder su equilibrio mental. El caso se repitió con otros estudiantes, algunos de excelentes disposiciones, pero que una vez esclavizados por el vicio no pudieron curarse y se hundieron en la degradación. Tal ocurrió con un joven muy simpático y despierto que se apellidaba Orellana, quien poseía extraordinarias dotes y su dibujo tenía una gracia especial. No sé cómo lo engatusó la *Dama de la ardiente cabellera*, pero insensiblemente declinaron sus facultades.

Distribuía mi tiempo entre la Escuela, Bellas Artes y los cafés del barrio, en los que me encontraba con algunos amigos. Después de comer, para eludir los rumores de la casa y la discordia de pregones que subía de la calle hasta el balcón, me iba al anexo. A esa hora sólo estaba el portero. Reinaba un silencio casi completo, apenas interrumpido por los ecos de aquel barrio salmodiado con los gritos de los vendedores ambulantes y el ruido del ajetreo del comercio siriolibanés, que se extendía en las proximidades de El Volador. El anexo de la Academia, que quedaba en la misma calle, era un edificio pintado de color gris claro, de tres pisos, con numerosos estudios.

Uno de los más amplios, y hasta donde apenas llegaba el tumulto del barrio, era el de Lorenzo Rafael, al fondo del segundo piso. Allí nos reuníamos por las tardes a conversar, a veces crecía el número de los asistentes, recitábamos poemas e improvisábamos juegos y farsas. Pero los mejores momentos eran aquellos que en completo sosiego solía pasar allí. Como Lorenzo Rafael no llegaba sino hasta las cuatro y media o cinco de la tarde, era yo dueño absoluto de dicho recinto. Mientras, íbase destilando lentamente mi poesía. Sólo raras veces me interrumpían algunos clientes que preguntaban por el Repujador. Había uno que recuerdo bien porque coleccionaba cerraduras y trabajos de hierro forjado en que mi amigo sobresalía notablemente. Logró *Papá Miranda*, como le llamaban a este coleccionista en Bellas Artes, un gran acopio de bargueños y baúles, cerrojos y candados, cuidadosamente dispuestos en todos los salones de su casa de la calle de Sadi Carnot, donde me invitó una vez a visitarlo. Al atardecer comenzaban a llegar al estudio algunos muchachos, entre otros el escultor Jiménez, Manzana y *el Cojito Pulido*, quien remedaba, con acento americano, los sermones de un pastor protestante, cosa de no muy buen gusto y que contrariaba al poeta Leopoldo de la Rosa, pero las risas y la alegría se comunicaban y las irreverencias de Pulido se convertían también en pasatiempo.

En muchas ocasiones notamos que De la Rosa parecía muy melancólico, pero no le dábamos importancia, pues sabíamos que él estaba rendidamente enamorado de una indiferente discípula de Ramos Martínez, una muchacha rubia que caminaba con la cabeza inclinada, llevando unos bastidores moteados de colores claros que delataban sus tendencias impresionistas. Una tarde que habíamos estado conversando con De la Rosa notamos que tenía un aire taciturno y preocupado. De pronto, sin despedirse, salió al corredor. Apenas unos minutos después de haber cerrado la puerta oímos un disparo. Nos precipitamos y encontramos a De la Rosa caído, con las manos manchadas de sangre, oprimiéndose el vientre, donde se había disparado. Estaba sumamente pálido y se quejaba débilmente. Mientras llamaban a la Cruz Roja, entre el Repujador y yo lo metimos al estudio, lo acostamos en el diván donde habíamos estado platicando poco antes y esperamos, terriblemente inquietos. La pasión no correspondida le había inspirado este arrebato, que por fortuna no fue de consecuencias funestas. Días después estaba fuera de peligro, y poco tiempo más tarde, completamente curado de sus lesiones físicas y de sus congojas de amor.

Cuando no estábamos en el anexo nos encontrábamos en la Escuela. Entraba yo al patio y me detenía a contemplar las esculturas de Miguel Ángel, les dedicaba un rato de atención, volvía la vista de la alegoría del Día y de la Noche a la del Crepúsculo y la Aurora, en su recogida actitud, que por instantes me absorbían en el ensueño de una plástica transformación.

Subía a veces a la planta alta, y fueran o no horas de visita, me internaba en las galerías, solo o acompañado de alguno de mis amigos, para echar un vistazo a los lienzos que pendían de los muros, lo que me permitía entrever algo de la escuela española, flamenca e italiana que un día esperaba contemplar en los museos de Europa. Repetidamente iba a la galería y me gustaba detenerme ante los retratos de Téllez Toledo, gran promesa de la pintura mexicana, que desgraciadamente se perdió en los laberintos de la locura. Estas viejas galerías, con todas sus restauraciones y desorden, me sirvieron para aprender a ver. Muchas horas libres pasaba en la biblioteca hojeando algún libro de arte o entraba a observar el trabajo de modelado en los estudios de los escultores.

Me sentaba para seguir la evolución de un retrato, de un torso o de un desnudo; charlaba y daba mi parecer, y hasta exponía mis ideas estéticas sobre la escultura y la visión realista del arte, recomendando formas más abstractas. Solía pasar del estudio de Jiménez al de una chica apellidada Lomelí, y más adelante al de Ignacio Asúnsolo, pero donde más me detenía era en el de Guillermo Ruiz, quien estaba deseoso de presentar una obra nueva. Yo leía allí mis poemas y hablaba de mi futuro libro, que estaba ya en prensa en la editorial Cultura. Un día, Ruiz me propuso hacer mi retrato y ambos coincidimos que debía ser una obra maestra, absolutamente diferente de lo que en la Academia se venía haciendo hasta entonces. Impulsado por el móvil de una creación nueva, Ruiz desbarató alguna cosa que en ese momento tenía en el banco y se puso a modelar mi cabeza. Primero de una manera algo impresionista, pero según borraba detalles comenzó a surgir mi fisonomía bajo planos de sorprendente simplificación. Cuando después de varias sesiones vimos con alegría el resultado, rápidamente se divulgó la novedad en la Escuela y muchos muchachos acudían al estudio para ver la obra vanguardista que yo explicaba con decidida convicción. La cabeza, vaciada en yeso y patinada de bronce, fue expuesta en el aparador de la librería Cultura, donde reforzó la geométrica portada de *Andamios interiores*, provocando la expectación del público que se aglomeraba ante el escaparate.

Habíamos escogido también para reunirnos un café de chinos, que estaba cerca de la Escuela, y otro, algo destartado, con bancos forrados de terciopelo, situado entre el Conservatorio y la Contaduría Mayor de Hacienda. Acostumbrábamos merendar allí y continuar la tertulia. Si entraba alguna pareja nos hacíamos un guiño y la aludíamos con un lenguaje perifrástico. En una ocasión, sin embargo, un indiscreto comentario estuvo a punto de meternos en un lío.

Pendía de uno de los muros del café un almanaque con una figura provocativa en que dominaban el rojo, el azul, etc., que Reyes Pérez estaba mirando atentamente, cuando se le ocurrió decir en voz alta, y no sin malicia, que aquella imagen tenía tonos demasiado calientes; esto produjo cierta tensión en la mesa de al lado, y uno de los ocupantes se separó de su grupo para venir a reclamarle a Reyes Pérez lo que supuso era una alusión a la calidez de las muchachas. Yo tuve que intervenir para evitar el conflicto. Lo grave era que el reclamante no entendía ni pizca de tecnicismo de colores, y lo frío y lo caliente se empeñaba en aplicarlo a la temperatura femenina. Sin embargo, el tono de moderación y el crédito que dio a mis eruditas explicaciones, lograron convencerlo.

Después de una excursión por el campo, a ciertas horas llegaba por la Academia Joaquín Clausell llevando una tela con un paisaje. Lo veía entrar y salir, pero nunca pintaba allí. Siempre se iba a Santa Anita, a Coyoacán o a Tlalpan. Pintaba un huerto, el reflejo del agua de los canales o un simple campo de verduras. Hasta entonces nadie le hacía caso. El medio era muy indiferente. Ramos Martínez tenía mayor éxito debido a sus relaciones sociales. Pero a Clausell, por ser abogado, se le consideraba como simple diletante, cosa injusta, a mi parecer. Yo no lo consideraba así, sino al contrario, le tenía admiración, por su fineza de interpretación y su visión colorística, que superaba en mucho a otros pintores contemporáneos suyos. Alguno de los muchachos que tenía más confianza con él le pedía que nos mostrara la tela, y allí mismo, a un lado del zaguán, nos complacía. En silencio contemplábamos el luminoso paisaje que nos dejaba en la retina un vibrante gozo de color.

No obstante las rutinas de la Academia, había muchas inquietudes a su alrededor. Ya entonces Saturnino Herrán había buscado en la pintura al aire libre una expresión de la conciencia nacional, aunque con un sentido pintoresco que la desvirtuaba. El paisajista Juan de M. Pacheco, formado en la escuela de Velasco, había absorbido elementos del impresionismo más cercanos a nuestra sensibilidad, lo mismo que Romano Guillemín. La participación de

los pintores de Coyoacán en la exposición anual de Bellas Artes ponía una nota de júbilo entre los tonos grises de la escuela de Gedovius que dominaba la enseñanza. Si se comparan tales manifestaciones con lo que vino después, no constituyen aún una revolución, pero sí una patente inquietud.

Otro suceso que me interesó fue la exposición de pintores belgas organizada por Charles Michel, con la colaboración de Francisco Orozco Muñoz, que tuvo lugar en la propia Academia. Yo atisbaba a uno y otro cuadro desde antes de la inauguración. De repente sentía una emoción de encontrarme frente a un lienzo que se identificaba conmigo y aun ensanchaba mi visión. Al regresar de la Escuela me detenía en aquel ámbito que irradiaba para mí tan singulares encantos. Fue entonces cuando entablé amistad con Charles Michel y Orozco Muñoz. Éste tenía la pasión de los libros pulcramente impresos. Vivía con su mujer en la calle de Tabasco, en una casa con flores, impecable, donde reinaba, como él decía, “el abismo del orden”, nostálgico siempre de Bélgica y de su vida de estudiante truncada por la guerra.

Resonancias de otra índole tenían los bailes que se celebraban en Bellas Artes al fin de los cursos escolares. Todo el recinto adornado de serpentinas se llenaba de innumerables parejas que discurrían por los corredores. Por momentos, el baile se convertía en apretujones. Bajo las bóvedas envidriadas, el coruscante conjunto aparecía dominado de reflejos dorados. Había una gran alegría que yo compartía con mis amigos. La Golondrina, más espigada por los zapatos altos, ligeramente arrebolada, en rápidas vueltas pasaba en el vértigo del vals.

La visión del patio de Bellas Artes en la noche, bajo las luces y los adornos cuyas sombras se proyectaban sobre las figuras de Miguel Ángel, nos ofrecía un equivalente de la bohemia de París de la que había oído hablar y que avivaba nuestra imaginación. Esto formaba parte también de la vida de los artistas con quienes me había yo íntimamente vinculado. De manera que a veces seguía con la más atenta curiosidad sus métodos de trabajo, sus discusiones estéticas, y otras más sus festejos, en que se traducían anualmente los fines de curso.

Los estudios de la Academia de San Carlos ofrecían dos posibilidades que se acentuaban según quien los ocupara. Una para el trabajo y la creación artística, y la otra, para trapicheos o deslices amatorios. No trato de contar todo lo que recuerdo de alguna circunstancia erótica, pero no rehúyo confesar mis amoríos con las modelos. Tampoco quiero *mettre mon coeur à*

nu, como pretendía Baudelaire, ni mucho menos escandalizar con un lance cínico. Que *el Cojito Pulido*, espiando por el ojo de la cerradura del estudio del maestro Domínguez Bello, haya contado que en esa noche del baile yo tiré de una ala a la Golondrina hasta el pupitre del maestro, es cosa de su invención, porque la perspectiva desde donde avizoraba no alcanzaba a los misterios de nuestro retiro. Eso no coincidía con la versión del Repujador, quien aseguraba que no era la levisima Golondrina la que yo había arrebatado en mi extravío pasional, sino a Lupe, la otra modelo de opulentas formas que paseaba su despreocupada juventud por los ámbitos de la Escuela en aquella noche fantástica del baile. La verdad es que una y otra, por una singular picardía, habían desprendido de uno de los cuadros de la pinacoteca la tentadora manzana que me ofrendaban con deleite.

Estas fiestas de verdadero regocijo, en que expresábamos nuestra incontenible expansión vital, se prolongaban maravillosamente, dentro de una gran exaltación que nos dejaba, por muchos días, una sensación triunfante, lírica y sensual.

## VII

En un vaivén favorable de la fortuna, mi padre hizo un buen negocio y su primera idea fue comprar una casa. Varias veces cambiamos impresiones sobre el lugar. La colonia Juárez nos parecía más elegante, y San Rafael y Santa María no nos desagradaban, pero preferimos la colonia Roma, en aquellos días sumamente placentera, pues conservaba cierta unidad arquitectónica y poseía plazas y calles arboladas. Entonces la colonia Roma sólo llegaba por el sur hasta la calle de Querétaro, y por la de Insurgentes hasta el Hipódromo de la Condesa, cuyas bardas estaban cubiertas de grandes carteles publicitarios. Detrás quedaba la pista y los aledaños de la Condesa.

Conseguimos una casa que reunía las condiciones requeridas de comodidad y buena disposición en la calle de Guanajuato, con gran alegría de toda la familia, que sintió el goce de cambiar el bullicioso barrio popular por la colonia tranquila, amable y acogedora.

Amueblamos el salón con el viejo piano y un ajuar de cuero, más propio para despacho, que entre mi padre y yo escogimos en el Monte de Piedad. Tenía yo tal aversión a los muebles de época, que no vacilé en sugerir aquellos muebles severos, contrariando los deseos y el gusto de mi madre. Pero ella, con su instinto de mujer, utilizando unos cuantos objetos, le dio un aspecto de agradable intimidad. Sustituimos también el comedor por otro de cedro, de líneas muy sencillas, al que se agregaron después unas acuarelas de Revueltas, y conservamos las recámaras, adicionándoles uno que otro mueble para hacerlas más cómodas. Me encontraba a gusto en la casa. Tenía sólo para mí una pieza suficientemente amplia que me servía de recámara y estudio con una mesa y algunos libros.

Esto representó un cambio de vida para nosotros. Concurrí a otros paseos y frecuenté otras amistades, pero continué mis estudios de derecho y no perdí el hábito de juntarme con pintores.

El ambiente familiar era de desahogo. Mis hermanas iban a una escuela particular de la calle de Orizaba y recibían lecciones especiales de música. No nos privábamos de ningún paseo ni función teatral interesante.

En esta época me gustaba vestir bien; llevaba siempre un bastón y usaba polainas, lo que me valió una sátira de Manuel Horta en la que me llamaba “el poeta de las polainas de peltre”, a lo que yo reaccioné furiosamente, cosa que no impidió que nuestra amistad volviera a reanudarse más tarde.

Mi vida escolar continuó como de costumbre, pero mi amistad con el profesor Vicente Falco Treviño, cuya simpatía me había ganado, me dio la oportunidad de un trabajo agradable. El profesor Falco Treviño hizo que me nombraran archivista de la Escuela Correccional de Tlalpan, que él dirigía con activa inteligencia.

No hacía más que salir de clases en la mañana cuando me dirigía a la plaza de la Constitución para tomar uno de los “rápidos” que a intervalos salían rumbo a Tlalpan. Mientras el tren corría por la calzada, escasamente poblada, pues sólo se veía uno que otro pequeño núcleo urbano, quintas aisladas, campos de alfalfa, grandes arboledas que conducían al casco de una vieja hacienda, campos de golf del Country Club, yo seguía mis sueños, de manera que este viaje transcurría como un soplo. Compartíamos alegremente, desde el director hasta el último empleado, la hora de la comida, y luego emprendía mi tarea de ordenar y clasificar expedientes, labor que ejecutaba sin dificultad.

Antes de que sonaran las seis, salíamos precipitadamente a tomar el “rápido” para el regreso hasta el Zócalo, donde nos dispersábamos camino de nuestras casas.

Todos los días repetíamos este itinerario. Los sábados, sin embargo, salíamos a hora mucho más temprana, lo que nos permitía un paseo por el pueblo con sus viejas calles empedradas, bordeadas de árboles, sus grandes huertas y sus plazas solitarias impregnadas de paz. Pero yo sentía algo más que esa delectación poética, pues mi verdadero mundo estaba entonces en la ciudad que amaba, aunque no la sintiera como un paraíso, sino como una vibrante abstracción.

En la calle de la Academia, a un paso de Bellas Artes, estaba la imprenta y redacción de la revista *Zig Zag*, que dirigía don Pedro Malhabea, y sin que yo recuerde cómo, un día me encontré formando parte de la redacción de la revista. Esto me causaba agrado y me daba disciplina, porque desarrolla-

ba mis facultades de observación y hacía más fluida mi prosa. Don Pedro revisaba cuidadosamente los originales y no escatimaba elogio cuando le parecía bien logrado un trabajo o hacía observaciones pertinentes y, a veces, impartía un consejo útil. Además de este placer espiritual, la revista me producía pequeños ingresos suficientes para mis gastos de muchacho, lo que me daba también la ilusión de cierta independencia.

Un día me dijo don Pedro: “Quiero que me haga usted una encuesta sobre ¿cuál es su deporte favorito?”. Hicimos inmediatamente una lista de personas de diversos medios sociales: deportistas, profesionales, actrices de teatro y unas jóvenes de la alta sociedad, entre las que figuraba Dolores Asúnsolo. Sin dilación, fui a ver a las personas de la lista y, por último, a la señorita Asúnsolo, pues tuve que pedir primero autorización a su prometido.

Cuando entré, me encontré en el salón con una dama que no recuerdo si era su madre o su tía, después llegó la joven y se sentó no lejos de mí en un taburete. Su belleza me hizo viva impresión. Era delgada y esbelta. Tenía el cutis impecable, mirada brillante, las cejas arqueadas y una sonrisa encantadora. Después de haber escuchado mis preguntas, la joven, ligeramente inclinada hacia adelante, con la mejilla apoyada en la mano, me contestó con voz amable. Tomé nota de lo que me dijo, pero lo único que se me grabó realmente fue su expresión y su actitud, pues la contemplación de su belleza me absorbió de un modo intenso. Como ya tenía redactada la encuesta, escribí la página que faltaba y se la llevé a don Pedro, quien la leyó y aprobó. Pero al otro día que volví a la redacción, me dijo que le había hablado por teléfono el novio de Lolita para rogarle insistentemente que no se publicara la encuesta, porque no le parecía conveniente que su novia apareciera entre artistas de teatro. Lo curioso es que esta misma joven iba a convertirse en artista y, precisamente, en una de las más célebres: Dolores del Río. Entonces posiblemente no se le había ocurrido tal idea, pues la estrechez de espíritu de la burguesía, muy marcada en aquel tiempo, restringía todas las libertades de la mujer. Ésta no concurría a los cafés, no salía sola, no conducía automóviles ni menos participaba en la vida pública del país, y aun hasta para cosas tan inocentes y nimias como la que refiero estaba sujeta a la tutela de padres, hermanos o novios.

Por aquellos días me relacioné también con los jóvenes de la Escuela de Pintura al Aire Libre de Coyoacán, sobre los cuales publiqué una crónica profusamente ilustrada en *Zig Zag*. Di, con simpatía, una visión de aquellas

tendencias y de su interpretación de la naturaleza, lo que motivó mi acercamiento a dicho grupo. Solía quedarme a comer en la Escuela, y en compañía de algunos amigos me paseaba por el amplio jardín sombreado por hermosos fresnos; unas veces con Mateo Bolaños y Fermín Revueltas; otras, con Fernando Leal, Díaz de León, Leopoldo Méndez o Alva de la Canal. Visitábamos algún paraje pintoresco, salíamos a pie, siguiendo una larga arboleada, o caminábamos por aquellos revueltos callejones de casas coloniales y sentíamos toda la belleza del sol sobre los árboles, sobre el puente, el agua del arroyo y la pequeña capilla de Chimalixtac. ¡Qué tardes maravillosas en aquel pueblo dormido! Entrábamos a los solitarios viveros y nos dirigíamos por cualquiera de sus perspectivas. No pasaba un alma por allí y parecía, a veces, que vibraba el silencio. Volvíamos después a la Escuela, en cuyo patio la delgada figura de Ramos Martínez accionaba, tratando de poner con el gesto luces esplendorosas en las telas. Nos deteníamos a conversar con él, que se entusiasmaba ante el “motivo”, con expresiones de arrobamiento, como si sólo viviera para el color. Había que ver aquel jardín con sus enredaderas en la pared, sus flores y la magia de su sol para entender el entusiasmo con que Ramos Martínez extendía los alegres colores abundantemente sobre el lienzo.

Coincidiendo con aquellos días de plena inquietud literaria y pictórica, regresó a México el pintor Diego Rivera, cuyo nombre y obra nos eran conocidos. De su época cubista en París, habíamos visto, reproducidos, el paisaje tropical con elementos mexicanos, el retrato del arquitecto y otros cuadros de un estilo que sugiere, más acusadamente, los volúmenes, como el retrato de un matemático y el de Elie Faure. Le consagré varias páginas a su producción, lo que me puso en contacto con él. No sé en verdad cómo conocí a Diego, pero lo visité una mañana en la calle del 5 de Febrero, donde su madre ocupaba un departamento en una casa de estilo catalán, y hasta conservo el recuerdo de aquel desayuno mexicano iniciado con un gran plato de frutas tropicales. Contra lo habitual, que después le conocí, no me contó las mentiras que le dieron fama de mitómano en París y se comprobó en México en forma incontrastable, sino que me habló de su concepción plástica, de su visión pictórica en relación con la Naturaleza, de la necesidad de una reacción contra el impresionismo, de la modificación que debería darse a la imagen, situándola en un plano que dejara intuir su profundidad espacial, así como de su aspiración de trabajar en México en una obra que

alcanzara a la colectividad, reemplazando la pintura de caballete por la pintura mural. Poco tiempo después, en efecto, principió a pintar el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, bajo la influencia de su educación artística europea. Yo lo veía trabajar en sus andamios acometiendo los muros con un soplete para fijar los colores. Desde los escaños, observábamos el efecto de las superficies que la encáustica iba dominando.

En marzo de 1923, un grupo de estudiantes de la Escuela de Medicina, Alejandro Berges, Raoul Fournier, Luis Augusto Méndez y varios más cuyos nombres no recuerdo, organizaron en el mismo local del anfiteatro una velada para inaugurar la decoración. Fuimos oradores en ese acto el maestro Antonio Caso y yo. En el curso de mi peroración, algunos elementos hostiles que ocupaban la parte alta del Paraninfo comenzaron a alborotar con ruidos y gritos; pero me encaré con ellos y les increpé irónicamente, lo que provocó inmediatamente el aplauso de los estudiantes de medicina y la reacción favorable del público. Vasconcelos, que presidía el acto, gozó con el incidente, poniendo de relieve su simpatía, en aquellos días, a las audacias juveniles. Era el Vasconcelos revolucionario que impulsó la obra muralista de México, haciendo brillar a los pintores y llevando al público los libros fundamentales de la cultura universal. Espíritu contradictorio, sin embargo, favorecía a veces a las camarillas literarias hábiles para la simulación y la ambigüedad.

Después de la decoración del anfiteatro de la Preparatoria, se continuó con diferentes técnicas la decoración de los edificios de la misma y de la Secretaría de Educación. José Clemente Orozco, quien entonces no era conocido más que por sus pinturas del café de los Monotes y por los sugestivos cartones de crítica social, comenzó a pintar en el gran patio de la Escuela Nacional Preparatoria, mientras David Alfaro Siqueiros ejecutaba el funeral de un trabajador en el patio pequeño. Ramón Alva de la Canal y Fermín Revueltas decoraron la entrada principal, y a Fernando Leal y Jean Charlot les fue encomendada la escalera monumental del mismo edificio. Poco después, Diego Rivera iniciaba la serie de frescos que se despliegan en los tres pisos de la Secretaría de Educación, donde también dejaron obras Amado de la Cueva y Jean Charlot. El movimiento plástico mexicano que yo había visto desde la pintura al aire libre de Coyoacán, crecía en importancia. Muchas de mis horas libres las pasé viendo trabajar a los pintores en sitios diferentes. A veces saludaba a Orozco, a quien había conocido en

una comida, en Coyoacán, en casa de unos amigos. Otras conversaba con Charlot en la Preparatoria o en su estudio de la avenida de la Independencia, donde conocí a Francis Toor, quien editaba *Mexican Folkways*, revista dedicada a exaltar los valores de las artes populares, y a Anita Brener, quien se interesaba en el arte del pueblo y en la vida mexicana como observadora de la fisonomía moral y social de nuestro país, como lo hiciera también Carleton Beals en el bien informado libro que consagró al movimiento social mexicano. Traté también a los fotógrafos Edward Weston, norteamericano, y a la italiana Tina Modotti, que con fina sensibilidad captaban los perfiles de México en su paisaje, formas y gente.

Con Fernando Leal divagaba en su estudio de la calle de Motolinía sobre pintura y literatura francesa, de la que Leal estaba muy informado. En la estantería de su estudio, junto con algunos libros de arte y de técnica pictórica, figuraban otros de poetas simbolistas y postsimbolistas. A veces tomábamos un libro de Mallarmé, las poesías de Rimbaud o las *Moralidades legendarias*, de Jules Laforgue, que leíamos con reiterada admiración. No obstante el luminoso color de su pintura, el espíritu de Leal tendía mucho al pesimismo y se lanzaba a críticas mordaces que desollaban a media humanidad. A veces aparecía por allí la figura del pintor bohemio Ignacio Rosas, cuyo estudio, adornado con molicie: piano, alfombras y tibores, atraía a ociosos que se daban cita con complacientes modelos femeninos.

## VIII

Una tarde que me encontraba en la casa de la Magnolia llegó una deliciosa muchacha, y aquel quinto piso parecióme el quinto cielo, entre su presencia soñada y esperada. Sin ser alta, era esbelta y bien proporcionada, tenía movimientos graciosos, castaños los cabellos recogidos por detrás, fino el corte de su cara, ojos claros.

Pasamos la tarde platicando, yo encantado de la gracia de su presencia. Las horas se fueron como una sombra ilusoria, hasta el anochecer, en que la acompañé a la Alameda a tomar el tranvía para la colonia Roma. Desde entonces nos seguimos viendo y nos unió una maravillosa quimera que encantó mi vida de estudiante.

Al día siguiente la fui a buscar a las cercanías de su casa y nos dirigimos al centro para refugiarnos en el cine, donde las sombras favorecían nuestro amoroso enlace. Tenía una gracia seductora, unas suaves manos sumisas y una voz acariciadora y leve que la envolvía en una misteriosa voluptuosidad. Yo me sentía feliz tan cerca de ella, dominado por su encanto. Aquellos momentos eran como promesa de una infinita delicia. Nos hablábamos tan cerca, que en un momento, compitiendo con el beso final de la pantalla, *la bocca mi bacio tutta tremante*.

Estos días de alegría amorosa pasaron pronto, pues Sigma había venido sólo por una temporada de vacaciones con su tía. Al terminar éstas, regresó, con gran desconuelo de mi parte, a su provincia. Nos despedimos con exaltadas promesas y confiamos la firmeza de nuestro cariño al correo. Aproveché las primeras vacaciones estudiantiles para ir a visitarla a su ciudad plácida, clara, de ilustre catedral y amables jardines. Recuerdo mi impaciencia, porque llegué al anochecer y no era ya oportuno que me presentara en su casa.

Al día siguiente, lleno de imaginaciones, con el alma exultante y bien acicalado, salí del hotel camino de su casa. Sigma vivía en los altos de un caserón,

de esos claustros, con corredores y macetas, donde se respira una plácida felicidad. Subí anhelante, y a la primera llamada ella vino a mi encuentro. Al entrar en la sala advertí la discreta elegancia de sus muebles franceses, que daban la impresión de holgura y refinamiento de una época desvanecida. Nos sentamos a conversar y sentí revivir los días de felicidad que habíamos pasado juntos. Poco rato después vino a hacernos compañía su madre, una señora de cabello gris y aire señorial. Estaba yo tan entusiasmado, que confesé mi amor y mi propósito de casarme con Sigma en cuanto terminara mi carrera, lo que en mi apasionamiento daba ya por hecho. Entre visitas, paseos y esos ratos de conversación íntima, embelesados por nuestros besos furtivos, pasaron mis vacaciones y regresé a México más hondamente cautivado.

Comenzó una época para mí de enamoramiento y de lirismo. Yo le escribía con frecuencia cartas apasionadas que ella me correspondía con efusiva ternura, mientras llegaba el tiempo de las vacaciones siguientes. Cuando éstas se iniciaban, yo emprendía el viaje hacia la ciudad feliz que la guardaba y que por lo mismo se imponía como una expresión armoniosa y poética. La gracia de Sigma estaba presente en todos los momentos de mis paseos por los jardines, los atrios, las arcadas, los interiores de sus iglesias, sus fiestas resonantes de campanas, sus verbenas populares, que para nosotros eran motivos de expansión y confianza. Durante los días de la Semana Santa y en las navidades, nuestras relaciones se estrechaban y gozábamos del ambiente de la ciudad, que levantaba nuestro sentimental encantamiento.

Íbamos a un pueblo, no muy distante, que tenía una plaza delante de un antiguo convento. Subíamos por una escalera de caracol hasta las almenas, desde donde contemplábamos un despejado panorama de cúpulas y torres revestidas de azulejos, y más allá, en toda la amplitud del valle increíblemente diáfano, pueblos indígenas en que brillaban siempre las iglesias de mayólica. De todo el ambiente se desprendía un indecible gozo, y raudales de alegría inundaban nuestro espíritu. Sus besos, desde aquellas alturas panorámicas, me producían una gloriosa embriaguez. A veces nos perdíamos por las sendas de un huerto o visitábamos una antigua pirámide, cuyos mitos y leyendas proyectaban una sombra misteriosa sobre la calma del paisaje. Su voz, de una infinita dulzura, me acariciaba ante el estupor de los dioses abolidos, y en su abandono, sentía latir toda la intensidad de la existencia.

Cuando yo no iba a verla, ella solía acortar nuestras ausencias pasando temporadas en México en casa de unos parientes. Entonces mi vida se colmaba de gozosas horas. Un acontecimiento, sin embargo, nos fue funesto. Por circunstancias familiares tuvo que hacer un viaje al norte de la República. Insensiblemente disminuyó nuestra correspondencia. La separación terminó por frustrar nuestras esperanzas. Mi pasión se fue enfriando y comencé a olvidarla.



## IX

Mi primer encuentro con Fermín Revueltas, prematuramente desaparecido cuando prometía los más espléndidos frutos, tuvo lugar en el anexo de Bellas Artes, en el estudio del escultor Lorenzo Rafael Gómez. Una tarde en que como de costumbre discutíamos y cambiábamos impresiones, franqué la puerta un joven de baja estatura, pelo castaño oscuro, grandes y vivos ojos y rostro jocundo bañado de luz impresionista. Apenas el Repujador nos hubo presentado, ya estábamos persuadidos de que haríamos amistad, pues los amigos de Bellas Artes nos habían hablado al uno del otro, identificándonos artísticamente. Revueltas acababa de regresar de Chicago, donde su padre lo había enviado a estudiar pintura junto con su hermano Silvestre, quien estudiaba violín con Sametini y composición con Félix Vroowsky. Continuó Revueltas pintando en la Escuela de Pintura al Aire Libre de Coyoacán, que Alfredo Ramos Martínez había transferido recientemente de Chimalixtac, siempre rodeada del mismo ambiente de campo, de luz, de color, de exaltación lírica.

Conversamos sobre muchas cuestiones de pintura que atraían mi atención e hicimos planes para vernos y volver a conversar. Me enteré además, no sin cierta sorpresa, de que éramos vecinos, pues, unos días antes, su familia se había mudado al lado de la casa que mi padre acababa de comprar en la calle de Guanajuato.

Me sorprendió su magnífica visión de colorista, cuando conocí sus primeras telas pintadas con largas y alegres pinceladas. Su pintura y su dibujo eran espontáneos y fáciles, pero no conformistas. Resaltaba en sus cuadros al óleo la intensidad del colorido más que la solidez de la forma. Pero por influencias mías cambió de manera y se puso a pintar el paisaje industrial de La Indianilla, y luego, en el pueblo de Milpa Alta, el campo y las personas en forma más reposada y consistente. Así comenzó Revueltas a abandonar

la óptica impresionista de la Escuela de Coyoacán y a inaugurar una etapa en que el paisaje aparece con un carácter más acusado de los volúmenes.

Llegábamos a Milpa Alta transbordando al eléctrico de Tláhuac hasta La Venta, donde tomábamos una cabalgadura que nos llevaba por el camino del Ajusco. El pueblo había quedado marcado por el estrago de la Revolución; fincas quemadas, muros sin ventanas, pórticos oscurecidos por el rescoldo de los vivacs. Hasta allá íbamos en nuestra cacería de paisajes. La sobriedad de las formas y los azules, malvas y violetas de la montaña constituían grandes emociones artísticas. Sin embargo, el alojamiento era deplorable. Fermín tenía su cuarto en la Escuela misma, pero yo me acomodaba, si tal puedo decir, en la granja de unos campesinos, que en otros días debió de ser muy buena, pero cuyas ventanas desvencijadas golpeteaban con el viento de la noche. Los persistentes ruidos y la instantánea fulguración de los relámpagos que penetraba por las rendijas perturbaban mi sueño.

Poquísimo faltaba a nuestra felicidad. Una vez pasada la noche y desembarazado yo de la dureza del lecho, que consistía en unas pacas de carbón cubiertas por un ralo colchón de paja, nos sentíamos alegres y nos poníamos a trabajar; Fermín, frente al modelo -fondo de fresco y lavado paisaje-, y yo, fantaseando, empujándole con mis peroratas y teorías vanguardistas.

Una de nuestras costumbres era pasear por las arboledas que van de Coyoacán a San Ángel o por las calles de aquellos pueblos que unen al encanto de la historia el espectáculo de su colorido, sus detalles pintorescos, su intimidad propicia a la pintura. Me gustaba seguir con la vista el trazo del pincel sobre la tela mientras pintaban en uno de los patios o jardines de la vieja finca transformada entonces en escuela o en el parque de altísimos eucaliptos, donde ponían su fulgor los rojos atardeceres. Época de pintura a campo descubierto, naturalezas muertas, paisajes vibrantes de color, rostros y figuras bajo el cabrilleo de la luz, entre los follajes y cielos azules surcados de nubes errabundas.

La proximidad de la casa de Fermín y la mía había creado igualmente lazos amistosos entre nuestros padres y nuestras hermanas, que se visitaban y veían con frecuencia. Ellas tenían entre doce y veinte años, eran de carácter muy alegre, y con las muchachas Fiorentini y las Ruiz, se ponían a bailar en la sala, mientras mi madre reía viendo a mi papá animar la reunión.

Nuestras impulsiones rebeldes, los gustos burgueses de nuestros padres y la alegre juventud de nuestras hermanas, contribuyeron a unir las dos familias.

Extraña que en aquella casa de padres tan asentados hubiera tan fogosas rebeldías y tantas inquietudes, pues aun los más jóvenes descollaban en alguna habilidad artística. Así, Rosaura se sentía atraída por la danza y el teatro, y Emilia, por la música, para la cual tenía extraordinaria disposición.

La alegría y la bulla dominaban en el grupo de muchachas. A veces pasaba entre ellas el pequeño José, con la cabeza gacha, puestos los ojos en un libro.

¿Qué lees, Josecito?

Vidas de santos.

Y el chiquillo se alejaba pensativo bajo las sonrisas burlonas de las jóvenes, lejos de imaginarse que un día él también escribiría cuentos y novelas.

Establecióse entre nosotros un constante intercambio que persistió aun después de que los Revueltas se cambiaron a casa propia, en la calle de Querétaro. Juntos pasábamos muchas horas. Cuando no éramos nosotros los que íbamos a verlos, ellos eran quienes venían a buscarnos.

Aunque Silvestre vivía habitualmente en los Estados Unidos, donde se casó con una joven cantante y con la cual tuvo una niña, pasaba periódicamente sus vacaciones en México aliado de sus padres. Trabé conocimiento con él en la época de sus primeras audiciones. Pero en aquel entonces, aunque poseía ya una estupenda técnica, apenas si iniciaba uno que otro ensayo de composición. Su obra intensamente creativa no duró más que nueve años. El interés colorista y pintoresco, al principio, evoluciona hasta integrarse los temas nacionales en una firme textura. La crítica más exigente reconoce en él a una de las grandes figuras musicales de América. Para el maestro Erich Kleiber, la música de Revueltas es “como la tierra y como el sol de México”.

Nuestro centro de reunión era una cámara desarreglada llena de cuadros y papeles de música, donde Silvestre tocaba para un reducido grupo de amigos, transfigurado por un soplo de pasión ardiente. Allí pasábamos buenos ratos conversando y discutiendo, mientras nuestros padres hablaban en el comedor y se oían risas y voces de nuestras hermanas, que tocaban el piano y bailaban en la sala.

Los padres de mis amigos no hacía mucho tiempo que habían llegado a la capital, adonde los trajo el deseo de atender a la educación de sus hijos. Don José, comerciante en semillas, era hombre sencillo y de recto carácter, y su esposa, Romanita, una tierna y bondadosa mujer a quien las diabluras

de aquella banda traía en trance de resignados suspiros. A veces, los despropósitos pasaban la medida. Una mañana, de buena hora, vino una de las muchachas a buscarme muy excitada:

Figúrese, Manuel, que Fermín se va a casar. Acaba de llegar la carroza y mi papá no sabía ni una palabra. Se enteró cuando el cochero bajó a preguntar por el novio. Véngase, por favor, para hablar con papá y calmarlo.

Me asomé por la ventana, y, efectivamente, la enflorada carroza estaba a la puerta.

Para mí era un terrible compromiso este lance. Yo sabía bien que don José, hombre adusto y nada afecto a estas extravagantes fantasías, había de disgustarse profundamente, y aunque me resistí de pronto, tuve que intervenir en el conflicto. Don José estaba, en efecto, muy contrariado y yo muy cohibido conociendo su carácter. Pero después del primer desahogo, y con la ayuda de Romanita, logré que el incidente doméstico se clausurara de la manera más afortunada, no tanto por la fuerza de los argumentos como por haberse desvanecido el efecto de la primera sorpresa, y todos terminamos tomando el vino de las alegrías nupciales.

Otro de mis amigos de aquella brillante generación de Coyoacán era Mateo Bolaños, que anduvo en la Revolución con las fuerzas del general Diéguez, con quien militó también David Alfaro Siqueiros. Buscaba Bolaños dar mayor consistencia al impresionismo, siguiendo los consejos de Cézanne, y se aplicaba reflexivamente ante el modelo. Bolaños era hombre de agradable trato, muy influenciado por el existencialismo de Leopardi. Se sabía de memoria algunos de sus célebres poemas, “El infinito”, “A Silvia”, “El passaro solitario”, etc. Como Revueltas, de quien también era muy amigo, tenía debilidad por el vino, que lo tornaba más triste y melancólico. A veces, salían los dos juntos al campo a pintar, pero los propósitos de trabajo se frustraban irremediablemente cuando se reunían, y sus entrevistas terminaban siempre en epicúreos desafíos en el café Alemán de la calle de Orizaba, frente a sendos tarros de clara cerveza, que aunque ligera, no dejaba de subírseles a la cabeza.

Aquellos humores producían risillas en Revueltas y llanto en Bolaños, que echaba de menos no sé qué novia sepultada en la ausencia.

En la noche, todavía los encontraba bebiendo. Sacábalos de allí, pero ni el café ni el aire fresco conseguían ponerlos lúcidos, pues la euforia inmotivada de Fermín se mantenía al par de la desesperación de Bolaños.

El vino del olvido nos apartó un poco; los viajes nos separaron, pero cuando nos volvíamos a ver sentíamos el mismo gusto de antes; tornaban la vida y el trabajo a separarnos de nuevo, y una vez más nos reuníamos y abrazábamos con fuerza. El destino, sin embargo, trazaba círculos misteriosos en torno nuestro. Los tres desaparecieron jóvenes. Bolaños fue el primero en irse definitivamente; Fermín, lo mismo que Silvestre, le siguieron de cerca y el espejismo de mi juventud comenzó a velarse bajo el polvo leve y encantado del tiempo.



## X

Entre la juventud de mi época preveleían las tendencias modernistas, y estas eran las formas y recursos en que yo mismo me expresaba. Sus corrientes alcanzaron también a mi sensibilidad y a la de mis compañeros aficionados a las letras.

En nuestras conversaciones literarias nos referíamos constantemente a los escritores de esta filiación: Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Julio Herrera y Reissig. No obstante, a pesar de que eran raros los ejemplares de sus libros que circulaban en México, los leíamos en antologías y revistas o en los tomitos de Cultura, que publicaba Loera y Chávez, y Lecturas Selectas, que dirigía Francisco González Guerrero.

La primera etapa del modernismo, en la que figuran Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva, aparecía algo lejana, pues ya entonces se había iniciado una reacción posmodernista.

Las *Prosas profanas*, crujientes de sedas, sonatinas y evocaciones galantes, que consagró la expresión lírica de Darío y las tendencias modernistas, flotaban en nuestra memoria. Pero más nos atraían los *Cantos de vida y esperanza*, porque en ellos nos revelaba Darío algo sincero y propio, fruto de plena madurez, y el *Poema del otoño*, culminación de su esfuerzo victorioso.

De Salvador Díaz Mirón no gustábamos sino del preliminar de *Melancolías y cóleras*, título sacado posiblemente de Baudelaire, en que la poesía es una visión de orgullo, de fuerza y de perfección, y la obra contenida en *Las cascas*, por la importancia que concede al lenguaje y al estilo, que extrema y castiga imponiéndose restricciones y dificultades. Nos deleitaban la perfección y la belleza de ciertos sonetos, como “Dentro de una esmeralda”, “A ella” y “Engarce”, que responden a la psicología particular de su imaginación.

Con deleite nos recitábamos los poemas de Guillermo Valencia, poeta igualmente preocupado por la forma. Su libro *Ritos*, aparecido en Londres

en 1914, pero cuyos poemas esenciales estaban ya escritos mucho antes, lo situaba como un gran exponente lírico. Poemas tan pulidos como “Los camellos”, “Cigüeñas blancas” y “Palemón el estilista” testificaban un gusto parnasiano, aunque las fuentes simbolistas estuvieran también presentes en estos y otros poemas no menos ardientemente trabajados.

Eran también para nosotros motivo de atracción las traducciones de Valencia, de Baudelaire, Verlaine, Leconte de Lisle, Heredia, Maeterlinck, Samain, D’Annunzio, Stefan George, Hofmansthal, y otros, como Goethe, Keats y Rilke, pues su universal curiosidad lo llevó a leer y traducir poetas de diferentes lenguas y espíritu.

José Santos Chocano nos entusiasmaba menos, no obstante sus evocaciones legendarias de vivo colorido, imágenes plásticas y potente expresión del paisaje americano. Más interesante y simpática nos era la figura de Manuel González Prada, poeta de una gran finura espiritual, y el simbolismo de Eguren, quien tanta afinidad tiene con el poeta mexicano Manuel de la Parra.

En el texto de preceptiva literaria que se estudiaba en la preparatoria se estigmatizaba una figura con que el poeta argentino Leopoldo Lugones remataba uno de sus sonetos de amor y voluptuosidad. A mí, por el contrario, me pareció que aquella imagen tenía un encanto de que carecían, precisamente, las otras citas del libro que se proponían como modelos. Provenía dicho soneto de una serie titulada *Los doce goces*, publicada hacia 1898 en revistas y periódicos literarios y recogida después en los *Crepúsculos del jardín*, en 1905. Por instinto descubrí inmediatamente algo nuevo que sobrepasaba a la poesía romántica y, sin cuidarme de técnicas ni preceptos, leí después otros poemas de Lugones que confirmaban mi gusto poético, y no creí más a los preceptistas. En el *Lunario sentimental* encontré la expresión irónica y el acento desencantado de Laforgue, mas no sin que el poeta argentino aporte su prodigioso verbalismo y riqueza de imaginación, y en *El libro de los paisajes*, revelaciones del campo impregnadas de un excepcional encanto y cuyo mejor ejemplo era el “Salmo pluvial”.

Conocíamos bien *Los crepúsculos del jardín*, donde el poeta evoca un ambiente de atardecer grato con árboles y fuentes, y retrata un momento amoroso con la magia de imágenes y epítetos cargados de una significación misteriosa. Los temas estaban magnificados por la elegancia sentimental, el encanto de las palabras y la manera casi enigmática de clausurar el soneto,

que era como la clave poética. *Los crepúsculos del jardín*, como *Los parques abandonados*, ofrecen semejanza de manera, de ambiente, y evocan un paisaje, a la vez que expresan algo subjetivo. El mismo tono vago, de parque crepuscular o lunar, de evocación sensual de un instante o de profunda nostalgia, es propio de ambos poetas. A la *Delectación morosa*, de Lugones, contraponíamos *La sombra dolorosa*, de Herrera y Reissig.

De *Los éxtasis de la montaña* reteníamos numerosos aciertos de expresión: “Y hacia la aurora sesgan agudas golondrinas como flechas perdidas en la noche en derrota; los campos demacrados encanecen de frío [...] Trisca a lo lejos un sol convaleciente”.

A Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez y Manuel Machado preferíamos Lugones y Herrera y Reissig, pues creíamos que *Los crepúsculos del jardín* y *Los parques abandonados* reflejaban los mayores aciertos posibles de belleza y emoción. En la prosa, sin embargo, con excepción de Martí y de Rodó, nuestras preferencias iban a los españoles, y particularmente a Unamuno, Azorín, Valle-Inclán, Miró y Ortega y Gasset.

En nuestras divagaciones literarias solía aparecer el nombre de Manuel José Othón, situado dentro del modernismo, pero cuyo estilo difería sensiblemente de él. Sus modelos literarios no estaban en Francia, sino en los clásicos españoles. Esto enfriaba nuestras simpatías, aunque conveníamos que *Idilio salvaje* era uno de los más fuertes poemas de la literatura mexicana.

Una de las características del modernismo fue, sin duda, la polimetría. Gutiérrez Nájera, Darío, Silva, Díaz Mirón, Lugones, Valencia y otros usaron de variadas métricas y ritmos con maestría. No fue extraño Amado Nervo a estas preocupaciones. Pero no están allí sus mejores logros poéticos, sino en aquellos poemas de una intención simbolista o de una espiritual melancolía. Diversas corrientes del pensamiento religioso, de la filosofía y del exotismo lo inspiraban. Pero los poemas de él que retenía nuestra memoria eran los más impregnados de un sentimiento vivo y profundo de ternura.

Luis G. Urbina compartía con él su gloria pacífica. Iniciado bajo la influencia romántica de Gutiérrez Nájera, pero cuyas modalidades y tono modernista asimiló por instinto, más que por artificio. La visión del paisaje y la divagación lírica en torno a éste constituyen el tema principal de su poesía. Testimonio feliz, sus *Puestas de sol* y sus *Lámparas en agonía*, que indican también el sentido amoroso que subyuga el alma del poeta.

Otro escritor mexicano que jugó un papel importante en el modernismo fue José Juan Tablada, cuyo poema “Ónix” responde a una visión de tedio y desencanto como la que se desprende de la obra de Baudelaire. Pero en la época a que me refiero, Tablada ya había superado aquella fase, así como la del japonésimo que pusieron de moda en Francia los Goncourt, Mendès, Heredia y Verlaine, pues su espíritu inquieto exploró los más variados caminos.

Conocíamos también, si no la obra completa, al menos poemas aislados de Leopoldo Díaz, Rufino Blanco Fombona y Ricardo Jaimes Freyre, que recuerdan los motivos y técnica de los parnasianos. Compartían también algo del prestigio de estos poetas Juan Ramón Molina, Lloréns Torres, Ismael Enrique Arciniegas, Darío Herrera, Ricardo Miró, el irónico Luis Carlos López y, especialmente, Delmira Agustini, cuyo soneto titulado “Lo inefable” nos causaba asombro.

El poeta mexicano que disfrutaba de más nombradía en la época en que yo llegué a México era Enrique González Martínez, quien por su condición de profesor de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria influía sobre los estudiantes y marcó a algunos con su huella. Resonancias modernistas, indudablemente, había en él, y algunos temas, inclusive el del cisne, que condenó para sustituir su heráldica por la del búho, pertenecen al modernismo.

El tono grave, sentencioso, que Gutiérrez Nájera empleó alguna vez, *Pax anime*, aparece en *Silenter* unido al tono familiar de Francis James. En *Los senderos ocultos* figuraba un soneto titulado “Tuércele el cuello al cisne...” considerado como el mensaje de su estética, en este punto asemejándose a Verlaine, quien pedía se le torciera el cuello a la elocuencia. Comienza en forma imperativa: “Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje”, y a continuación le hace el cargo de que “éste no siente el alma de las cosas y la voz del paisaje”. En los tercetos finales contrapone el búho al cisne:

Mira el sapiente búho...  
Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta  
pupila que se clava en la sombra interpreta  
el misterioso libro del silencio nocturno.

Vano es atribuir al cisne y al búho tales características, porque no son congénitas a la poesía. Ésta, por supuesto, tampoco encarna en la alondra, como

quiere Shelley, o en el ruiseñor, como sugiere Keats, o en la mujer, como pretende Bécquer. El tema y el símbolo nada son sin el halago imaginativo, sin el estremecimiento lírico. Comparando el poema de Darío con el de González Martínez sobre el cisne, resalta la fuerza de expresión y la riqueza de recursos literarios del poeta de *Cantos de vida y esperanza*. Las evocaciones de Darío sobre los cisnes están vivas aún, sobre todo en el poema dedicado a Juan Ramón Jiménez, en que se refleja el alma del poeta, asociada a ideales estéticos y a un sentido histórico y político que multiplica su significación.

La producción de González Martínez se enriqueció, sin embargo, con algunos aspectos del simbolismo, cuyos poetas tradujo atinadamente.

Estas manifestaciones estaban en el ambiente. Recordábamos a los poetas sin esfuerzo y respondíamos a las citas que con íntimo placer hacíamos de cada uno. Excepcionalmente estábamos en desacuerdo. A veces rechazábamos algo, pero en seguida recordábamos otro fragmento que merecía nuestra alabanza y nos producía común satisfacción. Sabíamos muchos poemas de memoria. Si alguno comenzaba a recitar, por ejemplo: “Estabas junto al muro glacial donde termina la existencia”, otro continuaba: “paseando tu magnífica opulencia de doloroso terciopelo oscuro”, etc., como aquel antiguo juego japonés en que en vez de utilizar figuras de baraja se empleaban versos que se iban engarzando para completar la obra.

A medida que el tiempo pasaba y repetíamos estas experiencias líricas, comencé a sentir que no podían mantenerse indefinidamente. Observaba que otros escritores jóvenes imitaban las maneras y repetían los temas de aquéllos, pero con mayor encogimiento y con menos emoción, lo que iba desgastando mi gusto por estas formas. Sentía claramente que palidecía el modernismo. Mi inconformidad era cada día mayor. Un anhelo de imprimir a la poesía una emoción más intensa me preocupaba, y presentía otras posibilidades de expresión.



## XI

Hacia los veintitún años son fantásticos la voluntad y el dinamismo que uno tiene. Ni mis labores universitarias ni mi trabajo en la correccional me desviaban de la poesía. Mi espíritu inquieto no se detenía ni un momento. En los trayectos del tranvía, en la mesa, en mi cama, en los cafés, y principalmente en mis solitarios paseos, mi mente trabajaba.

En aquella época no acostumbraba escribir materialmente, sino que memorizaba con claridad todas las imágenes e ideas que se me ocurrían y podía repetir las indefinidamente sin variación ninguna. No usaba papel ni lápiz, ni siquiera hacia anotación alguna. Procuraba concentrarme en el tema que se me venía a la imaginación con esa *gratuidad* de que habla Valéry. Después, poco a poco, lo iba desarrollando y a medida que traducía mis emociones en palabras, las fijaba mentalmente. Si aparecían dos ideas semejantes las comparaba y balanceaba, y escogía una, cuando no buscaba otra expresión que me satisficiera aún más. Por este procedimiento estampaba muchos poemas, que luego recitaba a mis amigos para sentir el acabado de su forma y ver el efecto que causaban.

Recuerdo que una tarde estaba sentado en el parque Orizaba, con la vista fija en una alta casa de ladrillos a la que acababa de entrar una dama cuya belleza y elegancia me había impresionado. Comencé por imaginármela viviendo en aquellos locales; primero, de una manera confusa, y, de pronto, tuve la visión instantánea que discurría por el ámbito de la casa seccionada de pianos y ascensores, entre la sinfonía de su vestido, transpuesta en leyenda lírica:

En el fru-frú inalámbrico del vestido automático  
que enreda por la casa su pauta seccional,  
incido sobre un éxtasis de sol a las vidrieras,  
y la ciudad es una ferrería espectral.

Al atardecer salía a dar un paseo por la colonia. Según el estado de ánimo en que me encontrara, así era el rumbo que seguía. Por un sentimiento de deleite de la naturaleza buscaba las calles más silenciosas. A veces iba hasta la plaza del Ajusco o de Miravalle, donde una fuente lanzaba un chorro resplandeciente bajo el fulgor del crepúsculo que cribaba los añosos árboles de la avenida Oaxaca:

Sobre una sola tecla,  
el agua insistía  
sin argumentos...

Coches y tranvías dejaban un rumor que se integraba al ambiente. El paso de una mujer insinuaba algo indefinido y delicioso.

Una noche que caminaba por la avenida Jalisco (hoy Álvaro Obregón) me encontré de pronto frente a un local con el rótulo de Café Europa. Entré y lo hallé muy cómodo y agradable por su disposición en varios salones, con lambrines oscuros, de madera; su jardincillo interior y, especialmente, su gran tranquilidad. Una que otra pareja secreteaba en los rincones tan discretamente como si no hubiera allí alma viviente. Esta tranquilidad era exactamente lo que yo necesitaba. Mi busca de soledad y silencio me hacía utilizar el sótano de mi casa destinado a los baúles vacíos. Este café fue mi refugio. Allí nadie me molestaba ni interfería y no pocas veces salí de él sin que el camarero hubiera aparecido. Necesitaba palmoear insistentemente y ni así se presentaba. Desde entonces fui a instalarme en dicho café para leer y escribir los artículos de la revista, particularmente cuando el mal tiempo interrumpía mi habitual paseo y la lluvia tamborileaba en las vidrieras.

Yo perseguía un arte que correspondiera a mi propio gusto y no al halago de los demás. Promovía algo nuevo. Las modalidades líricas del modernismo y aun del posmodernismo me parecían preteridas, y había que renovarlas. Interesábanme las imágenes enigmáticas que no pudieran formularse racionalmente. Mi tentativa muy pronto me distanció de los poetas mexicanos, y mis ataques contra algunos de ellos contribuyeron a aislar-me; pero yo encontraba en mi soledad un motivo de satisfacción, y en mi poesía, sin apoyo de maestros ni aplausos conformistas, una experiencia integral y una fuerza superadora.

Yo intuía, como José Juan Tablada, que el arte, al igual que la vida, es movimiento, y que no puede estacionarse.

Poco sabía de las novísimas corrientes europeas. Sólo habían llegado a mis ojos algunos caligramas de Guillermo Apollinaire, y especialmente uno que comenzaba “Llueven voces de mujeres muertas en el recuerdo”, en el que la novedad residía más bien en la disposición tipográfica del texto que imitaba los hilos diagonales de la lluvia; pero el poema en sí no era sino un eco verlainiano: “il pleut sur la ville comme il pleut sur mon coeur”.

Su extraña disposición, sin embargo, me parecía el colmo de la novedad, aunque años después supe que estos artificios gráficos se habían empleado desde remota antigüedad y habían sido practicados por poetas de la época de Simmias de Rodas y Porphyryus.

Tampoco me pareció cosa atrevida lo de la rosa de Huidobro:

Poetas, no cantéis a la rosa;  
hacedla florecer en el poema.

Esto es un consejo, pero no un conjuro poético. ¿En dónde está la floración? Huidobro la alcanzó felizmente en otros poemas.

En cambio, lo que me pareció novedoso fue *Zona*, de Apollinaire, que conocí más tarde, y *El profundo hoy*, de Blas Cendrars.

Yo preconizaba un cambio en la expresión, pero sobre todo en las imágenes, de las que hacía depender el misterio de la poesía en aquellos años. Cada verso debería encerrar una imagen para pasar a otra, enlazada virtual o explícitamente, fundida en los términos de la comparación. Desaparecían las relaciones visuales, para transformarse en algo prodigioso.

Persuadido de mi razón rebelde, al mismo tiempo que escribía, reflexionaba sobre la poesía. De este modo alternaba el trabajo creativo con mis teorías estéticas.

En mi impaciencia renovadora no admití complacencias, adopté la actitud más radical y agresiva. La emprendí contra los poetas consagrados, mantuve una decisión iconoclasta. Proclamé la creación de una poesía nueva, juvenil, original, sensible al espíritu moderno, una “magia verbal”, una superación de las viejas formas retóricas.

Yo había pensado reiteradamente en el problema de la renovación literaria de manera inmediata, en ahondar las posibilidades de la imagen,

prescindiendo de los elementos lógicos que mantenían su sentido explicativo. Inicié una búsqueda apasionada por un nuevo mundo espiritual, a la vez que trabajaba por difundir, entre la juventud mexicana, las novísimas ideas y los nombres de los escritores universales vinculados al movimiento de vanguardia, al que México había permanecido indiferente.

Recordando que la víspera de la proclamación de la Independencia el cura Hidalgo publicaba un periódico que se llamaba el *Despertador Americano*, yo pensaba: “Eso es lo que se necesita para llevar a cabo la independencia literaria”.

“Esta gente está durmiendo –me decía–, hay que despertarla de su sueño profundo, para lo cual, es indispensable gritar, sacudirla y darle de palos si es necesario”. Explicar las finalidades de la renovación implicaba un largo proceso. La estrategia que convenía era la de la acción rápida y la subversión total. Había que recurrir a medios expeditos y no dejar títere con cabeza. No había tiempo que perder. La madrugada aquella me levanté decidido, y sin que mediara ningún mensaje de la Corregidora, pues no estaba yo de novio, ni chocolate previo que recuerde, me dije: “No hay más remedio que echarse a la calle y torcerle el cuello al doctor González Martínez”.

Me puse a escribir un manifiesto. Apenas redactado éste, me fui a la imprenta de la Escuela de Huérfanos. La hoja impresa en papel Velin de colores se titulaba *Actual*. Destacaban en ella los títulos: “Muera el cura Hidalgo”, “Abajo San Rafael-San Lázaro”, “Chopin a la silla eléctrica”, y otros lemas en que había concentrado mi furor.

El manifiesto fue fijado una noche, junto a los carteles de toros y teatros, en los primeros cuadros de la ciudad y, principalmente, por el barrio de las facultades. Se distribuyó a los periódicos y se mandó por correo a diversas personas de México y del extranjero.

El resultado del manifiesto fue atraer la atención de algunos jóvenes, que me buscaron animados por un espíritu de renovación, a la vez que sentían el despertar de una conciencia literaria. El primero en acudir fue un muchacho de apellido Echeverría. Traía un legajo de poemas escritos sólo con mayúsculas y una sintaxis telegráfica, es decir, suprimiendo preposiciones, artículos, relativos, etc., y que por su contenido y espíritu sugería algo nuevo, aunque pueril. En el segundo número de *Actual* aparecieron unos de sus poemas, mientras que en el tercero y último figuraban colaboradores que se significaban por su tendencia novedosa. Mi trato con Echeverría

duró muy poco, porque se fue a Chicago a trabajar en una fábrica donde hacía meticulosas ruedecillas y luego murió en un hospital.

Con la publicación de mi poema “Esas rosas eléctricas”, en la revista *Cosmópolis*, que dirigía Gómez Carrillo, en Madrid, me relacioné con otros escritores europeos. Guillermo de Torre me envió su manifiesto *Vertical* y Humberto Rivas su revista *Ultra*, que hacía en unión de otros escritores jóvenes: Pedro Garfías, Gerardo Diego, Rivas Paneda, Adriano del Valle, etcétera.

De Francia y de Italia me llegaron libros y plaquetas, que leí con vivo interés. Marinetti me mandó sus manifiestos futuristas y algunas monografías ilustradas de los pintores de aquel movimiento: Bocini, Severini y Soficci. De Francia recibí revistas y libros de Pierre Reverdy, André Salmón, Blais Cendrars, Pierre-Albert Birot, Philippe Soupault, algunos de los cuales traté personalmente años después. Gran alegría me daba ver los paquetes con los sellos europeos en que venían las revistas y libros vanguardistas. En algunas de estas publicaciones aparecían cuadros de Picasso, Juan Gris, Braque y algunos otros pintores, que mostraba a mis amigos para despertarles la inquietud de hacer cosas nuevas.

En parte por reflexión, y en parte por intuición y voluntad renovadora, fui dando expresión a mi sensibilidad poética y utilicé elementos de mi propia existencia.

Mientras experimentaba estos estados de espíritu sentía más intensamente el prodigio de la expresión literaria, y así fui creando una poesía diferente de la que se publicaba en México. Ciertamente, no comencé rompiendo por completo con el modernismo y posmodernismo, conservé la métrica de los heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos, pero variando esa música, y, sobre todo, dando a las imágenes sentido vital, potencia poética.

Lo que tuvo más realce y dio lugar a intensa agitación literaria fue la publicación de mi libro *Andamios interiores*, en el cual reuní mis versos de aquella época. Llevaba como subtítulo *Poemas radiográficos*, y por epígrafe un pensamiento de Oscar Wilde: “Verdadero artista es el hombre que cree absolutamente en sí, porque él es absolutamente él mismo”. Quien no conozca cuál era entonces el ambiente literario de México no puede concebir lo que representó aquella explosión poética. En el público, habituado a los temas, formas y ritmos dominantes, se produjo un verdadero desconcierto y crispación.

En vez de seguir el camino de los poetas que me precedían, fingiendo e imitando sus emociones y amores, utilicé un lenguaje distinto, enrique-

cido con elementos de la vida, que contenían las palpitaciones del mundo moderno.

De aquellos propósitos, de esa lucha por encontrar una nueva expresión, del afán de arrancar al idioma una sensación más honda y enigmática, de la insatisfacción violenta contra los profesores de retórica y sus serviles discípulos, de aquella alegría orgullosa de mis veinte años, surgió *Andamios interiores*.

Cuando consideré que el libro estaba terminado me fui a ver a Rafael Loera y Chávez, propietario de la Editorial Cultura, para hacer una edición de quinientos ejemplares, pero él insistió en que fueran mil, asegurándome que se venderían, lo que felizmente se cumplió. Verdad es que se trataba de un acontecimiento literario, la primera obra vanguardista. El libro llevaba una portada del dibujante Vargas, de la revista *Zig Zag*. La obra se comentó en las redacciones y en los periódicos. El público lector se dividió: un grupo simpatizó con la nueva tendencia y otro salió despavorido sin saber en qué hueco refugiarse. Los ahijados del Búho fueron a murmurar en los corrillos universitarios, y decididos a morir por su causa, en escuadrones de 41 en 41 desfilaron por los patios de la Secretaría de Educación al amparo de quien más tarde habría de renegar de su vehemencia revolucionaria.

En dicho libro se encuentran imágenes así:

Por las horas de cuento de estos parques sin rosas  
ambulan un diptongo de ensueño nuestras sombras.  
El violín se accidenta en sollozos teatrales  
y se atraganta un pájaro los últimos compases.

En la sala ruidosa,  
el mesero académico descorchaba las horas.

Y detrás de la lluvia que peinó los jardines  
hay un hervor galante de encajes auditivos.

Mientras que la vida esquina a los relojes,  
se pierden por la acera los pasos de la noche.

Mis ojos deletrean la ciudad algebraica  
entre las subversiones de los escaparates.

Después de los vulgares asombros del periódico  
en que sólo se oye el humo de las pipas,  
florecen a intervalos las actitudes lívidas.

Mis besos apretados  
florecían en su carne.

La ciudad paroxista  
nos llegaba hasta el cuello.

En la noche, en el silencio de los parques, traducía en lenguaje poético la vida citadina:

Yo soy un punto muerto en medio de la hora,  
equidistante al grito náufrago de una estrella.  
Un parque de manubrio se engarrota en la sombra,  
y la luna sin cuerda  
me oprime en las vidrieras.

Margaritas de oro  
deshojadas al viento.  
La ciudad insurrecta de anuncios luminosos  
flota en los almanaques,  
y allá de tarde en tarde,  
por la calle planchada se desangra un eléctrico.

Apenas aparecido mi libro, ya Arqueles Vela se lo había leído con entusiasmo, según me refirió Ortega, estudiante de muchas inquietudes y lector curioso que hacía sus primeros reportazgos en *El Universal Ilustrado*, del cual Arqueles era secretario de redacción. Con este motivo fui a buscarlo. Lo encontré escribiendo sus paradójicas y originales crónicas. En aquellos días recordaba a Rainer María Rilke, con el bigote caído y la mirada ausente, que lanzaba en los momentos de exaltación brillos nítidos. Estábamos en la edad de las amistades espontáneas y nos sentimos inmediatamente identificados por el arte nuevo. Hablamos de las cosas que nos interesaban; de la poesía y del arte oficiales; de la renovación preconizada por mí; del avance

que significaba mi poesía frente a la de los otros grupos, y de la necesidad de defender las manifestaciones vanguardistas.

Lo mismo de Buenos Aires que de Santiago de Chile, de Lima que de Río de Janeiro, otros jóvenes que acechaban las inquietudes nuevas me enviaban sus mensajes de solidaridad y fraternidad líricas. Particularmente simpatizante se mostró Jorge Luis Borges en su revista *Proa*, ilustrada con grabados en madera por su hermana Nora, donde hizo una recensión de *Andamios interiores*, que luego recogió en su libro *Inquisiciones*. La comprensiva atención de Borges hacia aquel libro temprano estimuló mis bríos vanguardistas.

*El Universal Ilustrado* me abrió sus páginas para propagar las nuevas ideas. En encuestas o entrevistas señalé las deficiencias de figuras consideradas como egregias; las ramplonerías que se aplaudían, las simulaciones y las trácalas retóricas que exhibían las letras mexicanas. *El Ilustrado* era la publicación adonde confluían mayores inquietudes. Su director, Carlos Noriega Hoppe, tenía un espíritu renovador que simpatizaba con todas las nuevas experiencias. Con él y Manuel M. Ponce inauguré la primera estación radiofónica que hubo en México, leyendo un poema titulado "T. S. H.". La principal inquietud de Noriega Hoppe se concentraba con verdadero fervor en el cine, lo cual no le impedía captar las transformaciones literarias que agitaban a nuestra época, y con gran lucidez se dio cuenta de la importancia del movimiento vanguardista.

Otro escritor, José María González de Mendoza, daba también la nota vanguardista en sus crónicas de París, firmadas al principio con un seudónimo tomado de un personaje de Molière y después con el de *El Abate Mendoza*, porque era moda en el periodismo mexicano este género de denominaciones: *El Abate Benigno* (José Gómez Ugarte, director de *El Universal*), *El Abate Coignard* (Francisco Zamora, colaborador de ese diario), *El Abate Sieyès* (Eduardo Martínez Celis), *El Abate Casanova* (el filólogo Pablo González Casanova). Con todos ellos tuve amistad personal, excepto con González de Mendoza, con quien mantuve correspondencia que a veces tenía caracteres ideográficos que recordaban las originalidades de Apollinaire.

*El Abate Mendoza* seguía entonces los cursos de la Universidad de París y era en ella alumno titular de L'Ecole des Hautes Etudes. Junto con el futuro gran novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias, era discípulo del profesor Georges Renaud, traductor al francés del *Popol-Vuh* y de los *Anales*

de los Xahil. Ambos estudiantes tradujeron al español esas obras, que fueron editadas por la Editorial París-América, de aquella capital.

Otros escritores se presentaban por allí, como Pablo González Casanova, que escribió un artículo de crítica semántica y filológica para justificar muchas de nuestras innovaciones; el irónico Francisco Zamora, que reconocía nuestra acertada crítica, a pesar de su compañero de sección editorial don Carlos González Peña, el cual se crispaba de disgusto ante nuestras audacias.

Participaba también de este enconado espíritu contra el movimiento estridentista don José Elguero, editorialista de *Excelsior*. Pero no faltaban los escritores que se dieran cuenta de nuestra fundada inconformidad, pues en todo rigor éramos rebeldes con causa.

El movimiento carecía de un órgano de expresión, pues *Actual* había muerto en el tercer número, pero no faltaban posibilidades de hacerse sentir en el público. Los periódicos y revistas de vez en cuando admitían artículos nuestros, y especialmente *El Universal Ilustrado*, cuyas entrevistas y encuestas sobre la joven literatura y el arte mantenían vivo el interés. Estos temas constituían la tónica dominante de sus páginas. Así, indiscutiblemente, se fue formando una conciencia, y las afirmaciones que en un principio provocaban reacciones violentas fueron objeto de examen más reflexivo y, a veces, de aceptación de nuestros puntos de vista.

Combatimos también contra los “dioses mayores” de la poesía mexicana que nadie se atrevía a discutir. Eran infalibles objetos de admiración y adoración a quienes los jóvenes no tenían el derecho de juzgar. No importaba que en el orden intelectual incurrieran a veces en dislates, o que en el orden moral se mancharan con villanas acciones, pues estaban a salvo de todo enjuiciamiento, porque el prestigio los sustraía a la crítica. Estas esfinges eran dueñas del imperio literario, pero descubrimos que estaban adormiladas y que no teníamos que arrancarles tres pelos del cogote para que se conociera el engaño. En cambio, figuras como la de López Velarde eran consideradas simplemente prometedoras y aún no bien definidas. Yo señalé por primera vez, a través de una encuesta en *El Universal Ilustrado*, la cabal importancia de este poeta y su verdadera posición en la literatura mexicana. A veces mis respuestas eran violentas y ejecutivas; pero yo sabía que la moderación no hubiera sido eficaz, porque, embotados los espíritus por largos años de prejuicio intelectual, se habían vuelto insensibles a la crítica y a la razón responsable.

Alerta estaba a cualquier indicio, aunque sólo fuera un leve rasgo renovador. Había tenido que romper con mis amigos modernistas y posmodernistas, a causa de mis desplantes agresivos. El encuentro con Arqueles me hizo presentir, sin embargo, que no estaría solo. No tardó efectivamente en llegar el mensaje, desde Puebla, de Germán List Arzubide, quien en su revista *Ser* declaraba su afiliación al movimiento estridentista. A los pocos días recibí en México su visita acompañado de Miguel Aguillón Guzmán. Su porte erguido y lleno de confianza sugería al batallador. Me leyó algunos poemas impregnados aún del espíritu posmodernista, pero en cuyas licencias poéticas se sentía ya un cambio de actividad mental que, efectivamente, no tardó en afirmarse en su plaqueta *Esquina*, segunda obra que editó el movimiento. Para sellar nuestro pacto literario fuimos con Arqueles a comer en una fonda donde conversamos largamente sobre nuestras ideas, nuestra poética y toda clase de temas relacionados con el arte nuevo. Cada uno fue exponiendo sus ambiciones y proyectos, coincidentes en darle expresión a nuestro tiempo. No se trataba de ser futuristas, sino actuales, pero no actuales a la manera rezagada de quienes reproducían los temas y la técnica circulantes, porque esto no es actualidad, sino el de una creación vital que tomara en cuenta las inquietudes espirituales y todo el complejo de emociones y fuerzas suprasensibles del hombre.

De la redacción de *El Ilustrado* salíamos al atardecer Arqueles y yo sin rumbo fijo. Vagábamos por las calles de la ciudad con el aplomo que da la juventud, felices de nuestros hallazgos literarios. Nos reíamos abiertamente de los poetas vanos y los prosistas amanerados. Al contacto de la gente y el movimiento de la calle, solíamos exclamar eufóricamente: “Sólo nosotros existimos; todos los demás son sombras pegajosas”.

Procurábamos armonizar su tiempo libre de periodista con mis horas ociosas de estudiante. Nuestra amistad, iniciada por causas de afinidad literaria, se hizo más firme cada día. Sin darnos cuenta, caminábamos grandes distancias, movidos por el fuego de la palabra. A veces tomábamos el rumbo de la colonia Roma y entrábamos al café Europa, que Arqueles bautizó con el nombre del Café de Nadie, tema de uno de sus libros. En un rincón, aislados por sus paradojas y mis idealizaciones, sorbíamos nuestro café y preparábamos entusiastas proyectos. De una de estas conversaciones surgió la idea de hacer la revista *Irradiador*, que emprendí en colaboración con Fermín Revueltas. La nota saliente fue un manifiesto hecho de lemas e irreductibles ecuaciones, que

no respetaba a educadores ni filósofos. Nos instalamos con un anuncio muy espectacular que pintó Revueltas en la librería que César Cicerón acababa de inaugurar en la avenida Madero. Las trapacerías del empleado motivaron que la revista se suspendiera al cuarto número, con el reposo de “rastacueros, roncadores y rotitos”.

Las condenaciones del vanguardismo no sólo abarcaban a la literatura, sino a la pintura, y en este aspecto contribuía yo a infundirle un nuevo impulso. Vi con placer que Revueltas interpretaba el paisaje de manera diferente, los escultores modelaban con una concepción audaz; Alva de la Canal reconciliaba su impresionismo de Coyoacán con formas más construidas y Leopoldo Méndez, en sus grabados, de una honda interpretación social, captaba el espíritu popular. Con estos elementos organizamos una exposición en el Café de Nadie, que causó más de un sobresalto y tuvo numerosos ecos en la prensa. Fue la primera exposición de esta índole que se hizo en México. Años después la repetimos con nuevos aportes en un café de chinos próximo a la Cámara de Diputados, y más tarde, en un salón de la avenida Madero.

En una de mis visitas a Germán, en Puebla, nos reunimos con el doctor Salvador Gallardo, médico del general Maycotte, y resolvimos publicar un manifiesto con el propósito de sacudir el ambiente conservador, atraer el interés de la juventud y renovar la visión lírica. Con toda equidad consideramos el panorama histórico y humano. Reconocimos que el héroe más preeminente era el general Ignacio Zaragoza, respetado hasta la superstición por la juventud y, por lo mismo, convertido en una fuerza petrificante; también la colonia española representaba para nosotros todos los intereses tradicionales contrarios a un íntimo sentido nacional; a los vetustos profesores del Colegio del Estado, desilusionados repetidores de ideas deslucidas, cuyo ejemplo seguían los jóvenes que padecían las mismas deformaciones de sensibilidad y de criterio, los sentíamos como contrarios al impulso renovador de la Revolución. Contra todos ellos se pronunció nuestra justicia en un veredicto implacable.

El manifiesto comenzaba con una exposición justificativa, a la que seguía otra parte punitiva, que era toda una revisión de valores.

Avanzada la noche fuimos por las imprentas buscando quien imprimiera el manifiesto, lo que no era fácil, hasta que al fin encontramos alguien que lo hiciera bajo la promesa de guardar secreto. Mientras se paraba y tiraba el manifiesto, fuimos a dar una vuelta por las calles de la estupenda ciudad,

y luego regresamos a recoger nuestro paquete con los impresos en papel *affiche* de colores, que releíamos al resplandor de un farol, mientras nos calentábamos con un café, sentados a la intemperie, en un puesto de la calle de los Gallos, rodeados de gente del pueblo que a esa hora acudía a ese sitio a reconfortar su miseria.

Tal fue la lectura matinal con que inauguramos el año 1924, pues terminaba, bien lo recuerdo, con estas efusivas palabras: “¡Feliz Año Nuevo! ¡Viva el mole de guajolote!”.

El acontecimiento estremeció el ambiente; el Ayuntamiento mandó flores en desagravio a la estatua ecuestre del héroe; nuestros enjuiciados tuvieron que acudir a las jabonaduras de confección casera; en los portales hubo desahogos agresivos, y en el sindicato de periodistas, leña y discursos.

Aquellos desplantes juveniles tuvieron resonancias de simpatía y admiración. El poeta Rafael López tenía siempre en el escritorio de su despacho de director del Archivo General de la Nación la hoja solferina, que leía con regocijado espíritu a todos los visitantes, subrayando cada inciso de su limpia dialéctica. Contribuyó también a su difusión José Juan Tablada, cuyas perennes afinidades innovadoras desbordaban simpatía hacia los jóvenes, y citó en sus memorias la juvenil ocurrencia.

El éxito se repitió en otros manifiestos lanzados en el Congreso Nacional de Estudiantes reunido en Ciudad Victoria y después en Zacatecas, firmados por muchachos que más tarde ocuparían sitios relevantes en la política mexicana.

Es evidente que aun los poetas ya formados no fueron insensibles a estas manifestaciones de renovación, y como una electricidad que está en el ambiente, percibieron señales, aunque fueran furtivas. Algo nuevo se había descubierto efectivamente y sería fácil señalar los indicios de curiosidad e insatisfacción lírica que siguieron al movimiento.

Las alharaquientas cotorronas nos lanzaban anatemas, pero no nos faltó el amparo de una intrépida sonrisa femenina y la flor arrojada desde un balcón simpatizante.

¡Oh Carnaval maravilloso en la casa de Luis Pastor! Mientras en la calle pasaba el cortejo y se arremolinaban máscaras y luces, chispeaba el ingenio y la picardía; miraban los demás el desfile de carros alegóricos y las escenas alegres; yo, en el corredor envidriado, bajo el sol moribundo de la tarde, vivía mi vocación amorosa al lado de la muchacha encantadora que como un regalo de los dioses me trajo aquella lírica campaña.

¿No fue San Pedro quien habló de la esencia de las cosas que pasaron? La emoción de su recuerdo está vinculado a aquellos días de contiendas literarias. En las mañanas luminosas aparecía triunfante de gracia por las galerías que circundan la plaza. Caminaba dejando una estela de suave perfume y sus ojos negros redimían mis inopias sentimentales de estudiante. Yo la miraba y la hablaba embelesado y ostensiblemente orgulloso, ante el asombro de los transeúntes. Poseía una suavidad, una dulzura compasiva; pero tenía la resolución de mujer que sabía resistir a la dureza de la vida. Por la noche, al acercarme a su ventana, me daba a besar sus manos olorosas. Yo sé qué sueños anidaban en su alma, pues su vibrar interior se identificaba con mi poesía. En el silencio impreciso, sólo el golpe de una puerta o el corretear de unos niños interrumpía nuestro diálogo, y mientras observaba su presencia maravillosa, me parecía escalar a un reino superior.



## XII

Volvió a empañarse la fortuna de mi padre y hubo que vender la grata casa de la calle de Guanajuato, lo que nos obligó a regresar al México viejo. Alquilamos los altos de una vivienda en la calle de Nicaragua. Al principio sentí dejar nuestra casa, extrañé su comodidad y holgura, especialmente a causa de mi madre y mis hermanas; pero pronto se desvaneció mi contrariedad.

Continué mis estudios de derecho sin abandonar mis actividades literarias. Entré en relación con jóvenes estudiantes de la Preparatoria y de diferentes facultades, que tenían también inquietudes literarias. Unas veces, porque me llevaran un libro a mi casa o porque nos encontráramos en algún café u otros sitios del barrio, me veía ocasionalmente con ellos. Así conocí a Salvador Azuela, que conquistaba fama de orador, al igual que Alejandro Gómez Arias, su émulo en la tribuna; a Andrés Henestrosa, que traía la sorpresa de los elementos indígenas de su raza rebelde en su libro primaveral *Los hombres que dispersó la danza*; a Salvador Toscano, cuya juvenil seriedad ahondaba ya en el misterio de la plástica mexicana; a Renato Leduc, cuyas sátiras eran leídas a hurtadillas en papeles que pasaban de mano en mano, y al criticón Garizurieta, que tenía siempre una respuesta graciosa y certera en que se reflejaba la condición psicológica de la vida mexicana. Él fue quien dijo: “Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error...”.

No abundaban los cafés en México. Sobresalían el Café de Tacuba, El Principal y La Flor de México. Los otros eran cafetillos de chinos a los que también acudíamos en las ocasiones más precarias. Pero inopinadamente descubrimos en el centro, cercano a la Cámara de Diputados, en la calle de Bolívar, un café pintado de azul claro que tenía el bonito nombre de Las Olas Altas. Allí comenzamos una nueva tertulia aun cuando éramos casi los mismos de siempre. A esas horas ociosas de charla acudían el doctor Salvador Gallardo, que había instalado su consultorio no muy lejos, y Luis

Felipe Mena, un muchacho de Campeche que tenía entusiasmo literario, gran admiración por nosotros y era nuestro mecenas. Destacaba en el lugar la buena presencia de las camareras. Una de ellas especialmente, algo pechugona, de rostro muy blanco y ojos rasgados, era la inquietud del grupo. Yo logré de ella una cita una tarde de asueto, cerca de su casa, por el arrabal de Tepito, donde vivía. El ambiente siniestro de aquel barrio, aquellas torcidas perspectivas, la sórdida silueta de los pasantes y un no sé qué de opresión funesta que parecía acercarlo a uno a la tragedia, me hicieron despedirme de ella lo más galante y lo más pronto que pude, huyendo de aquel oscurecer en que se presentía la pesadilla y la cuchillada.

Había en el café otra camarera a la que denominaban *la Aperital*. Tal sobrenombre nos extrañaba e inclusive nos invitaba a desentrañar el misterio del mote, hasta que una tarde en que llegó por el café el pintor Fernando Leal lo vimos saludarla como viejos amigos. Le pedimos que nos explicara el misterio del nombre, y nos dijo, no sin cierta reserva, que de la misma manera que el aperitivo es estimulante para antes de comer aquella chica era estimulante para antes del placer. Lo que nos hizo verla desde entonces en una discreta lejanía.

Las Olas Altas respondía a nuestra necesidad de expansión y conversación, pero el café se cerró no sé por qué razones. Al poco tiempo se inauguró otro en la misma calle, El Tupinamba, y hacia él emigramos, aun cuando no pudimos adaptarnos a aquel ambiente de toreros y gente flamenca.

Por incitaciones de algunos amigos, acudía una que otra vez a los teatros de revista política, en las que no faltaba la presencia de personajes que rivalizaban en homenajes y obsequios a las primeras tiples. Nunca me entusiasmaron estos espectáculos, más bien los veía despectivamente, pero no podía ignorarlos, pues formaban parte de la vida mexicana. La frivolidad elegante de las operetas, en las que reinaba Esperanza Iris, me atraía algo más, pero tampoco me satisfacía. Mientras que el teatro dramático y poético me apasionaba, aunque no alcanzaba sino menguadas representaciones, y tenía que conformarme con leerlo yo mismo, a veces en voz alta, para sentir mejor los personajes.

Generalmente, las piezas que se representaban correspondían, haciendo parodia, a obras serias. Lupe Rivas Cacho, que tenía un tipo muy mexicano y una gracia desprendida y vivaz, noche tras noche atraía al público con sus traviosos desplantes. Una vez caricaturizó a la Pavlova, convirtiendo “La

muerte del cisne” en “La muerte del zopilote”. La pieza atractiva de Celia Montalván, quien estaba en todo el esplendor de su belleza, era “Mi querido capitán”, que en aquellos días de gente de uniforme ponía una nota de actualidad que embobaba al público. A veces llegábamos varios redactores de *El Universal Ilustrado* a su camerino, reía con nuestras bromas y a mí me llamaba su ahijado, llevando el juego a nuestras alegres intrusiones. Las obras abundaban en crítica social y política, y, a veces, el gracejo, que hería cáusticamente, en medio del gran alboroto y risas del público, era objeto de reprimenda y multa correccional. Los minutos preparatorios a los sangrientos puyazos de los actores en contra de las personalidades gubernamentales eran saboreados con alegría, a sabiendas de que vendrían las sanciones; la concurrencia los incitaba, ofreciendo incluso el pago de la multa; y todo este rejuego formaba parte de la función. En los teatros de barriada, el alboroto tomaba a veces máximas proporciones y se cambiaban, entre el proscenio y la galería, palabras chispeantes y a veces de grueso calibre, que zumbaban como proyectiles. Era esto la gloria del espectáculo.

En aquellos días había una manifiesta aversión pública contra los afeminados (“jotos”, en una de sus tantas acepciones mexicanas), y se les satirizaba alegremente en los escenarios. Uno de los más graciosos cómicos, Joaquín Pardavé, quien compartía con el *Panzón* Soto la popularidad de la sátira, representaba un *sketch* que recogía nutridos aplausos. Aparecía un tren que conducía, rumbo al penal de las Islas Marías, una cuerda de presos que comprendía, entre rateros y otros maleantes, algunos afeminados. Al detenerse el tren en lo que se suponía una estación, Pardavé sacaba la cabeza por la ventanilla y con voz potente y varonil decía, dirigiéndose al público: “A mí me llevan por ladrón”. Orgulloso de distinguirse del resto de la ronda, insistía: “A mí me llevan por ladrón”. Pero ya en el siguiente cuadro clamaba con aflautada voz: “A mí me llevan por ladrón, pero por ladrón de corazones”. Lo que obligaba al jefe de la escolta a preguntarle: “Oiga, amigo, ¿y ese cambio a qué se debe?”. Pardavé entonces respondía, sosteniendo su segundo papel: “Me dormí al pasar el túnel”, lo que incontinentemente hacía estallar la carcajada, feliz el público con la burla a los “maricones”.

Con frecuencia me visitaba un muchacho suizo que se ganaba la vida de un modo absurdo, ora vendiendo extraños artículos de ferretería, trabajando como actor en el Teatro Mexicano del Murciélago, inspirado en el teatro de la Chauve-Souris de París, y ora, buscando “ídolos” en las “pirámides”; no acer-

taba, ni por casualidad, con los acentos, lo que daba a su conversación un aire pintoresco y divertido, que imitaba burlonamente mi hermana Matilde. Se llamaba Gastón Dinner. No sé cómo lo conocí. Simpatizaba con el movimiento por haber vivido en Zurich durante la Primera Guerra Mundial, donde presencié la explosión de los dadaístas y conoció sus negaciones, sus juegos de ingenio y sus fantasías. Después de la merienda me acompañaba en mis paseos, que bajo las luces de la calle y la música de los organillos adquirían una dimensión imaginaria. Versaban nuestras pláticas sobre temas literarios, pero a veces yo provocaba conversaciones en las que aparecían los lagos y ciudades de su país. ¡Pero qué lejos e imposibles estaban esas maravillas! La bulla del arrabal se metía en nuestra voz, despedazaba el ritmo de nuestras ideas, y la calle, triste y destartalada, me producía, por momentos, una aprehensión vaga y sombría.

No obstante mi pobreza, yo iba y venía por aquel barrio con cierto brío, conformándome a las posibilidades de nuestro vivir. Entraba y salía de la casa sin importarme su frialdad, ni el sol escaso que bañaba los balcones, ni la hilera de puestos de frutas, verduras y dulces que se alineaban en la acera. Yo subía prestamente la escalera de piedra con barandal de hierro que se ramificaba en el rellano, un tramo hacia nuestra vivienda y otro hacia la de mi vecina, una muchacha rubia, espigada, a la que yo dedicaba asiduas miradas que ella desdeñaba, prefiriendo aporrear el piano, jugar con los pájaros que alborotaban en una gran pajarera y aceptar los requiebros de un galán picotero.

El despecho me hizo buscar desquite con una morena de opulentos senos y tibias carnes, que abrazaba bajo el brillo de la luna, o mejor aún, en la oscuridad de las desiertas mamposterías de la azotea, tembloroso y febril.

La vida del México de aquellos años se encontraba tensa de dificultades y de potenciales estallidos militares. Después de cada elección presidencial sólo había una pausa, relativamente breve, de tranquilidad pública, y volvían otra vez a agitarse los círculos políticos y los elementos militares a pretender conquistar el poder. Esto daba origen a horas de inquietud, de agitación parlamentaria y de violencia armada. De esta suerte, reinaba siempre un estado de angustia que impresionaba a todos los espíritus y que no dejaba de tener resonancias psicológicas en la vida de los jóvenes.

En momentos de atracción política iba a la Cámara de Diputados a escuchar los discursos, que el fuego de las pasiones enardecía. Las divisiones

motivadas por la sucesión presidencial se acentuaban cada día y presagiaban trágicos acontecimientos. Una noche en que asistía a la sesión junto con mi paisano, el coronel Juan Zumaya, se produjo un violento altercado entre los diputados y salieron en un instante a relucir las pistolas. Antes de que pudiéramos posesionarnos de la situación, ya habían comenzado los disparos en forma tan nutrida, que pronto quedaron muertos en sus sillones curules dos de los congresistas y otros heridos, mientras continuaba el tiroteo y se dispersaban los contendientes. Yo salí por el pasillo central de la galería para refugiarme en el corredor de la azotea, por donde apareció un grupo de diputados con las pistolas desenfundadas, en tanto que el otro grupo salía por la escalera opuesta. El desconcierto fue enorme. Cuando cesó el tumulto descendí al vestíbulo que llenaban curiosos, ávidos de saber qué había acontecido. Todavía permanecí un rato en compañía de Zumaya y de otros coterráneos, lamentando que este acto sangriento tuviera lugar precisamente en el recinto parlamentario, lo que agravaba el escándalo, haciéndolo más reprobable.

Después me encaminé a pie hasta mi casa, pensando con amargura en el fracaso político de nuestra democracia y en la violencia que dominaba nuestras instituciones. Al llegar me encontré conversando con mi padre al entonces capitán Alberto Bello Santana, y les relaté el sangriento suceso.

Mi madre, que siempre había manifestado repulsión por la política, al enterarse del peligro que había corrido, me amonestó para que no volviera a esas asambleas, donde la intolerancia irrumpe con sus odios y culmina en la muerte.

Las divisiones de la Cámara eran reflejos de las diferencias políticas y del desacuerdo entre los jefes del Ejército para escoger el candidato presidencial. Con el tiempo ahondábanse éstas cada vez más.

Corrían rumores de inminentes pronunciamientos. Se hacía el recuento de fuerzas de ambos bandos. Más que en los periódicos, en los corrillos callejeros se barajaban nombres y noticias. Cada cual aseguraba estar enterado y aventuraba pronósticos. Así pasaron algunos días, y de pronto estalló la rebelión encabezada por don Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda, y secundada por muchos de los jefes de operaciones militares y gobernadores de los estados. Esto produjo gran expectación en la capital. El acontecimiento no dejó de causarme cierto estremecimiento, pues los bandazos de la política suelen alcanzar a los más desprevenidos, y ya en otra ocasión

yo había sufrido sus consecuencias. El gobierno presidido por el general Obregón reaccionó enérgicamente contra la amenaza y golpeó implacable a sus enemigos. La lucha fue verdaderamente sangrienta. En ella perdieron la vida connotados generales y civiles que se habían distinguido en la Revolución. Yo seguía los acontecimientos en los diarios y con amigos de las más diversas orientaciones, y sentía la trágica realidad de nuestra historia. No faltaban, en medio de la borrasca, lances audaces, hechos heroicos que se comentaban apasionadamente. Brillaban las hazañas de Samuel Cabazos, quien en el estado de Hidalgo movía a sus tropas con sorprendente rapidez, emulando las correrías de Pancho Villa. Conmovía el infortunio del general Lázaro Cárdenas, herido en empresa temeraria, ordenada para distraer al enemigo, y la noble actitud del general Enrique Estrada, rodeándolo de cuidados para salvarlo de la muerte; otros trances daban pábulo también a la conversación y al comentario vehemente; a veces el reto ante la muerte tenía una arrogancia trágica, como cuando Rubén Basáñez Rocha, después de fumarse despaciosamente un puro, con la ceniza se trazó un círculo en el pecho y les dijo a los ejecutores: “Vayan a contarle a Obregón cómo muere un hombre...”.

Un primero de mayo, por la tarde, regresaba de Mixcoac a pie, pues no había servicio de transportes, totalmente paralizados por la manifestación obrera. El viento arremolinaba el polvo de las barriadas y grupos proletarios regresaban cargando sus pancartas y calicós con lemas reivindicadores y banderas rojas y negras. Oleadas de obreros vestidos de mezclilla se sucedían constantemente y se escuchaban vítores a sus líderes y confederaciones. No obstante la fatiga de la caminata, me interesaba ese movimiento de masas humanas. Sentía la impresión de lo que estaba pasando y la fiesta de los trabajadores llegaba como una apoteosis hasta mi corazón. Me parecía bello aquel desfile interminable bajo el sol deslustrado de la tarde. Mi espíritu, lleno de las inquietudes del instante, me sugería esas resonancias. Así, me fui pensando y soñando a través de la ciudad, integrado a la marcha gloriosa de los obreros. Las disensiones sindicales, las agitaciones políticas y las amenazas de la guerra civil se cernían sobre nuestros destinos. En la Cámara de Diputados, la razón de los discursos se trocaba sorpresivamente en un relámpago de pistolas. Los entorpecedores del progreso de México fanatizaban a grupos de militares y políticos para adueñarse del poder, los obreros desfilaban en manifestaciones de alerta, y, por mi parte, miraba estos espec-

táculos y reflexionaba sobre las circunstancias y responsabilidades de los hombres que podrían influir en los destinos nacionales. Cuando llegué a mi casa, bajo las fuerzas estimulantes, me puse a escribir un canto en que latía la esperanza y la desesperación. Vi más claramente la necesidad de dar una intención estética a la Revolución, y en *Urbe* junté mi emoción íntima y el clamor del pueblo. Todos estos elementos, acompañados de mis reacciones emotivas, constituían el cuerpo vivo del poema. Los sentimientos que lo animaban, la audacia de las imágenes y la novedad de la expresión literaria eran la revelación de un hondo sentido de la existencia, de sus trances y de sus culminaciones. Si se advierten en él ciertos contrastes, débense a circunstancias amargas que aniquilaban la alegría. No son extrañas, por lo mismo, las aproximaciones violentas entre el cieno y la albura:

Entre los matorrales del silencio  
la oscuridad lame la sangre del crepúsculo.  
Las estrellas caídas  
son pájaros muertos  
en el agua sin sueño  
del espejo.

Las artillerías  
sonoras del Atlántico  
se apagaron  
al fin  
en la distancia.

Sobre la arboladura del otoño,  
sopla un viento nocturno:  
es el viento de Rusia,  
de las grandes tragedias,  
y el jardín  
amarillo  
se va a pique en la sombra.

Súbito, su recuerdo,  
chisporrotea en los interiores apagados.

Sus palabras de oro  
criban en mi memoria.

Los ríos de blusas azules  
desbordan las esclusas de las fábricas  
y los árboles agitadores  
manotean sus discursos en la acera.

Los huelguistas se arrojan  
pedradas y denuestos,  
y la vida es una tumultuosa conversión hacia la izquierda.

Al margen de la almohada,  
la noche es un despeñadero;  
y el insomnio  
se ha quedado escarbando en mi cerebro.

¿De quién son esas voces  
que sobrenadan en la sombra?  
y estos trenes que aúllan  
hacia los horizontes devastados.

Los soldados  
dormirán esta noche en el infierno.

¡Dios mío!  
Y de todo este desastre  
sólo unos cuantos pedazos  
blancos  
de su recuerdo  
se me han quedado entre las manos.

En medio de mis preocupaciones sufrí los desgarramientos de nuestra vida civil, y sus hondas vibraciones repercutieron en mi emoción. Así era la vida mexicana, y, en mi juventud, yo me sentía su profeta.



I. Maples Arce en Veracruz, 1920. El poeta está de pie a la extrema derecha junto a su madre, en la extrema izquierda de pie está su padre, la figura sentada y en vestido blanco es su hermana Amalia, el resto son familiares.



II. Los hermanos Maples Arce en 1917.



III. Palacio Municipal de Veracruz.

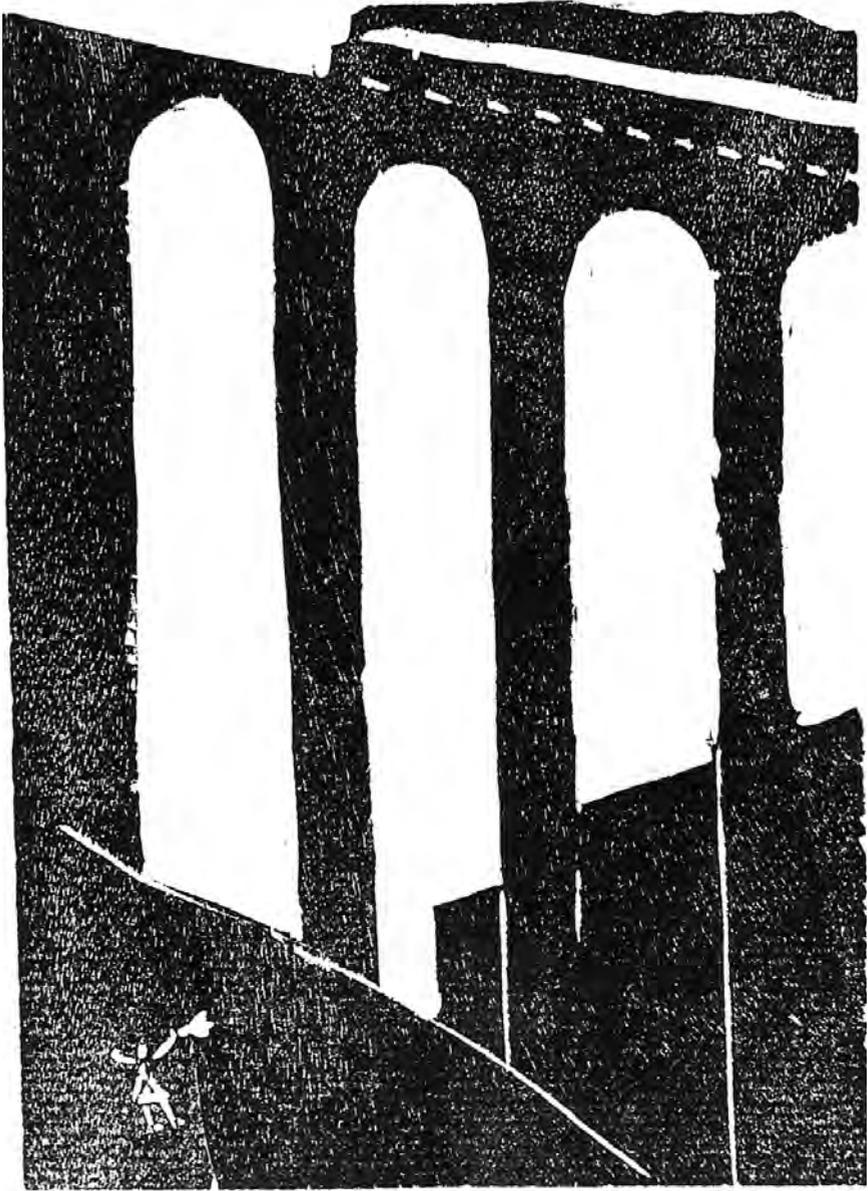




V. Manuel Maples Arce, por Jean Charlot.



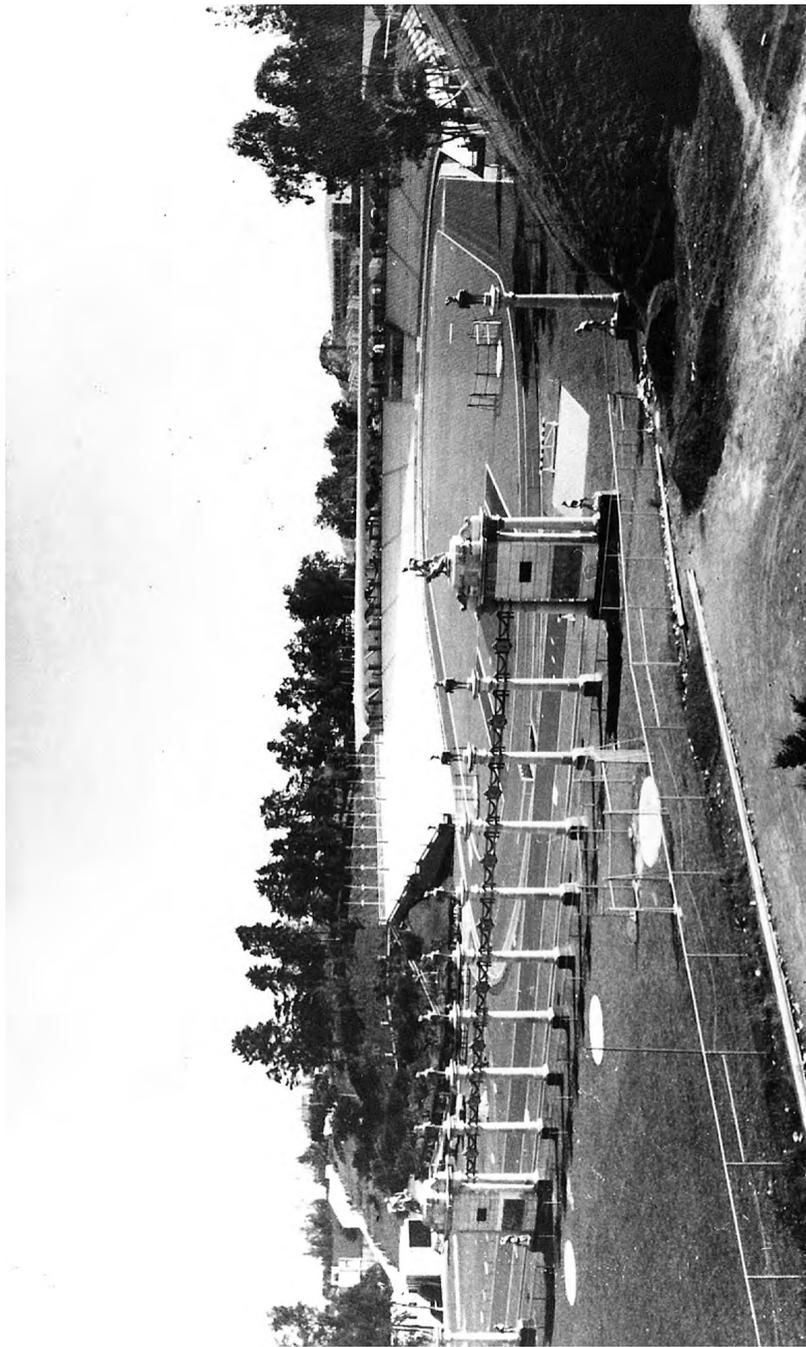
VI. Grabado en madera de Jean Charlot para ilustrar *Urbe* (1924).



VII. Grabado en madera de Jean Charlot para ilustrar *Urbe* (1924).



VIII. En Jalapa. De izquierda a derecha: Germán List Arzubide, Ramón Alva de la Canal, Manuel Maples Arce, Leopoldo Méndez y Arquielles Vela.



IX. Estadio de Jalapa. Obra del general Heriberto Jara. Ingeniero: Modesto Roland.



X. Maples Arce visto por Alva de la Canal.



XI. Maples Arce. Escultura de Guillermo Ruiz.



XII. *El café de cinco centavos*, acuarela de Fermín Revueltas, 1928, obra de arte que se ubica tanto en el cubismo como en los ideales estridentistas.



XIII. Maples Arce. Jalapa, 1926.



XIV. *El Café de Nadie*, óleo de Alva de la Canal.



XV. Maples Arce, óleo de Leopoldo Méndez.



XVI. Maples Arce, diputado al Congreso de la Unión (1932).

## XIII

Mi ocupación principal, y casi la única que limitaba mi libertad, era la de concurrir a la Escuela Libre de Derecho todos los días por la mañana, y algunas veces también por la tarde. En las mañanas, que era cuando había mayor animación en la Escuela, estaba siempre allí y sólo raras veces, por la tarde, cedía a mis inclinaciones de vagabundeo.

Al acercarse la hora de clase nos reuníamos en grupos en la planta alta. En ocasiones, conversábamos de cosas indiferentes y, otras, nos explicábamos alguna cuestión motivo de estudio. Casi todos éramos muchachos de veinte a veintidós años, excepto los hermanos Bonilla, hombres ya, que habían militado en la Revolución, ganándose uno el grado de teniente coronel, y el otro, el de mayor; figuraban también dos antiguos seminaristas, Rutilio Ramírez, bastante envejecido, por lo que le llamábamos “perro viejo”, y preferentemente *Pulquilio*, y don Nicolás Rodríguez, quien provocaba nuestras burlas crueles porque se dormía siempre en clase, pues el pobre se ganaba la vida como corrector de pruebas trabajando por la noche en un periódico.

Frecuentemente la emprendíamos contra Rutilio, cuyas respuestas en clase eran de una ingenuidad pasmosa. Un día, en la clase de economía política, en que el maestro Martínez Sobral explicaba los vínculos que unen al hombre con la sociedad y recordaba el caso extremo de Robinson Crusoe, quien naufraga y se encuentra de pronto solitario en una isla, interrogó a Rutilio:

Dígame, señor Ramírez, ¿cuál es la primera necesidad con la que se enfrenta Robinson?

El viejo estudiante se quedó pensativo, imaginando a Robinson saliendo de un golpe de mar en aquella playa, y replicó:

Pues, maestro, ante todo, lo tenemos mojado...

Rápido, el maestro, con ademán contencivo, replica:

Un momento, señor Ramírez; nada de “albures...”.

Lo que provocó un estadillo de risas, mientras Rutilio se removía en su asiento sin que se le ocurriera una idea salvadora.

Muchas veces, Rutilio argüía con Enrique Correa, el gachupín Morales o algún otro compañero, sobre interpretaciones que desencadenaban su erudición de seminarista, y a las réplicas de sus contradictores enhebraba extravagantes latinajos; aun cuando él llevaba los argumentos al terreno que consideraba su dominio jurídico, invocando a los más insólitos tratadistas de la antigüedad, salía malparado y resentido de las parodias que se le hacían a sus bárbaros latines. Nuestro espíritu de broma era más fuerte que la paciencia de Rutilio, y es fácil imaginarse el eco de nuestros desenfados en el ánimo del seminarista que, a pesar de todo, raras veces mostraba su mal humor, pues era de buen corazón y de generoso carácter. Yo mismo me excedía en esas travesuras juveniles, y ahora debo pedirle perdón entonando la palinodia en el latín más armonioso y clarisonante: “Rutilio: en nombre del compañerismo que nos unió en la Escuela, y por la nobleza de tus afectos y tu generosa actitud, yo imploro tu perdón y reclamo tu benevolencia. Y que el tiempo recoja la gentileza de tu recuerdo”.

Nos reíamos de las conquistas de Bernal, engatusando con frasquitos de perfume y jaboncillos de olor a las criadas de la colonia de los Doctores, donde su padre tenía su farmacia. (Yo era de los que más lo embromaba; pero, por supuesto, me tenía bien callado la conquista de una verdulerita del barrio de La Merced que se llamaba Felicitas y era mi felicidad).

Comentábamos, generalmente, los acontecimientos del día, discutíamos la situación del colegio y nos expansionábamos sobre la política estudiantil.

En la Sociedad de Alumnos, el grupo de los años superiores disfrutaba de algo así como un privilegio para dirigir la Sociedad; pero como nuestro grupo era más numeroso y no nos considerábamos intelectualmente inferiores a los estudiantes de los grados últimos, cundió pronto el espíritu de independencia; de manera que cuando Francisco Javier Gaxiola daba ya como aceptada una proposición que había iniciado, diciendo que él era amigo de los proverbios, y tal y tal, el levantisco Rincón Gallardo lo contradujo inmediatamente, diciendo que él era amigo de los adverbios y que parecía mentira que mientras más viejos fueran, más “vencejos”, lo que hizo arder de indignación a Gaxiola y a los dirigentes de la reunión, que al momento se alborotó en forma tan violenta, que el presidente, Piña y Palacios,

tratando de hacerse oír, se encaramó sobre la mesa mientras agitaba furiosamente la campanilla y clamaba palabras de orden reforzadas con sonoras interjecciones que no lograban dominar el tumulto, por lo que hubo de levantarse la sesión.

A la reunión siguiente, la directiva presentó para su aprobación el acta de la sesión anterior, en la que se pedía la expulsión de Rincón Gallardo, acusado de haber proferido palabras soeces en la asamblea. Pero el acusado la rebatió y pidió que se expulsara también al presidente por haber usado el mismo trepidante lenguaje. Con lo cual hubo que buscar una fórmula de conciliación y se suprimió, dejándose sin constancia, el abuso de palabras nada jurídicas que habían resonado en el recinto de Temis, no sin que yo hiciera advertir a Rincón Gallardo que había equivocado los adverbios con los adjetivos.

No faltaban tampoco los cuentos más o menos subidos de color y las risas que suscitaban. En esto se llevaba también la palma Rodrigo Rincón Gallardo, cuya erudición picaresca se nutría en los escenarios de revistas, y, en particular, en los de Soto y de Beristáin. Era muy versado en cuentos y dicharachos de la *leperocracia* mexicana. Horas enteras estaba haciendo calambures y respondiendo con desvergonzada alegría a otros camaradas, que como él, eran amantes del folclore de Tepito. En materia de jerigonza, decía al más garboso “las palabras de epazote”.

Largos años después, al visitar a Piña y Palacios en su despacho de la Secretaría de Educación, adonde llegué silenciosamente para darle la sorpresa mientras él dictaba sus acuerdos, revisando cuidadosamente una compilación de leyes y decretos, me instalé en una poltrona, y, mirándolo de espaldas, con sus cabellos grises, me puse a recordar aquellos tiempos de nuestra vida estudiantil y pensé también en la fatalidad que arrastró a la muerte tan oscuramente a Rincón Gallardo.

Don Miguel S. Macedo, profesor de la clase de derecho penal, llegaba siempre con mucha puntualidad. Era un hombre pequeño, blanco, suavemente irónico. Daba sus lecciones con extraordinaria claridad, en tono tranquilo, manteniendo siempre nuestro interés, pues al mismo tiempo que exponía sus teorías criminológicas, íbalas ilustrando con ejemplos que las hacían más claras y comprensivas. Una anécdota oportuna, que a veces lindaba con lo picante, daba sabor a la clase.

Un día nos tocó ser testigos de una situación espinosa para uno de los compañeros de apellido Torroella, al que llamábamos *el Abate* por su carácter tímido y vocación verdaderamente religiosa. Entre las tareas de la clase estaba la de leer y glosar el *Fuero Juzgo*, que imponía por su tamaño y las dificultades de su arcaico lenguaje. No sé cómo se le ocurrió a don Miguel escogerlo ese día, precisamente, para leer y traducir al idioma corriente cierto capítulo de violencias. El Abate comenzó muy serio su lectura, pero cuando llegó al pasaje que decía que al hombre que por la fuerza abusara de mujer le cortarían... se puso nervioso, titubeó, se ruborizó y permaneció cohibido ante la expectativa de don Miguel, quien con mirada burlona y apuntando con el índice hacia abajo: “Sí, señor Torroella, que se la corten...”.

A pesar de la violenta admonición del maestro, el alumno no tuvo el coraje de seguir la lectura; se mantuvo turbado y silencioso frente al polvoriento infolio y en medio del barullo y la risa de toda la clase.

¿Recordará el apacible abate Torroella, actualmente sacerdote y miembro de la Compañía de Jesús, este salado incidente de nuestra juventud?

Al igual que el maestro Macedo, don Emilio Rabasa, quien enseñaba derecho constitucional, ejercía mucha influencia sobre los alumnos. Era hombre de espíritu liberal, y en su juventud escribió una serie de novelas entre las que destaca *La bola*, que podría considerarse como precursora de la novela de la Revolución, y otra no menos interesante, a pesar de su brevedad, sobre la cuestión religiosa. Rabasa era alto, de voz grave, la mirada algo apagada. Para calificar, ponía más atención a la índole de nuestros argumentos, a la inteligencia, valor y claridad del razonamiento que a la misma fidelidad con que siguiéramos sus teorías constitucionales. Su gran pasión era el respeto del derecho de amparo contra las extralimitaciones de la autoridad, la vigilancia de la libertad y la vida de los ciudadanos, y su más honda amargura, los hechos consumados. Se esforzaba por hacernos comprender toda la importancia de este recurso como resguardo y equilibrio del orden social. El derecho constitucional era, para él, la forma suprema del derecho. No es extraño que su amor de jurisconsulto se hubiera consagrado a tan alta defensa.

Don Federico Gamboa, hombre de gran simpatía, vestía correctamente, llevaba bigote de guías retorcidas y anteojos con arillos de oro. Una de sus particularidades era la gracia de su conversación. Algunos, por esquivar la lección, y otros, por gozar de su anecdotario sabrosamente relatado, provo-

caban al conversador. Entonces, don Federico renunciaba fácilmente a la lección, porque le placía el interés de los alumnos en su arte de memoria-lista. En una ocasión nos contó la historia de su presentación de credenciales en una república de Centroamérica, cuando vestido rigurosamente de uniforme y sombrero montado, todo galoneado de oro, salió para la ceremonia. Con sorpresa advirtió que el coche que lo llevaba tomaba un rumbo por andurriales y callejuelas, y, finalmente, se detenía frente a una quinta donde lo introdujeron a un desnudo corredor. Su sorpresa fue mayor cuando se encontró frente a un señor en mangas de camisa, que era nada menos que el presidente de la República. Entonces su desagrado fue tan grande que dijo al desenfadado personaje que así lo acogía: “Usted no tiene personalidad para recibir las cartas credenciales del embajador de México”, y se marchó. Yo lo interrumpí, diciéndole: “Don Federico, usted debió haberse puesto a la altura de las circunstancias, quitándose allí mismo la entorchada casaca, y así, en mangas de camisa, hacer entrega de sus credenciales”. Pero él, sonriendo a mi broma, continuó relatando cómo esto obligó a aquella autoridad a recibirlo pocos días después en el Palacio de Gobierno con la solemnidad que su representación merecía. Porque don Federico fue hombre que sintió la dignidad del cargo, y en sus *Memorias* cuenta cómo alguna vez se enfrentó a cierto representante de los Estados Unidos que lo amenazó con hacer saber a su gobierno una negativa del plenipotenciario de México a sancionar un acuerdo insidioso que amenazaba la vida de los liberales que se oponían al rigor de las dictaduras mestizas. Era además un espíritu bromista, y en medio de su forma de ser, pulcra y señorial, dejaba escapar algún destello picaresco. Así, recomendándonos no pretender vivir de los libros, que en México eran el peor negocio, afirmaba que él había tenido la suerte de que lo mantuviera una mujer: aludía a *Santa*, entonces muy en boga.

En el segundo año de derecho civil ya no tuvimos al licenciado Ceniceros y Villarreal como profesor, sino al abogado Lagos, mientras que en el tercer año lo fue don Pedro Lascuráin. Tuve especial afecto por don Pedro, y me dolía que se creyera que había participado de algún modo en la usurpación de Victoriano Huerta, por la circunstancia de haber ocupado fugacísimamente el poder ejecutivo de la Nación, que recayó en él a la deposición del presidente Madero, pues siempre me produjo la impresión de ser un espíritu equitativo, amable y bondadoso, juguete, en aquel caso, de una artimaña del destino.

La clase de procedimientos civiles estaba a cargo de don Ignacio Burgoa, en cuyo despacho hice mi práctica de pasante. Era hombre muy ducho en la mecánica legal. Me acompañaba en las labores de ir a los tribunales a ver notificaciones y presentar escritos otro pasante de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, a quien decíamos de apodo el *cura Lagarde*, por su aire monacal, aunque de ideas liberales y hasta con ribetes voltaireanos.

Eran catedráticos también de la Escuela don Nicanor Gurría y su pariente, don José María Gurría, al que llamábamos familiarmente *Chema*. Don Nicanor era hombre adusto, a quien no traté más que en las clases; en cambio, con Chema tuve amistad, y cada vez que nos encontrábamos, solíamos detenernos a conversar, pudiendo apreciar así su gran amor a la lectura y sus gustos literarios, que divergían mucho de los míos.

Entre los primeros de la lista de asistencia se destacaba el chato Arellano, siempre impecable, cuello tieso y corbata bien anudada; estaba enamorado, y cuando platicaba por teléfono con su novia, no faltaba un intruso que se le acercara para preguntarle: “¿Qué tenías en el jarrita?”.

Con lo que nosotros reíamos de esta alusión picaresca. El Chato se defendía y tapaba el auricular para que las voces importunas no llegaran a su novia.

Otro compañero, de buena fama para el estudio y muy cumplido, era Daniel Granadas. En épocas de exámenes, a las cinco de la tarde, nos decía:

Señores, siento mucho dejarlos, pero yo voy al cine con mi novia.

Sabía que no tenía por qué afanarse, pues desde principio del año seguía el curso empeñadamente. Ceniceros le hacía bromas, asegurando que en su pueblo, cuando iba de vacaciones, regalaba monedas a cuanto chiquillo encontraba, diciéndole:

Toma, por si fueras mi hijo.

El mismo Granadas fue una vez protagonista de una aventura de *grand guignol*. Lo visitaba en su cuarto de estudiante una dama hermosa, pero algo entrada en carnes. Un día se le accidentó, y tuvo que sacarla, cargándola él mismo, por escaleras furtivas para meterla en su automóvil y depositarla a la puerta de su casa sin que nadie se diera cuenta. ¡En buenas se las había visto! Cuando relataba su aventura, sudaba Granadas copiosamente, no sé si del susto, o todavía abrumado por el peso de la Venus.

A veces, la cosa era contra mí: “Supongamos –decía Ceniceros, con su cara risueña y como saboreando ya por anticipado la burla–, supongamos que Maples sea víctima del delito de estupro...”.

Yo protestaba vivamente y proponía otro ejemplo con alguna circunstancia que lo hiciera cómico contra cualquiera otro de los compañeros, que a su vez se defendía. Y así pasaba el juego y el estudio entre bromas y ocurrencias, que nos mantenían alertas contra las burlescas insidias. Resabiados por estas jugarretas, llegaba el momento en que sólo nos veíamos silenciosamente, al soslayo, esperando encontrar alguien a quien convertir en víctima del delito, hasta que la cordura de alguno ponía término a las bromas y se formalizaba el estudio.

Durante la época de exámenes estábamos casi acuartelados en la biblioteca que había pertenecido a don Ignacio Vallarta y de la que disfrutaba su nieto, nuestro compañero del mismo nombre.

La biblioteca era muy agradable y estaba bien acondicionada, bien alumbrada y lejos del zumbido de la avenida de Guatemala, que en aquel tramo era muy intenso. Teníamos allí toda clase de libros de consulta; en suma, un lugar ideal para estudiar.

Después de terminadas las horas de estudio, nos permitíamos un descanso, jugando al ajedrez o al majón, que no recuerdo quién introdujo en el grupo.

Cuando ingresé en la Escuela los exámenes eran orales, lo que permitía, con cierta habilidad y la benevolencia del maestro, encauzar las respuestas. El maestro de la clase y otros dos examinadores formaban el jurado. Muchos compañeros tomaban asiento en la sala destinada al examen; otros esperaban su turno nerviosamente en los pasillos. Después se pasó al sistema escrito. Pero siempre los exámenes eran motivo de preocupación, pues algunas fichas quedaban dudosas o incompletas, lo que introducía en nuestro espíritu cierta inquietud.

En esos días abandonábamos toda distracción, pero pasados los sustos y conocido el resultado, llegaban las vacaciones henchidas de satisfacción.

Para celebrar el haber pasado los exámenes, íbamos a comer, a escote, a algún restaurante. Era como una confirmación de camaradería.

En torno a la mesa, sentíamos el regocijo del triunfo. Comentábamos la suerte, la audacia o el esfuerzo de algunas “buenas faenas” y saboreábamos el vino del banquete con exaltada alegría. Salíamos del restaurante con las primeras sombras de la noche, y algunos tomábamos una carretela de sitio, que nos conducía a cierta casa de la calle de la Estrella, de cerrados balcones y misterioso portón. A tan temprana hora, los farolillos del patio estaban todavía

apagados y la sala de baile desierta. Resultaba asombrosa nuestra visita a hora tan temprana, pero la dueña nos recibía con zalemas amables; poco después llegaban las muchachas, retozones y alegres, y al compás de un vivo pasodoble las parejas parecían enfilarse y desaparecer por la profundidad expectante de los espejos.

A principio de enero reanudábamos nuestros cursos; unos con más ardor que otros. Nuestros conocimientos jurídicos aumentaban progresivamente. Cuando encontrábamos un texto interesante, de un autor que creíamos raro, interrogábamos a otro camarada, que generalmente no contestaba, y entonces lucíamos nuestra erudición. Para estimular a los estudiantes en los años avanzados, algunos profesores cedíanles la palabra. El maestro Macedo, quien tenía especial predilección por Ceniceros, no sólo le cedía la palabra, sino la cátedra, y se iba a instalar a su asiento, mientras que con sonrisa entre burlesca y benévola levantaba el dedo y decía: “¡Macedo, presente!”. Lo dejaba que dictara la clase, y luego, tomándolo del brazo, se lo llevaba por la calle para hacerle la crítica de su exposición.

Maestros y condiscípulos se presentan ante mis ojos con la fuerza de la evocación y el calor del afecto.

Es difícil seguir paso a paso el curso de los días. La bruma del tiempo difumina la perspectiva de los años, como ciertas mañanas de noviembre. Cuando quiero ver mi actividad en la barriada de aquel México viejo de mi juventud, el trato con mis compañeros, mi vida estudiantil en su integridad, lucho contra algo inasible, y sólo logro ver tal o cual rostro, alcanzo a oír voces recónditas y parpadea en mi recuerdo el fulgor de una mirada, mientras sigo el grave continente de algún maestro hoy desaparecido, pues la secuencia de los años deja en nuestro espíritu algo así como una vaguedad crepuscular.

De tiempo en tiempo, encuentro maestros y compañeros; menos de los primeros, porque muchos han desaparecido ya. Sigo, aunque de lejos, la marcha de la Escuela Libre y me asocio a sus regocijos y duelos. En mis regresos a México me gusta juntarme con algunos condiscípulos. En días inigualables de San Ángel, nos hemos reunido en el jardín de algún restaurante, y recordando anécdotas y bromas, algunas un tanto picantes, sentimos bullir en nosotros el ánimo gozoso de los tiempos juveniles.

## XIV

Un encuentro grato en mi vida literaria fue el de José Juan Tablada. No recuerdo exactamente cuándo nos conocimos, pero tengo la visión precisa de un recital en el salón de actos del Museo Nacional en que leyó poemas de su libro *Intersecciones*, que no llegó a publicarse, aunque existe una antología de su obra en la que figuran algunas de estas composiciones. Después salimos con él un grupo de amigos rumbo a su casa, en la calle del Ayuntamiento, donde ocupaba un departamento con Nina Cabrera, su esposa, a la que Tablada hacía bromas por su hablar cubano. Al día siguiente apareció en *El Universal* un artículo anónimo con el título de “Uno que no se trianguliza”, en el que se ridiculizaban los versos leídos, y especialmente uno titulado “La mujer hecha pedazos”. No se supo quién era el autor, pero a cuenta de las malas jugadas que le había hecho don Carlos González Peña, alguien le atribuyó la crítica, lo que le valió una sarta de feroces epigramas en los que Tablada era maestro.

Tablada, quien era un espíritu inquieto en constante renovación y al que seducía toda novedad, atrajo a su alrededor un grupo de escritores y de pintores, pues también se interesaba en las artes plásticas. Por las tardes iba a visitarle. Siempre había alguna gente joven cerca de él, encantados por su conversación. Allí estaban, o no tardaban en llegar, Francisco Monterde, quien de regreso de un viaje a Veracruz trajo su libro *Itinerario*, breves poemas de estilo japonés que Tablada había puesto de moda con sus libros *Un día* y *El jarro de flores*, y Adolfo Best Maugard, cuyo método de dibujo, adoptado en las escuelas, estilizaba los elementos decorativos de nuestro folclore. La tertulia se renovaba constantemente. De vez en cuando aparecían el pintor Manuel Rodríguez Lozano y el *Chamaco* Covarrubias, quien sorprendía ya con sus dotes de dibujante, y acaso con más asiduidad el crítico de artes plásticas Jorge Juan Crespo de la Serna, recién regresado de Europa.

Durante la estancia de Tablada en México (quien habitualmente vivía en Nueva York), le ofrecimos un banquete que resultó muy concurrido y constituyó un verdadero acontecimiento literario, por la concurrencia y los discursos que se pronunciaron. Deseábamos significar nuestra simpatía a un artista de vanguardia. En el banquete comencé a redactar un manifiesto (era la época de los manifiestos), en el que intervinieron también Diego Rivera y Julio Torri. Tenía a manera de orla una ecuación que comenzaba: “Espíritu de pesadez = Ezequiel (Ezequiel A. Chávez) = Nataniel (José Natividad Macías), etc.”. El manifiesto, escrito al reverso de un menú, circuló entre los invitados y apareció en un número de la revista *Irradiador*.

Era agradable el departamento de Tablada por el ambiente y las personas que allí se reunían. Nina, su compañera, juvenil y atractiva, dispensaba a todos sus atenciones.

Sus maneras vivaces, sus ojos brillantes y su gracia sensual ponían una nota de optimismo feliz en las reuniones. Tablada estaba muy enamorado de ella y la hacía objeto de homenajes en los que a veces mezclaba bromas de su ingenio. Dentro de la sencillez de su departamento no faltaban los libros preciosos y objetos del arte popular mexicano, a los que el poeta era muy aficionado. Su gusto se recreaba en particularidades de nuestro folclore, que a veces trascendían deliciosamente en sus poemas. Era también muy aficionado a las artes plásticas y poseía un juicio certero para descubrir a los artistas que lo eran de verdad. Muchos de ellos le deben el principio de su nombradía, como Diego Rivera, José Clemente Orozco y algunos otros. Con su facilidad de improvisación, nos hacía reír muchas veces. Cierta día, se presentó allí Jorge Enciso, quien acababa de llegar de París, luciendo un porte muy elegante en que destacaban singularmente sus zapatos de complicada puntera y cerrados con un abultado moño que contrastaba con el delgadísimo cordón que le servía de corbata. La rápida mirada del poeta descubrió el contraste y le espetó este epigrama:

¡Jorge! Una duda me mata:  
¿Qué te pusiste al revés,  
las cintas en la corbata  
o la corbata en los pies?  
...¡Pos qué, pues!

Estos efectos repentistas abundan en la vida del escritor. Era acerado con sus enemigos; pero, en lo general, carecían de maldad sus juegos de ingenio. Cuando Renato Molina Enríquez hizo una crítica a la obra del pintor Roberto Montenegro, al que reprochaba con apasionada dureza su inspiración estetista y particularmente las influencias de Bersley extrañas al ambiente mexicano, Tablada trató de moderar su juvenil apasionamiento, pero no logró persuadirlo y se quedó bajo la impresión de aquella crítica acerba. Pocos días después fue a buscar a Montenegro, con el que se había dado cita, y no encontrándolo, le escribió este epigramático recado:

Te estuve esperando un rato.  
Te vine a buscar con Nina.  
No merezco tan mal trato.  
Te ruego que me lo expliques.  
¡Dios te libre de Renato  
Molina Enríquez!

Una mañana de fiesta en Xochimilco nos reunimos todos los amigos de Tablada a comer en una chinampa. Nos rodeaba un paisaje finamente dibujado. Los “huexotes” que bordean los canales ponían su vibrante admiración al paso de las barcas típicamente ornadas y las pequeñas canoas desbordantes de flores. Un grupo de mariachis exaltaba con sus sones el convite. Todos conversábamos y bebíamos en un olvido feliz. Yo estaba muy entretenido conversando con el propio Tablada, y no advertí cuando éste deslizó un papel en la mano de uno de los músicos, los que de improviso intercalaron en una de sus canciones una copla que decía:

Del otro lado del río  
comenzó un león a quejarse  
y en su quejido decía:  
“Quisiera ser Maples Arce”.

Todos entendieron, por el acento de rugido con que los cancioneros pronunciaron mi nombre, que imitaban la furia con que en aquellos días yo destrozaba a los peles de la literatura.

Otro de los amigos de Tablada que me despertaba simpatía era Mariano Silva y Aceves, interesante personalidad que traslucía la fineza de su espíritu, acompañada de una suave ironía, lo que constituía la parte relevante de su estilo literario. Observaba también la figura de Julio Torri, cuyo agudo ingenio ponía de manera natural destellos felices en la conversación. En su espíritu se conjugaban un sentido innovador con rasgos inconfundibles del vivir mexicano, que singularizan las páginas breves y pulidas que atesoran su experiencia literaria.

A veces, de la casa de Tablada salíamos en grupo a pasear por la feria que se instalaba a un costado de la Alameda que da a la avenida Hidalgo y se prolongaba hasta la Rinconada de San Diego. La curiosidad de ver los puestos, de descubrir algún objeto de arte popular y mezclarnos con el pueblo, donde escuchábamos de pronto algún refrán o modismo que merecía nuestra atención y solía quedar en relatos o poemas, afinaba nuestra fantasía y nos acercaba al alma mexicana.

Como muestra de nuestro aprecio a lo nacional, nos sentábamos en ocasiones en los puestos de comida frente al clásico plato de fandango, compuesto de pollo y rojas enchiladas, que Tablada ponderaba con lírico encarecimiento. Celebrábamos aquellas muestras de lo mexicano entre risas y chistes, y después de pasear por el laberinto de la feria, desandábamos el camino para acompañar a los Tablada a su casa. El eco de nuestras despedidas sonaba en el silencio de la calle y nos marchábamos llevándonos la alegría del ingenio de José Juan y la gracia luminosa de Nina.

Tengo vivo el recuerdo del día en que conocí a Agustín Yáñez; me había traído de Guadalajara su periódico *Bandera de provincias*; nuestra amistad fue instantánea. En cambio, no consigo recordar cómo ni dónde conocí a Alfonso Reyes y José Gorostiza, con quienes, sin embargo, mantuve un trato cordial. A Carlos Pellicer lo asoció a una tarde de recital y expansión en el estudio del Repujador, en el anexo de Bellas Artes. Con Salomón de la Selva me relacioné gracias a Diego Rivera, que nos presentó y me regaló un ejemplar del *Soldado desconocido*, ilustrado con un dibujo suyo.

Solíamos citarnos en la Secretaría de Relaciones, donde trabajaban varios escritores bajo el amparo de Genaro Estrada, quien los domingos por la tarde gustaba reunirnos en su amplia casa de la colonia de Santa María, llena de libros antiguos y modernos, pues aunque tenía gran afición por los primeros, se interesaba vivamente por las ediciones nuevas. Unía a su saber

de erudito una pasión de bibliófilo que satisfacía adquiriendo libros pulcramente editados. Recuerdo que en casa de Estrada conocí a don Francisco A. de Icaza, otro apasionado de los libros, que hojeaba con gran concentración, aislándose de la tertulia en un rincón de la biblioteca, mientras que Genaro sonreía plácidamente escuchando las malicias de don Artemio de Valle Arizpe, así como las suaves paradojas de Julio Torri y Mariano Silva y Aceves.

Para corresponder a una atención de Estrada le envié un ejemplar de la edición numerada de *Sarn*, novela de Mary Webb, traducida al francés por Jacques de Lacretelle, y que supuse contentaría su curiosidad. Tiempo después, hablando con él de dicho libro, me di cuenta de que, como buen bibliómano, había gustado de la edición y había leído el prólogo, pero no la obra, que merece ser leída porque es uno de los más bellos libros de la literatura inglesa moderna, irradiante de poesía, fantasías populares y evocaciones bíblicas.

Entre los hombres de letras con quienes tenía amistad figuraba también Francisco González Guerrero. Poseía muchas ediciones lujosas de libros extranjeros y mexicanos. Algunas tardes me invitaba a su refugio de Mixcoac, en donde paseábamos por los contornos vinculados a la tradición literaria y pictórica de México.

Teníamos también simpatías hacia Rafael López, por su espíritu inquieto, su donaire y su brillante conversación. Sin exageración en el vestir, era atildado, siempre con el rostro bien afeitado en que lucía una alegre sonrisa y hablaba con ademán garboso. La prosa de sus crónicas reflejaba un poco esa entonación lírica y esa elegancia plástica que sentaba tan bien a su actitud. Su modernismo estaba saturado de exaltación, que atenuó más tarde la orientación posmodernista de su poesía, en la que aparecen momentos de nuestra historia y visiones de la vida urbana donde no faltaban los rasgos satíricos de su humor. Al mediodía, solía vérselo en alguna de las cantinas del centro con un grupo de amigos: Gilberto Bosques, Guillermo Castillo Tapia, al que llamaban el mosquetero de la Revolución; el doctor Jesús López Velarde, el historiador Alfonso Toro y algunos más que se han perdido en mi recuerdo. El aperitivo era un pretexto para donosas charlas en que el ingenio de Rafael López daba una sensación de pagano optimismo. En aquellos días era yo muy joven, comenzaba a alternar con los escritores ya consagrados y Rafael López me tenía una especial simpatía, a pesar de que

no estaba yo identificado con su estética, pues ya se delineaban en mi imaginación las formas líricas que definían mi gusto literario.

Yo estuve algunas ocasiones en estas tertulias, pero especialmente lo veía en su despacho del Archivo General de la Nación, que ocupaba entonces un piso del Palacio Nacional, con vistas a la calle de la Corregidora. Atravesaba yo el gran patio central, que por su magnitud nos hace sentir inmediatamente nuestra pequeñez y nos envuelve en el prodigio de la historia y en la magia del tiempo. Me internaba en el Patio de Honor y penetraba por una extraña escalera que conducía a una galería en cuyo fondo estaba la dirección donde el poeta, tras un escritorio de cortina, aparecía “sentado en un sillón burócrata, mullido de quietud...”. Se levantaba y me invitaba a sentarme en un pequeño estrado, donde conversábamos y a veces distraíamos a don Luis González Obregón de sus infatigables labores de investigador, para que nos contara alguna de esas empolvadas historias que él amaba con tanto fervor. Yo le comunicaba a Rafael mis inquietudes literarias y le recitaba mis versos, a lo que él solía corresponder generosamente, leyéndome, a su vez, alguna de sus producciones más recientes, escritas en pequeñas cuartillas con fina y pulcra letra.

La figura literaria de Rafael López era lo suficientemente atractiva para que la Academia Mexicana de la Lengua quisiera llevarlo a su seno. Pero el poeta no aceptó la invitación y prefirió conservar su actitud independiente. Esta manifestación de desdén hacia la escuela conservadora tuvo gran resonancia en la vida literaria de aquellos días y motivó un homenaje a la rebeldía del poeta. En céntrico restaurante se reunió la plana mayor de la joven literatura mexicana, que expresó así su adhesión al autor de *Con los ojos abiertos*. El convivio dio lugar a juegos de ingenio, como el discurso del agudo Jesús González, quien utilizando los apellidos de los asistentes, le hizo ver al homenajeado el esplendor de los tesoros que ganaba renunciando a la Academia. Otros hicieron burla de la docta corporación con sonetos y epigramas, y yo desahugué mi elocuencia haciendo resonar en el banquete el más rechinante de los mexicanismos.

Muchas impresiones acudían a mi espíritu en aquella época, pero pronto se dispersaban para dar lugar a nuevas emociones. Me hacía a mí mismo diversas consideraciones sobre la vida literaria y sobre las formas de expresión. Sin embargo, era la poesía lo que más me interesaba, como manifestación suprema de la literatura.

## XV

¡Mixcalco, 12! Esta era la dirección de Germán Cueto y Lolita. También eran las señas de Diego Rivera y Lupe Marín. Más adentro, en la privada, vivía el escultor Ignacio Asúnsolo, y pared medianera, Ramón Alva de la Canal, toda gente singular y de capacidad artística. El padre de Ramón, hecho extraordinario, era el único que conocía el secreto de los aparatos astronómicos del observatorio de Tacubaya. El barrio era todo lo popular que Diego podía haber deseado, y hasta allá llegaba el escándalo cuando los estudiantes se alborotaban, lo que motivó alguna vez que yo los increpara, recordando que mientras los griegos se coronaban de laurel en los jardines de la Academia, ellos se coronaban de ladrillos en las azoteas de aquel México de cúpulas, portadas barrocas y plazuelas bullangueras.

La casa de los Cueto estaba siempre abierta a la amistad. A todas horas del día discurríamos por allí, seguros de encontrar alguien con quien cambiar impresiones sobre temas de nuestro fervor. En general, la casa producía la impresión de un taller, pues Germán, en un cobertizo, modelaba el barro, batía la lámina o preparaba pastas con las que hacía máscaras que recordaban el Carnaval de nuestra niñez, salpicando y percutiendo todo lo que estaba a su alcance, lo que producía las maldiciones de Lolita. Ésta, a su vez, en otra pieza, trabajaba en sus obras de tapicería, a las que transportaba su visión plástica que traía desde sus días de la Academia y su impresionismo de pintura al aire libre. Ambicionaba obras de gran formato, que le exigían agotador esfuerzo. En otras ocasiones la hallaba decorando muebles rústicos comprados en los mercados de los pueblos, que ella adornaba con flores y dibujos que recordaban las lacas de Olinalá. Por el suelo, Anita y Mireya extendían papeles, y siguiendo el ejemplo de sus padres, les ponían alegres brochazos de color que sugerían animadas escenas infantiles, paisajes y callejas de barriada.

En ocasiones, la llegada de Concha Mitchel con su guitarra transformaba el taller en tertulia, a la que se asociaban los pintores Francisco Díaz de León y Gabriel Fernández Ledesma para cantar canciones y corridos seleccionados por Concha, entre lo más fino y lo más hondo que ha dado el alma de nuestro pueblo.

Diego vivía en los altos, adonde yo subía para conversar y contemplar sus cuadros y dibujos. Colgaban de las vigas, aquí y allá, piñatas y judas con los que convivía y hacía intervenir en su creación artística. Alguna mujer del pueblo posaba en actitud recatada frente al canasto de flores que, como un escaparate de color, ponía su frescura de huerto mexicano y evocaba el señorío de las chinampas de Xochimilco.

Una mañana me encontré ahí con Eisenstein. Se proponía ir aquel día a Teotihuacan a tomar vistas para su film sobre México. Le conté mis impresiones sobre las películas expresionistas alemanas hacia las que él se mostró irónico, oponiéndoles su teoría sobre el fotomontaje y el realismo revolucionario. Cuando lo volví a ver años después, se quejó de que al efectuar los cortes de su obra en Hollywood la habían desvirtuado totalmente.

Como la pintura me interesaba mucho, me pasaba grandes ratos en el estudio de Diego, encantado de verlo pintar y conversando con él sobre un sinnúmero de tópicos. Su pincel y su charla no conocían reposo. A veces, me exasperaban sus paradojas, pues solía exaltar a inmaturos o deprimir la obra de auténticos pintores. Recurría a veces a fantasías que provocaban mi hilaridad, pero cuando penetraba en cuestiones fundamentales de su técnica, dejaba sentir la solidez de sus conocimientos. Su imagen estética y moral se proyectaba siguiendo los movimientos de su humor. Pasaba de la ironía a la invectiva acerba, y en otras ocasiones se ensañaba implacablemente con su víctima. Amaba el éxito sobre todas las cosas de este mundo, y no le importaba incurrir en contradicciones y sinrazones, aunque expusiera su vida al escarnio. Deseoso de pintar la escalera del Palacio Nacional, que iba a ser la culminación de su obra, y sabiendo que como miembro del Partido Comunista el presidente Calles nunca lo autorizaría, decidió abandonar a sus camaradas y una noche se presentó a una reunión del Comité Central del Partido Comunista para acusar a uno de los miembros, que había cometido graves faltas, y exigir su expulsión. A continuación señaló al compañero Diego Rivera como un traidor, un oportunista, un adulator del gobierno del general Calles y una piltrafa humana, que debía ser expul-

sado inmediatamente del partido. La contundencia de su confesión tuvo un eco comprensivo entre los asistentes y se votó por unanimidad la salida del acusado, lo que hizo que el acusador tomara su sombrero y se largara a los andamios del Palacio Nacional. Al día siguiente, en *El Machete*, órgano del PC, apareció el “Corrido de Diego El Corrido”, con una ilustración, al parecer, del propio pintor.

La vida de Diego y su manera de ser nos regocijaban y nos entretenían. Sus anécdotas corrían rápidamente. Era un personaje sin rival. Desde sus épocas de París era ya famoso por su desatada imaginación, que le llevaba a contar los más inverosímiles relatos en los que, generalmente, él era el héroe. Al novelista ruso Elliah Ehreburg le hizo tan truculentas narraciones, que le inspiraron una novela de extraordinarias aventuras. Sus anécdotas eran bien conocidas en los estudios y cafés de Montparnasse. Con el menor pretexto provocaba una discusión para demostrar una teoría inverosímil, lo mismo si se trataba de arte, de literatura, de política, de astronomía, de arqueología, que de zootecnia, etc. Su sabiduría no tenía límites y se imponía de la manera más insistente. En una ocasión en que charlaba con un grupo de amigos en torno a la mesa de un café, refirió, como la cosa más natural, que había comido carne humana. Dijo también que tan sólo alimentándose de moscas se podía vivir largamente, porque estos animales poseían cualidades vitamínicas insuperables. Como alguno de los asistentes se negara a aceptar su teoría gastronómica y considerara absurdo que pudiera uno alimentarse de moscas, Diego, en menos de lo que se persigna un cura loco, pescó una mosca, le quitó hábilmente las alas, diciendo que eso no alimentaba, y se la comió ante la estupefacción de los contertulios, que lo veían masticarla y saborearla como si fuera un manjar.

La vida de Diego está llena de anécdotas divertidas. Una vez contó: “Cuando vivía en Guanajuato, en los días en que sólo contaba cuatro años, mi nana, que me había sacado a pasear por la ciudad, se empeñó en entrar en una iglesia, contra mi voluntad; pero obligado por la mano recia de la india, no pude resistir y entramos. Ya adentro, aprovechando que ella se dedicaba a rezar, me trepé al púlpito y les grité a las mujeres que estaban orando: ‘Viejas estúpidas, que vienen a perder el tiempo en vez de estar ocupadas en los quehaceres de su casa: no hay Dios, y que venga el cura a replicarme’. Y como yo era muy pequeño (apenas alcanzaba el borde de la cátedra) y la gente desde abajo no me veía, comenzó a asustarse al

escuchar esa voz que parecía venir de las oquedades del templo. Mi nana me andaba buscando desesperada, y apenas me descubrió, toda asustada y arrepentida de haberme llevado por la fuerza, me sacó a rastras de la iglesia. En ese momento, el cura salió de la sacristía, preguntando furioso quién era el hombre que se había atrevido a profanar ese lugar con tales gritos para fajarse con él; y como yo iba a responderle, mi nana me tapó la boca y me llevó lejos diciendo: ‘Muchacho arrastrado, exponiéndote a que te maten...’.

Su relato del coctel tiene una visión surrealista. Aconteció que, estando en alguna parte, apostó a que se bebería una mezcla de todo lo que hubiera allí. Tequila, mezcal, cinzano, coñac, ron, cerveza y finalmente gasolina que encontraron en una botella. Con un poco de hielo picado y bien batida, la sirvió en un enorme vaso y de un trago, sin respirar, se la tomó hasta el fondo. Inmediatamente sintió como una descarga eléctrica y salió dando un portazo. Caminó sin vacilación hacia un rumbo determinado y, de pronto, se halló frente a un enorme portón que abrió de un solo golpe, encontrándose en una inmensa sala al fondo de la cual un grupo de chinos, seguramente líderes, discutían su próxima revolución. “Al verme, como si me esperaran, me invitaron a subir a la tribuna, desde la cual yo les hablé en chino (idioma que yo no conocía), y les dije todo lo que debían hacer para que su revolución triunfara.”

Y hablando de acontecimientos revolucionarios, Diego explicó cómo, estando en Rusia a raíz del triunfo bolchevique, asistía a una reunión presidida por Lenin, y en cierto momento, el líder ruso, dirigiéndose a los concurrentes, les dijo: “Yo no sabía nada de cómo debía encauzarse la lucha y discutí con un joven mexicano la forma de dominar los acontecimientos. En esos momentos yo dudaba de lo que este joven me decía, pero las circunstancias me obligaron a seguir su consejo y triunfamos. Ese joven al que debemos la victoria está aquí y voy a presentarlo a ustedes: se llama Diego Rivera”.

Esto que nosotros llamamos una “vacilada”, adquiría en Diego unos ribetes singularísimos. Una vez, en Jalapa, yendo a visitar a Gabriela Mistral, quien no había podido subir hasta México a causa de su dolencia cardíaca, se encontró con un grupo de amigos, y en la conversación surgió la controversia de su origen netamente indígena, cosa que Gabriela impugnó con diversas razones en las que prevalecía la idea de que Diego, inclusive por su aspecto, era más bien mestizo, y hasta podría pasar por criollo. Diego,

inconforme, aducía como su mejor argumento tener el triángulo oscuro que al final del coxis caracteriza a los verdaderos indígenas. Gabriela se rió de esta afirmación, y Diego, con esa obstinación que le caracterizaba en los debates, replicó: “A las pruebas me remito”, y mientras todos protestaban, él “se quitó el decoro”, se bajó los pantalones y expuso su rotundo argumento al auditorio.

Acudíamos amigos y vecinos, en grupos, a la casa de los Cueto, y no era extraño que se alargara la mesa con el burro de la plancha para que cupiéramos todos, apretujados, pero desbordantes de alegría y de juventud. Las frases de ingenio se cambiaban con el plato que se pasaba al comensal de al lado, y la risa cundía rápida y retozona. Con voz arrebatada, Lupe Marín respondía a las punzantes ironías de Arqueles y, por momentos, el improvisado banquete era todo risas, bullicio y gayá sensación. De esta manera, las horas transcurrían con inagotable placer, pues, como en el imperio de Felipe II, el sol de nuestra alegría no se ponía jamás...

Eran tantas las inquietudes que se suscitaban en aquel ambiente de trabajo, de conversación o de intercambio de ideas, que un día alguien habló de hacer un teatro de muñecos. El entusiasmo se contagió, y como la pintora Angelina Beloff traía frescas muchas impresiones de los teatros de guiñol en Francia y en Rusia, aportó su experiencia, que recogieron hábilmente Germán Cueto y Lolita, Ramón Alva, Leopoldo Méndez, Graciela Amador. Se confeccionaron muñecos muy expresivos, vistosos y de característica personalidad, que se impusieran fácilmente al público infantil.

Otros de los asistentes a este círculo tomaron la iniciativa de escribir las comedias. Por lo que a este punto toca, la primera representación fue *El gigante*, de Elena Huerta, junto con *Viajeros del cielo*, de Germán List Arzubide, y unos bailables de Graciela (Gachita) Amador, con escenografía de Ramón Alva de la Canal. La belleza y novedad del espectáculo gustaron grandemente, y una noche llevé al secretario de Educación, licenciado Narciso Bassols, para que viera el teatrillo.

Conversando sobre el tema, le hice ver el valor pedagógico y recreativo del teatro de muñecos, y le sugerí que lo adoptara para las escuelas como un elemento estimulante de la imaginación infantil.

En medio de estas empresas, en que alternaban el trabajo y la divagación, surgía la pantomima, la comedia de la vida real con sus gracias y su placer intelectual. En los momentos en que yo salía de aquella casa, sentía

que se agitaban en mi vida ansias recónditas, en que la creación y la realidad me seducían misteriosamente; soñaba y me extraviaba en mágicas elocuencias, entregado a las delicias de la fantasía.

Las palabras resonaban en mi mente hasta cobrar una imagen poética que respondía a una emoción interior. Un potente sentimiento de confianza creativa se sobreponía a los contactos sociales; y el amor, como una fuerza, me proporcionaba elementos de una variedad infinita, que me parecía más vasta que la Historia y que los hombres. La criatura femenina se desprendía de toda sobrevivencia vulgar y se transformaba en experiencia cósmica. A veces, de una manera clara, y otras, con la vaguedad de un deseo, traducía aquel imperativo estético y moral. Lleno de un lírico frenesí, me lanzaba por el ámbito soledoso de la noche. Mi vida se cargaba de una extraña significación que coincidía con la identidad poética. Y yo sentía abrirse a mis pies el flujo de lo maravilloso.

## XVI

Cinco años habían transcurrido desde mi llegada a México, ricos de impresiones, de formación profesional, a la vez que de exaltación literaria. Había publicado dos libros de poesía y colaborado en los diarios y revistas más importantes. Fuera de mi participación en el Congreso Estudiantil, no había ingresado en ningún grupo, y menos aún en sociedad literaria alguna, por las que siempre he tenido aversión. Conocí, sin embargo, a muchos escritores y periodistas con quienes hice amistad. Me relacioné también con algunos abogados, y de mi vida en la Escuela recogí impresiones y afectos impecederos.

Lo que fueron aquellos días está ya muy lejos; pero en mi sensibilidad de hombre que une a su emoción la aptitud de reconocimiento de las cualidades y del carácter de las personas con las que la vida me hizo coincidir, se mantiene vivo en mi memoria.

En los últimos años de mi carrera, nuestra seguridad económica se había resentido considerablemente. Mi padre cifraba grandes esperanzas en un negocio de mucha cuantía. Él hizo denuncia de la herencia vacante del fundo petrolero de Juan Felipe, conocido por su inmensa riqueza, y cuya propiedad estaba detentando una compañía extranjera. Al presentarse él como denunciante, aseguró la propiedad de este riquísimo predio al Estado. Tales servicios son premiados con un porcentaje del 25 por ciento, según la Ley de Herencias y Legados. La justicia, aunque reconoció los derechos, no fue en verdad expedita para otorgar la recompensa al denunciante. Mi padre tuvo que hacer gestiones tan embrolladas y laboriosas que lo desalentaron, y para recuperar algo de lo que le correspondía, debió compartir sus utilidades con influyentes intermediarios, tantos y tan voraces, que la suma final se redujo a una centésima parte, cubierta en mezquinos abonos. Y como estos trámites habían exigido viajes y gastos, resultó el negocio más

desafortunado aún, el provecho fue a manos de trapaceros que no habían contribuido en nada al éxito judicial y que se repartieron, como un botín, el trabajo de mi padre.

Terminé mis estudios en la Escuela de Derecho y comencé a preparar mi tesis profesional, que versó sobre la cuestión agraria. Sobre algunos puntos de mi tesis me orienté con Antonio Díaz Soto y Gama, quien por haber intervenido en las luchas agrarias tenía gran experiencia en esta materia, y consulté también, para resolución de los casos prácticos legales, al licenciado Alberto Vázquez del Mercado, por quien tenía simpatía personal y cuya pericia me inspiraba confianza.

El mes de marzo de 1925 recibí mi título de abogado y fui con mi madre a revalidarlo a Toluca. Rápidamente hice las diligencias en el Palacio de Gobierno, y en la tarde estuvimos dando vueltas en los pórticos, observando allí, para llevar de regalo algo, verdaderamente insignificante, al alcance de nuestro bolsillo.

A la mañana siguiente regresamos a México, y unos días más tarde emprendí el viaje a Jalapa con el alma triste, como ocurre en todos los momentos en que sentimos que termina una etapa de nuestra vida. Veía el porvenir incierto. Mi época de estudiante había terminado. Me angustiaba la situación del hogar empobrecido. Por primera vez sentí la responsabilidad de ser hombre.

## XVII

Mi decisión de ir a Jalapa nació de mi encuentro casual con Alfonso Cravioto, con quien me unía una amistad tradicional, pues sus hermanos habían sido amigos de mi padre, y Alfonso me había dado ya pruebas de particular estimación cuando se encontraba en el Senado. Le confié mis proyectos y me dio una carta de presentación para el general Heriberto Jara, quien acababa de tomar posesión del gobierno de Veracruz. La carta estaba escrita con tan elogiosos conceptos de mí y con tan encarecida súplica a su compañero constituyente para que me prestara ayuda, que no dudé verme favorecido por el mandatario veracruzano.

Me trasladé a Jalapa, y la sola exhibición de esta carta a algunos de los magistrados del Tribunal Superior de Justicia me franqueó las puertas de la judicatura. Por fortuna, estaba vacante en aquellos días el cargo de juez primero de primera instancia del Distrito Judicial de Jalapa, y el Tribunal me designó para ocuparlo.

Los comienzos de mis funciones judiciales no fueron fáciles. Yo ignoraba todo lo concerniente a la práctica criminal, y el secretario, un estudiante de la Facultad de Jurisprudencia recién nombrado, no podía prestarme gran ayuda, a pesar de su buena voluntad. Yo me roía interiormente, como en los días de exámenes, y esto enturbiaba un poco la alegría con que en las frescas mañanas jalapeñas salía de mi hotel, convencido de la importancia de mi autoridad o, al menos, de mi claro título: juez primero de primera instancia. Por la tarde me llevaba algunos expedientes, revisaba las resoluciones, ponía atención a las fórmulas iniciales y procuraba retener la fraseología judicial. Ocultando mi inexperiencia a mis subalternos y aplicándome en silencio al desempeño de mis funciones, superé las inevitables dificultades del aprendizaje y comencé a moverme con más libertad y aplomo. La primera sentencia que dicté, en una causa de robo y lesiones que ofrecía algunas dudas, y de

la que el Ministerio Público, en desacuerdo conmigo, había apelado, fue plenamente confirmada por el Tribunal Superior de Justicia. El defensor, conforme con el fallo, dijo que mi juicio había sido salomónico.

Complacido con mi flamante nombramiento, remití la carta de Cravioto al general Jara, acompañada de otra mía en la que le comunicaba mi designación de juez y la satisfacción de estar colaborando en la administración de justicia del Estado. Después le hice una visita. Así dio principio una amistad que no quebrantaría ni el tiempo ni los vaivenes de la política.

Mis relaciones crecían en el gobierno. Aunque echaba de menos mi vida de México, trataba de acomodarme a las circunstancias. Los domingos iba de paseo a Coatepec, invitado por un amigo libanés. En el corredor de su casa, un grupo de tres o cuatro amigos nos sentábamos a beber, como aperitivo, el vino local. Almorzábamos con él los característicos platillos y dulces de su tierra, y luego me iba yo a la casa de una joven a quien cortejaba. El amor despejaba mi espíritu del morbo del tedio provinciano, como una lámpara cuyo resplandor me envolviera suavemente.

En una ocasión nuestro regocijo se enturbió con un incidente que estaba yo muy lejos de presentir en aquel pueblo, que parecía todo delicia y placidez.

Una vez que fui de paseo a Coatepec, acompañado de Raimundo Mancisidor y un chico de veintidós años, inteligente y generoso, al que llamábamos cariñosamente Larita, nos llegamos hasta la casa de mi pretendida, que estaba con dos amigas. Las invitamos a tomar un refresco y dar una vuelta por el parque. Al regresar del paseo, por parejas, Larita se había adelantado un poco, cuando de pronto le salió al encuentro un enamorado celoso de la joven que iba a su lado, y sin mediar palabra, en forma artera, le disparó a quemarropa, y todavía caído le hizo el último disparo.

Acudimos a las detonaciones, pero encontramos a nuestro amigo en el suelo, acribillado, mientras el asesino emprendía la fuga. Inmediatamente, auxiliados por algunos vecinos, levantamos al herido y lo transportamos a casa de la familia García Barna, que vivía a inmediaciones del lugar de los hechos. Larita sobrevivió aún algunas horas, que pasamos a su lado con el dolor de saber, por declaración del médico, que las heridas eran mortales. Fue una noche angustiosa y terrible. Todos estábamos consternados y no podíamos explicarnos la irracionalidad del homicidio. Yo me asomaba a ratos a la quietud de aquella noche, que sentía estremecida de horror. Está-

bamos como abandonados de toda confianza protectora. Me repugnaba la monstruosidad de este crimen absurdo, y obstinadamente pensaba en los padres de mi amigo y en su desesperación cuando supieran al día siguiente la tragedia.

Este acto funesto y otros muchos desafueros sangrientos que ocurrían en el estado me indujeron a llamar la atención pública para conjurar el desencadenamiento de la violencia. El intemperante que se encuentra armado, fácilmente se deja arrebatar por la ira y es capaz de consumir el más alevoso asesinato. Por esta razón lancé un manifiesto, asociado a otros compañeros, para denunciar la bárbara costumbre de llevar pistola al cinto y reclamar la inmediata despistolización, con el fin de asegurar la justicia dentro de los caminos legales y prevenir así la amenaza de actos sangrientos. La dureza de la recriminación en que se expuso la cobardía del hombre empistolado no dejó de producir cierto resentimiento en quienes fundaban su insolencia en el uso de las armas puestas al servicio de sus pasiones y sus abusos. Estas declaraciones, encaminadas al respeto del derecho, hallaron, en cambio, eco en muchas conciencias, e inclusive en otros estados fueron recibidas con manifiesto beneplácito. Desgraciadamente me encontré con que el pistolero es un fenómeno social de muy hondas raíces, que no es fácil liquidar con un decreto. Por otra parte, la inseguridad que reinaba entonces en muchos lugares del estado creaba una explicable desconfianza, pues el inerme se sentía psicológicamente más inseguro, y procuraba garantizarse, a su vez, con sus propias armas, lo cual creaba un círculo vicioso que sólo el tiempo, la educación y virtudes neutralizantes más poderosas llegarán a romper algún día. Consecuente con mi convicción, cuando fui diputado me presenté siempre desarmado a todas las asambleas, contra la costumbre que imperaba entonces.

En los anales del pistolero fue célebre el caso de Salvador Díaz Mirón, que hirió, mató y recibió lesiones en diversos lances. En una ocasión pidió al gobierno de la dictadura que le permitiera ir a combatir al guerrillero Santana Rodríguez, alias *Santanón*, de lo que Tablada hizo chacota:

Hay vates de pistolita  
y vates de pistolón:  
unos van a Santanita  
y otros van a Santanón.

Siendo director de la Escuela Preparatoria de Veracruz le abrió la cabeza de un pistoletazo a uno de los alumnos. Para justificarse, dijo, con gesto soberbio, que le había faltado al respeto y que “el villano había caído a sus pies”. El “villano” tenía catorce o quince años, y la falta de respeto no era sino una inconsecuencia pueril.

A pesar de estos excesos, un grupo de sus admiradores le preparaba un homenaje, que no se definía, pues constantemente surgían proposiciones a cual más disparatadas. Indignados, dirigimos al poeta Rafael López, presidente del comité, el siguiente mensaje:

“En vista calentamiento cabeza ese comité para encontrar digno homenaje a poeta Pérez Mirón, sugerimos consista en pistola con inscripción memorables hazañas.”

La sección ferrocarrilera de Jalapa envió después otro telegrama de protesta, amenazando con hacer un paro si se insistía, y el homenaje no tuvo lugar.

Muy diversas causas debían contribuir a consolidar mi amistad con el general Jara, cuya primera prueba se hizo sentir en mi ejercicio judicial. En una ocasión en que un militar de alta graduación, que blasonaba de íntima amistad con el ejecutivo, pretendió que yo fallara en sentido favorable a sus intereses un asunto en que no le asistía razón, me negué terminantemente, y como algunos magistrados me hicieron sentir su parcialidad, manifesté mi decisión de renunciar antes que conculcar la Justicia, lo que llegó a oídos del general Jara, quien molesto porque se pretendiera involucrar un compadrazgo en un acto violatorio, me mandó decir con el coronel Fernández Pinto, jefe de su Estado Mayor, que no renunciara y que me atuviera estrictamente al dictado de mi conciencia y de la ley. Quizá por esto el general Jara me tomó una gran confianza, seguro de mi rectitud. En las ausencias del abogado consultor del gobierno, aunque sin abandonar mi cargo de juez, me llamaba para consultarme cuestiones de índole legal, y cuando el secretario general de Gobierno, licenciado Gonzalo Vázquez Vela, renunció para ocupar el cargo de subsecretario de Gobernación en el gobierno del general Calles, el general Jara se fijó en mí para sustituirlo.

Una noche en que conversaba de sobremesa en casa de mi entrañable amigo el doctor José Maín, vino a buscarme uno de los ayudantes del gobernador. Una llamada a esa hora me hizo presentir que algo importante me aguardaba.

Pasaban ya de las diez cuando llegué a casa del gobernador. Su asistente me indicó con una seña un saloncito amueblado con un ajuar de ojo de perdiz, donde me senté. No tardó en aparecer “el viejo”, como le decían sus ayudantes, aunque sólo contaba entonces cuarenta y cinco años. Tenía la cabellera ligeramente gris, alborotada. Se disponía ya a acostarse y vestía una bata de lana café. Se me figuró que estaba algo malhumorado. La verdad es que no era para menos, por todas las intrigas que se urdían en torno a su gobierno y lo obligaban a una lucha constante. El general Jara me explicó las circunstancias en que se encontraba el gobierno, la necesidad que tenía de salir del estado para tratar importantes asuntos con el gobierno federal y el deseo de que fuera a ayudarlo como secretario general de Gobierno. Examinamos el panorama político, y me habló concretamente de ciertos asuntos.

Sentí la emoción que produce todo golpe de suerte. Me despedí con expresiones de reconocimiento y regresé a pie por la calle de Juárez hasta mi casa. Quise entregarme al sueño, pero me costó trabajo cerrar los ojos, exaltado por las prefiguraciones de mi nuevo valimiento.

Al día siguiente me presenté a su despacho, en palacio, a recabar el acuerdo para asumir el cargo con los más entusiastas propósitos.

Tal como él me lo había prevenido, a los pocos días salió para la Ciudad de México, dejándome como gobernador interino.

Tuve la alegría de llamar a mi padre, que acompañado de una de mis hermanas vino a pasar unos días conmigo, doblemente gozoso de verme en una situación preeminente y de estar a mi lado. En unión suya pasé ratos muy agradables. Después de mis tareas salíamos a pasear y juntos hacíamos proyectos para el futuro; entre estos figuraba, en primer término, el de que con toda la familia viniera a residir a Jalapa. Con esta promesa nos despedimos, sin adivinar las pruebas que nos reservaba el destino.

Con la imaginación me representaba los días felices que pasaría en Jalapa con mi familia. Alquilé una casa en la calle de Carrillo Puerto y la mandé pintar y arreglar convenientemente para recibir a los míos. Quería agasajarlos en forma que les hiciera olvidar las penalidades que habían padecido en los últimos años.

La casa era muy característica del estilo de Jalapa; entresolada, con vestíbulo y una serie de habitaciones espaciosas dispuestas en torno de un patio con una fuente en el centro. Los sombreados corredores estaban adornados y alegres con flores, que yo sabía encantarían a mi madre.

¡Con qué placer intervine en los detalles de este arreglo y qué ingenua alegría me embargaba en los preparativos de la inminente llegada! Todo estaba dispuesto para empezar una nueva vida, y fui con mi amigo Maín a esperar la llegada del tren de México. La familia estaba allí por fin. Después de los abrazos y saludos emocionados, nos encaminamos a casa de mi amigo para descansar y esperar la llegada del día. Mi padre, que se sentía fatigado del viaje, se fue a reposar, y nosotros, después de conversar un rato, decidimos ir a dormir un momento. Desperté cuando estaba alto el sol y salí, después del desayuno, a inspeccionar ciertos trabajos por el rumbo del estadio. La mañana era una verdadera delicia: el paseo de Los Berros exhalaba una grata frescura y las lomas que circundan aquel paraje ofrecían un aspecto joyante. Contemplaba la Naturaleza, y el respirar a pulmón lleno me daba una sensación de intensa felicidad, cuando vino a mi encuentro Raúl Morales, amigo íntimo de mi familia, a decirme que me llamaban de casa. Comprendí que se trataba evidentemente de algo grave, porque en el trayecto me dijo que mi padre había sufrido un ataque, y por la preocupación que mostraba su rostro tuve la impresión de algo más desafortunado. Al bajar del automóvil y atravesar el umbral me asaltó el temor de que mi padre hubiese muerto. No me cupo entonces ya duda de mi infortunio y entré precipitadamente a la recámara, donde, efectivamente, mi padre dormía ya para siempre. Nadie se había dado cuenta de su muerte: una embolia o un ataque al corazón lo había fulminado durante el sueño. Tenía el rostro apacible, como si no hubiera experimentado ningún dolor. Mi madre se empeñaba en creer que su quietud y rigidez eran efecto de un ataque cataleptico, y con un arraigado sentimiento de apego al esposo con quien había compartido su vida durante largos años de felicidad se negaba a admitir la terrible realidad. Yo sentí que todo se trastornaba y que desde ese instante el mundo había cambiado para mí. Era una inconcebible lección de dolor. Después de besarle en la frente hundí la cabeza en la almohada y me puse a sollozar inconsolable. Estaba yo tan angustiado y con tan desolado espíritu, que mi amigo Maín tomó la iniciativa de ordenar los funerales, llamar a mi hermana María, que vino de Veracruz, y disponer el sepelio, el cual se efectuó al día siguiente en el viejo panteón.

Haciendo un esfuerzo de voluntad presidí el funeral, y después de que los restos de mi padre fueron cubiertos por la tierra, me volví con el alma transida a encerrarme en mi casa.

Pero al día siguiente, sobreponiéndome a mi dolencia, tuve que reanudar el despacho de los asuntos públicos, pues no era posible sustraerme a los deberes del cargo. Entendí que esto formaba parte de mi sacrificio, y me formulé la idea de que mi padre había hecho ese viaje como si simbólicamente hubiera venido a poner bajo mi responsabilidad a mi madre y a mis hermanas.

Por momentos desfallecía, al sentir el luto de mi casa, el estado inconsolable de mi madre y la tristeza de mis hermanas. Silencios prolongados dominaban la hora de las comidas. De vez en cuando alguna de las chicas se levantaba de la mesa para desahogar su pena. Cuando llegaba yo de mi oficina entraba al cuarto de mi madre para besarla y refugiarme luego en la gran sala-biblioteca, donde me llegaba el rumor extraño del rosario que rezaban un grupo de amigas reunidas en su habitación.

Mi madre estaba desgarrada por el dolor, no podía concebir la vida sin el admirable esposo que había sido mi padre. Años más tarde me confió que no se sentía entonces con fuerzas para vivir, pero que una noche tuvo la sensación más que real de que mi padre le decía: “No estás sola; estoy aquí, cerca de ti, y nunca te dejaré”. Esto le dio ánimo, y toda su vida conservó el sentimiento de su presencia, que la reconfortó.

Contemplando el pasado de mi vida, sentí todo el contraste que me separaba de las jornadas de mi niñez, y que un sufrimiento nuevo había penetrado en lo más íntimo de mi alma. En las horas de soledad en que me recluía en mi biblioteca o en mis solitarios paseos por el parque de Los Berros pensaba constantemente en mi padre, y a las imágenes que me despertaba esta o aquella circunstancia se mezclaba poderosamente la angustia de saber que ya no lo tendría a mi lado y que nunca jamás volveríamos a vernos. El deseo de consuelo y la esperanza de una comunicación extraterrena me ilusionaba por instantes, mas el sentido dramático de la muerte volvía a imponerse sobre mí, dejándome hundido en una extraña angustia y en un doloroso abandono. Las ideas de la muerte, que tan ligeramente rozan nuestra mente cuando estamos lejos de su realidad, me herían profundamente en las condiciones en que me encontraba y, de una manera obsesiva, oprimían mi ánimo. Yo elaboraba mil teorías y conjeturas para resolver esta cuestión que acudía insistentemente a mi espíritu. Pero mi experiencia se traducía, irremisiblemente, en pesadumbre, pues no advertía yo ninguna seguridad de un encuentro en el infinito del más allá.

Empero, la lectura del *Fausto*, poderosamente emocional y sugestiva, y de los *Diálogos*, de Platón, sobre el alma, generaban en mí corrientes de esperanza que yo mismo trataba de aprovechar para mi consuelo. El arte, desde mi infancia, ha sido para mí un refugio que ha renovado mis energías vitales; a él acudía yo, y por un instinto oscuro, pero inquebrantable, buscaba los caminos de la creación luminosa, lo que al fin lograba calmarme.

En tal estado de espíritu me movía y sentía la presencia de una armonía intangible que me comunicaba una fuerza interior, y así iba superando la crisis de dolor que me agobiaba, participando con más ánimo en la comunicación humana y en las instancias del inmediato vivir.

En 1927 publiqué, bajo la advocación de Goethe, *Poemas interdictos*. La vida moderna, los viajes, la ausencia, la ansiedad, el amor, son los temas preferentes. La modernidad se expresa más que en el tema en la confrontación de éste con el yo, en un justo equilibrio entre la técnica y la emoción poética. Realidad sentida a través de sensaciones líricas y de una evocación múltiple. El poema inicial, “Canción desde un aeroplano...”, es al mismo tiempo una declaración de principios y una síntesis de mi ambición poética.

Estoy a la intemperie  
de todas las estéticas;  
operador siniestro  
de los grandes sistemas,  
tengo las manos  
llenas  
de azules continentes.

El poema termina:

Soledad apretada contra el pecho infinito.  
De este lado del tiempo,  
sostengo el pulso de mi canto;  
tu recuerdo se agranda como un remordimiento,  
y el paisaje entreabierto se me cae de las manos.

En otros poemas procuré dar al lenguaje un potencial emotivo capaz de suscitar una impresión intensa y vivaz. Juventud, deporte, delicia amorosa, nos-

talga, ironía, bañan la atmósfera de esos poemas que proyectaba mi sensibilidad. Imágenes y transposiciones constituían la clave del enigma poético:

Llegaron nuestros pasos hasta la borda de la tarde;  
el Atlántico canta debajo de los muelles,  
y presiento un reflejo de mujeres  
que sonríen al comercio  
de los países nuevos.

El humo de los barcos  
desmadeja el paisaje,  
brumosa travesía  
florecida de pipas,  
¡oh rubia transeúnte de las zonas marítimas!,  
de pronto eres la imagen  
movible del acuario.

Hay un tráfico ardiente de avenidas  
frente al hotel abanicado de palmeras.

Te asomas por la celosía  
de las canciones  
al puerto palpitante de motores  
y los colores de la lejanía  
me miran en tus tiernos ojos.  
Entre las enredaderas venenosas  
que enmarañan el sueño  
recojo sus señales amorosas;  
la dicha nos espera  
en el alegre verano de sus besos;  
la arrodilla el océano de caricias,  
y el piano  
es una hamaca en la alameda.

Se reúne la luna allá en los mástiles,  
y un viento de ceniza

me arrebató su nombre;  
la navegación agitada de pañuelos  
y los adioses surcan nuestros pechos,  
y en la débil memoria de todos estos goces  
sólo los pétalos de su estremecimiento  
perfuman las orillas de la noche.

La Revolución Mexicana me apasionó, sentí su honda significación y traté de imprimirle un sentido estético, sacrificando todo sufragio político a la autenticidad poética:

El viento es el apóstol de esta hora interdicta.  
¡Oh épocas marchitas  
que sacudieron sus últimos otoños!  
Barrunta su recuerdo los horizontes próximos  
desahuciados de pájaros,  
y las corolas deshojan su teclado.

Después de la matanza  
otra vez el viento  
espanta  
la hojarasca de los sueños.

Sacudo el alba de mis versos  
sobre los corazones enemigos,  
y el tacto helado de los siglos  
me acaricia en la frente,  
mientras que la angustia del silencio  
corre por las entrañas de los nombres queridos.

Para los trabajos editoriales llamé a Jalapa a algunos amigos que estaba seguro responderían entusiásticamente a mis proyectos. A Germán List Arzubide le confié la dirección de la revista *Horizonte*, que además de su moderno sentido literario tuvo una clara proyección social, y cuya presentación tipográfica estuvo a cargo de Ramón Alva de la Canal y Leopoldo Méndez, quienes la ilustraban con dibujos y grabados. La colección de *Horizonte* pu-

blicó, además de *Poemas interdictos*, *El movimiento estridentista*, de Germán List Arzubide, y *Un crimen provisional*, de Arqueles Vela. Otra de las actividades editoriales fue la de la Biblioteca Popular, donde aparecieron los ensayos de Rafael Nieto sobre el petróleo, y la novela *Los de abajo*, de Mariano Azuela, en sencillas pero pulcras ediciones; se inició la Biblioteca del Estudiante y se imprimieron numerosos folletos sobre palpitantes cuestiones de la vida nacional. Llevé como director de la Escuela Preparatoria al poeta y educador Eduardo Colín, experto en disciplinas universitarias, que aportó su experiencia para la renovación de los programas de estudios y métodos escolares.

Conseguí también que músicos entendidos compilaran los sones dispersos por las regiones de Medellín y Cotaxtla, muestras de gran pureza del folclore veracruzano.

Para lograr esta labor fue necesario adquirir y montar con toda diligencia una imprenta dotada de las más modernas máquinas e implementos. Yo tomaba parte muy activa en estas obras y me encontraba constantemente atareado, alternando mis labores administrativas con mis aficiones literarias, y mi contribución pedagógica, con una cátedra en la Escuela de Leyes del Estado.

Más de una vez pasó por mi imaginación la idea del anclaje en el matrimonio. Poníame a considerar la dicha que podría encontrar cerca de una mujer comprensiva y afectuosa y pasaba revista a las muchachas que estaban dentro del ámbito de mi juventud. Jalapa ha sido siempre ciudad de hermosas mujeres y era fácil discernir la gracia femenina y la fineza gentil. Conocía personalmente a muchas de estas encantadoras jóvenes, conversaba con ellas en los bailes, las saludaba casi a diario y las encontraba en reuniones y visitas. Consideraba largamente sus encantos, y mi imaginación se expandía en los más singulares sentimientos. La una tenía una gracia de porte, la otra una ternura en el mirar; aquélla, una cadencia en el paso, y alguna más, un trato de suprema elegancia. Pero el matrimonio se me presentaba de pronto como una grave resolución que comprometía mis más arraigadas aspiraciones, mi vida intelectual, mi libertad de decisión; dejaba pasar el tiempo y me encerraba en el transporte de mi obra literaria. Sin embargo, alguna de las que más cerca estaba me parecía ofrecer la mejor promesa para esta vida deseada, y yo la sentía palpitar con una íntima esperanza. Pero el gran caminador de rumbos que en mí bullía me apartaba de estas tentaciones,

que yo rebajaba con el mote de burguesas, anhelante de la libertad absoluta y la conquista de las formas superiores del arte.

Recogiendo aquellos instantes de mi lejana juventud, que tuve el privilegio de convivir con la belleza y la ternura humanas, siento el dolor del tiempo desaparecido, que aquellas adorables sombras tornan nostálgico, y en esta página, como en una balada provenzal, les envío la ofrenda de un recuerdo reverente.

Fuera de las tareas oficiales, especialmente los sábados al mediodía, nos reuníamos a comer en un cenador del Casino Español, que ofrecía una vista agradable, con sus árboles y plantas, cercado de un silencio y una paz propicios a la conversación.

Alrededor de la mesa alternábamos las discusiones serias sobre las actividades culturales del gobierno con los propósitos festivos que animaban la reunión. Y de este modo transcurría una parte de la tarde, que después rematábamos en mi biblioteca, donde leíamos y comentábamos algún libro nuevo.

A estas tertulias vino a agregarse el doctor Ignacio Millán, que desde Veracruz, donde era jefe de la Oficina de Sanidad del Puerto, advirtió la viva actividad que desplegábamos en Jalapa. El diálogo inteligente con Millán, siempre atento a todas las corrientes del pensamiento, nos trajo su curiosidad y sus afanes especulativos. Venía siempre con alguna edición novísima o una información bibliográfica. En este punto, Eduardo Colín, lector infatigable, adelantaba sus críticas en el modo que le era peculiar; en los momentos eufóricos en que comentaba algún libro con expresiones felices y coloridas, más que en su prosa artificiosa, se revelaba la fineza del artista de charla aguda y espiritual.

Mi amistad con Millán era rica de interés y de experiencia humana. En una ocasión me trató una cuestión que consideré de gran responsabilidad y que exigía inmediata solución. Para combatir el abigeato, las autoridades federales habían tomado disposiciones severas e inhumanas, pues cuando se aprehendía a uno de esos hombres *in fraganti* se le fusilaba en el sitio, lo cual, además de constituir una violación constitucional, porque privaba al inculpado de juicio y posibilidad de defensa, se prestaba a abusos inicuos y venganzas. De este modo, en vez de hacer eficiente la justicia, se la vulneraba en sus bases y se favorecía el autocratismo de los jefes militares. Aunque era domingo, busqué al general Jara para que se dirigiera al jefe de operacio-

nes militares, que a la sazón era el general Arnulfo R. Gómez, pidiéndole que suprimieran esas ejecuciones y que los inculpados fueran sometidos a juicio. Millán desempeñó con éxito esta comisión, y el resultado fue la adopción del camino legal. Según me refirió el propio Millán, el general Gómez tenía en su despacho un retrato del general Porfirio Díaz, y entre sus sueños presidenciales miraba a la figura del caudillo oaxaqueño como ideal al que había de seguir y emular.

La acción del general Jara en el gobierno de Veracruz se había iniciado en forma verdaderamente pujante. Se empeñó en mejorar la capital del estado, dotarla de buenos servicios públicos y pavimentación; hizo construir calzadas de circunvalación para facilitar el tránsito. Levantó el magnífico estadio, aprovechando la bella disposición natural del terreno en las colinas que circundan la ciudad por el monte de Pacho, desde donde se contempla el panorama de Jalapa. Este estadio, de audaz arquitectura –el más hermoso de la república–, lo construyó Jara con el sueño de que fuera el centro de reunión de la juventud y que, en sus alrededores, se levantara la Ciudad Universitaria, destinada a su formación intelectual, estética y humana.

Todos los impulsos del general Jara eran los de un hombre que, habiendo servido lealmente a la Revolución, sentía la necesidad de promover esta realización de orden superior. Yo tuve la suerte de asociarme a este esfuerzo generoso de exaltación de los valores morales introducidos por el movimiento social. Paralelamente a estas obras se iniciaron otras de trascendencia pública en torno a la salud y al bienestar de pueblo, atacando problemas que exigían una atención preferente. En el ramo de carreteras se mejoraron las existentes y se abrieron otras nuevas, se erigieron numerosos edificios escolares y se favoreció el desenvolvimiento de las organizaciones obreras y campesinas.

Yo comprendí toda la pasión, todo el amor que este hombre extraordinario puso en su obra de gobernante, y con idéntico entusiasmo me ocupé de la obra cultural, que no obstante las limitaciones del ambiente trascendió más allá de los confines del estado y aun de la república.

En las mañanas, después de jugar al tenis o montar a caballo, llegaba yo a palacio y comenzaba a despachar con los jefes de departamento, reservando la correspondencia que debería someter a la consideración del gobernador. A pesar de su aire adusto, el general Jara tenía destellos de humorismo. Una vez que iba a firmar un oficio dirigido al obispo de Ve-

racruz en respuesta a otro de este prelado, que firmaba con su nombre y una crucecita, se me quedó mirando muy serio: “¿No le parece a usted –me dijo– que yo también debería firmarme únicamente Heriberto y poner un machete como rúbrica?”.

Su secretario particular, Tinajero, era un espíritu retozón que le seguía el buen humor. A veces le anunciaba las visitas con charadas o con señas que las individualizaban claramente.

Al mediodía, cuando terminaba yo con mis acuerdos, llegaban a verme algunos diputados con quienes tenía buenas relaciones; el general Miguel Alemán y José Mancisidor, líderes de uno de los bloques de la Cámara, y del otro, Pavón Flores y Araiza. Salíamos al balcón a conversar de política o a reír de alguna broma. Esto me servía de reposo antes de sentarme a firmar los alteros de correspondencia de la secretaría. Desde el balcón abrazaba un aspecto de la ciudad; veía a los transeúntes que pasaban y repasaban de la calle de Enríquez hacia el parque y viceversa, los grupos de jugadores de naipes y dominó en el portal del Hotel México, la entrada y salida de muchachas de la catedral. Una grata sensación de salud y de fuerza me hacía respirar la brisa fresca del Cofre de Perote, cuyo panorama se avistaba hacia la izquierda en la transparencia de la mañana bañada de sol.

Un día que me encontraba rodeado de algunos de estos amigos recibí la visita de John Dos Passos, que atraído por el movimiento vanguardista se había llegado hasta Jalapa con la recomendación de no sé quién. Era hombre de unos treinta y tantos años, fuerte, ligeramente cargado de hombros, con lentes de extraordinario grosor. Le hice visitar la ciudad y los alrededores, y después de la comida leyó mi poema *Urbe*, que le gustó y tradujo al inglés. Dos Passos fue la primera persona en sugerirme que escribiera mis memorias, cosa en la que estaba muy lejos de pensar entonces, pues me parecía, y así lo dije, que debía acumular más recuerdos y experiencias y cierto desprendimiento del tiempo, para asegurarme de su interés.

El general Jara siguió en sus tareas cívicas de gobernante, acometiendo y multiplicando con igual ardimiento diversas obras de mejoramiento social y material para la comunidad. Para llevar a cabo éstas, contaba con los recursos del Estado y con los adeudos de la federación, que por los diversos conceptos (regalías petroleras, estancias de presos federales, etc.) importaban sumas de consideración. Pero el gobierno federal, en vez de cumplir

con dichos compromisos, retuvo sistemáticamente los pagos, de manera que resultó imposible sostener los gastos presupuestales, afectando también a los sueldos de los maestros y empleados públicos. No sé si esta política fue movida por el recelo del irradiante prestigio de la obra jarista o resultado de inquina de funcionarios que, con soberana impunidad, conspiraban contra los intereses de Veracruz. Con idénticos propósitos, la Secretaría de Industria detuvo todas las gestiones, encaminadas a recuperar adeudos de las compañías petroleras, estorbó con fuerza federal los embargos promovidos por el gobierno de los pozos petroleros, perforados arbitrariamente por las compañías extranjeras en terrenos que no eran de ellas, sino de legítima propiedad del Estado. Solamente lo que esas compañías habían extraído, en forma deshonesto e ilegal, se calculó entonces en treinta millones.

En esta obra de rescate de los intereses del Estado, los licenciados Eugenio Méndez y Francisco Escudero, representantes del gobierno, hicieron una inteligente y patriótica labor. Esta fue la primera acción legal y enérgica que se emprendió en contra de esas empresas usurpadoras que tanto mal y por años hicieron al país.

Por funestos conjuros de las compañías petroleras fue asesinado el íntegro juez del Distrito Judicial de Pánuco, licenciado Francisco Méndez, a cuya ejemplaridad debe rendirse tributo.

Supongo que otra causa de malquerencia en contra del general Jara era el apoyo que daba a los enemigos de Obregón y Calles. Pero a él esto nada le importaba. El general Francisco J. Múgica, gobernador de Michoacán, y el profesor Aurelio Manrique, gobernador de San Luis Potosí, a su caída se refugiaron en Veracruz y recibieron su protección. A ambos veía yo con frecuencia, y solíamos pasear por el parque, en las noches. Múgica era apasionado y arbitrario, aunque de tendencia progresista. En cuanto a Manrique, más reflexivo y sereno, nunca le oí una palabra violenta en contra del general Calles.

El daño causado por el erario veracruzano se fue agravando, y de día en día las obstrucciones de la federación y su mala disposición en contra del gobierno local se hicieron más apasionadas y tenaces. Esto provocó disensiones entre los poderes y divisiones en el seno de la Cámara local en daño de su función pública. La Legislatura se dividió en dos grupos; uno, que nombró gobernador al secretario particular del jefe de operaciones, y otro, que se mantuvo fiel al gobierno constitucional del general Jara.

Las cosas habían llegado a un punto de violencia tal, que parecía que de un momento a otro iba a producirse un choque armado. Ambos bandos ocupábamos el mismo Palacio de Gobierno, pero nosotros en situación desventajosa, confinados a tres o cuatro salones de la planta baja, con entrada por la espalda del edificio, mientras los otros, sostenidos por el jefe de las operaciones militares, general Jesús Aguirre, habían invadido la planta superior, desde donde avizoraban nuestros movimientos.

Todo esto ocurría a mediados de 1927, precisamente cuando la disputa por la presidencia de la república se hacía más enconada y la rebelión del general Arnulfo Gómez desbordaba hacia Veracruz, de modo que el menor pretexto hubiera bastado para inculparnos de sedición y castigarnos sangrientamente.

Con artero designio, nuestros enemigos buscaron afanosamente la forma de identificarnos con los grupos levantados en armas, pero la serenidad y el tino del general Jara, presentándose rápidamente en la capital, nos salvó de esta asechanza.

Me refirió después el general Jara que de la estación de ferrocarril se había ido a Chapultepec (entonces residencia presidencial), y que en la terraza del castillo había presenciado la dramática escena en que la esposa del general Serrano había intentado salvar la vida de éste, sin que sus lágrimas lograran ablandar al general Calles.

Entre los incidentes a que dio lugar aquella lucha de facciones debo contar cómo fui agredido y estuve a punto de verme envuelto en un trance peligroso. Amparado en mi limpia conducta, salí a la calle sin imaginar que se preparaba una violencia en mi contra. En el momento en que doblaba la esquina próxima a mi casa, me salieron al paso tres esbirros armados, con la intención de aprehenderme, y si me resistía, asesinarme. Pero dio la feliz circunstancia de que un amigo mío, hombre de temple, el diputado federal Eduardo Garrido, llegó en ese instante, y considerando rápidamente la situación, desenfundó la pistola y conminó a los asaltantes a retirarse; me subió a su automóvil y desaparecimos ante la vista de los perplejos polizontes. Nos dirigimos a su casa; allí permanecí algunas horas, y en la noche me trasladé a la casa del ingeniero Domínguez, donde previamente un amigo de toda mi confianza había concertado mi refugio.

Por conducto del ingeniero Domínguez estaba yo enterado de lo que ocurría en la ciudad. A veces, las noticias eran extraordinariamente dra-

máticas, como cuando me refirió la aprehensión de los generales Arnulfo Gómez y Adalberto Palacios, que se habían hecho fuertes en la serranía cercana a Perote.

El juicio en su contra tuvo un carácter sumario: los condenaron a muerte, y sin más diligencias los condujeron al panteón de Jalapa, seguidos por una multitud ávida de presenciar el espectáculo del fusilamiento, a la que el general Palacios increpó, pidiéndoles que se retiraran, “porque la muerte de un hombre no era una diversión...” El general Gómez se hallaba muy decaído, mientras Palacios se mantuvo sereno y murió con gran entereza.

En mi encierro sentí profundamente este drama en que dos hombres que no me eran extraños, especialmente Palacios, caían acribillados por un poder implacable. Una vez más la imagen sangrienta que había herido mis ideales juveniles en los días del delahuertismo se proyectaba ante mi vida. Veía nuevamente los días trágicos de las asonadas y de las represiones furiosas, en los que se destacaban hechos de bravura que merecían una justificación más legítima.

Y esta reclusión forzada resultó para mí de provecho literario, porque entre los libros que había en la vasta recámara que me asignaron en el fondo de la casa, figuraba un ejemplar de *El Quijote*, que yo me di a leer, olvidándome de las intrigas, los odios y las perversas intenciones que se agitaban allá fuera. Mi imaginación encontró en aquella hermosa lectura un agradable solaz, y en vez de sentirme oprimido por mi confinamiento, el tiempo pasó rápido, como si se tratara de encantadas horas de libertad. Mientras tanto, el Congreso de la Unión, obedeciendo a interesadas insinuaciones de los enemigos del general Jara, decretó arbitrariamente desaparecidos los poderes constitucionales del Estado. Pero a pesar de los diputados, que pretendían repartirse el botín, asumió el gobierno provisional el senador independiente profesor Abel S. Rodríguez.

Aunque el nuevo gobernador me invitó a quedarme, no me pareció propicio el aire que se respiraba en Jalapa luego de la ruina de nuestros esfuerzos, a la que habían contribuido, con sus torpezas, hasta nuestros propios amigos, y preferí regresar a México.



## XVIII

Me apresuré a dejar Jalapa con toda la familia. Después de la derrota, aquella casa me parecía más desolada, y me instalé en la capital, donde el ámbito de posibilidades era menos circunscrito. La provincia, sin embargo, había satisfecho un momento de mi vida; tuve muchas experiencias de orden administrativo y judicial, el trato con gente de muy diversa condición, el conocimiento de los hombres y de sus pasiones, lecturas provechosas que completaron mi educación y una obra literaria que apuntaba hacia nuevas realizaciones estéticas.

Para cambiar de ambiente, me fui a la recién descubierta Taxco, adornada con su bella iglesia de Santa Prisca. Su encanto de retiro la hacía espiritual y grata. Después seguí hacia Acapulco, que entonces conservaba su belleza prístina; sus litorales tenían un encanto salvaje, y aunque los albergues no eran nada cómodos, uno se reconciliaba con estas asperezas en medio de aquel admirable paisaje. Allí encontré al general Jara, y casi olvidamos nuestras amarguras, recorriendo cerros y quebradas.

Visto el panorama de la bahía desde los cerros, es de un esplendente azul. En las playas, un rítmico oleaje transporta sus cargamentos de espuma. Con el catalejo explorábamos el horizonte, tratando de identificar los raros barcos que se avistaban. En algunos parajes, una vegetación lujuriosa nos amparaba en las horas de fuego.

Los árboles y enredaderas formaban una cortina verde en el corredor de la pensión, donde a veces instalaba mi hamaca. Pero las impresiones más agradables eran las inmersiones en el mar por las mañanas, temprano, a las que sucedían los desayunos de frutas y mariscos en el mercado, y en los tibios atardeceres, nuevamente el baño jubiloso en las playas, exentas en aquellos días del bullicio de los turistas, hasta que llegaba la noche reluciente de estrellas.

A veces, el General me hablaba de incidentes de la Revolución o de cosas que le gustaba recordar.

Me contó que había peleado al lado de Camerino Mendoza y de Lucio Blanco. Éste hizo el primer reparto de tierras en Matamoros antes de que se publicara en Veracruz la famosa Ley del 15 de enero de 1915.

Siendo jefe de la brigada Ocampo, recibió órdenes del primer jefe del Ejército Constitucionalista para apoderarse rápidamente de la plaza de Progreso y conjurar así la amenaza de que desembarcaran los americanos en la península de Yucatán. Al frente de la misma brigada le tocó entrar en Veracruz, cuando los invasores evacuaron el puerto.

Entre los muchos cargos que ocupó el general Jara durante el periodo preconstitucional figura el de gobernador y comandante militar del Distrito Federal. Con motivo de un conflicto surgido entre la Compañía de Luz y Fuerza y los tranviarios, me refirió que había mandado citar al gerente, un inglés, que poco caso hacía de las autoridades mexicanas, pues no se tomó el trabajo de acudir sino hasta el tercer o cuarto citatorio. “Cuando se presentó a la audiencia -me dijo el General-, lo tuve esperando a su vez, y a las once de la noche, en que salí de mi despacho y quiso abordarme, le dije que esperara y me fui a cenar. Sólo lo recibí al día siguiente, después de tenerlo en la antesala toda la noche, para que aprendiera a respetar a la autoridad, como seguramente lo acostumbraba hacer en su país.”

Me contó también que en vísperas de que las fuerzas de Villa llegaran a la Ciudad de México, Carranza había ordenado la desocupación de la plaza, pero cuando estaban ya listos, el conductor y el maquinista del tren le dijeron que era imposible salir, porque la locomotora no levantaba presión. “Por más que yo insistía -agregó- no había manera de que la locomotora diera un golpe de biela. Al final, sin embargo, todo se arregló.”

¿Cómo hizo usted?

Les amenacé con fusilarlos. Cuando me vieron decidido, la máquina arrancó. Allí iba el oro de la Tesorería que le permitió a Carranza seguir la lucha en Veracruz.

Por abril de 1928 me fui a Tuxpan para reunirme con el ingeniero Tejeda y acompañarlo en su gira de propaganda la segunda vez que se postuló para gobernador del Estado. Ningún interés particular ofrecía el grupo que lo acompañaba. Sólo sabían reír, decir ordinarieces y hacerse bromas grotescas. En nada ayudaban al candidato, sino en comer, cenar gustosamente

y proclamar en esos momentos el entusiasmo de hallarse al lado del poder. Quien más se destacaba era un doctor, de pelo teñido, con cara de cómico y voz engolada, que lanzaba sobre las multitudes el humo de su oratoria. Yo la hacía de galán joven, que en los bailes y serenatas cortejaba a las muchachas y en los mítines subía al quiosco a exponer los alegatos sociales y políticos de nuestro candidato.

Antes de que terminara la gira me separé de aquella compañía para continuar solo mi propia campaña por el Istmo.

Me vi de pronto envuelto nuevamente en la política, pero los vínculos de simpatía y solidaridad que durante mi acción en la Secretaría de Gobierno del estado me había creado con la clase trabajadora, me obligaban a escuchar su llamado. Las organizaciones obreras me acogieron con muestras de entusiasmo, a pesar de otra candidatura fomentada por el capricho del gobernador Rodríguez y sostenida por las autoridades.

Como una imagen de esos tiempos de nuestra vida sindical, recuerdo que al iniciar aquella campaña para diputado, el general Jara quiso relacionarme con uno de los más importantes líderes petroleros, y me dio una carta escrita de su puño y letra para aquel su amigo. Pero al llegar a Minatitlán y preguntar por el destinatario tuve la siniestra sorpresa de saber que lo acababan de asesinar. Así, en vez de un compañero que me ayudara en mi propaganda política, me encontré ante un cadáver al que seguimos, en solemne procesión, al cementerio.

Esto me advirtió del tono de violencia que imperaba en aquella región, de las emboscadas falaces a que recurrían los adversarios y de la vigilancia permanente que había que mantener, en medio de una selva de pasiones y rencores.

Toda la política se desarrollaba en un ambiente tenso y agresivo. Un día que regresaba de Acayucan, cabecera del distrito, con un grupo de mis partidarios, rumbo a la estación del ferrocarril del Istmo, fuimos tiroteados en el camino por un grupo de adversarios apostados en la maleza. El momento se me grabó intensamente por la angustia del peligro y por el soberbio paisaje que dominaban unas ceibas gigantescas que nos sirvieron de resguardo.

A tales incidentes dramáticos se sucedían las charlas de desahogo en las ostionerías y cervecerías, en las que las bromas colmaban las horas de ocio y tonificaban la voluntad de continuar la lucha. Alguna mujer sensual que tenía la calidez del trópico aparecía en estos jolgorios provocando estimu-

ladoras sensaciones, mientras el calor y la música embrollaban el juego del placer y de la política. Y como grotesca personificación del erotismo disfrazado, melindreaba un sujeto perfumado, de peinador azul, que nos servía de pretexto para lanzar saetas que mortificaban y divertían.

Para contrarrestar la bulla de la política, buscaba, a veces, la resonante soledad del mar, en cuya larga y limpia playa iba a pasear mis imaginaciones y mis quimeras, hasta que la sonoridad se me volvía luminoso silencio.

El sentimiento de ternura que me ha inclinado siempre a las mujeres se imponía aun en las luchas políticas, y en medio de ellas surgía alguna figura femenina que me cautivaba y alegraba con su gracia. Yo iba al corredor de una casa a dialogar de amor y a soñar una dicha posible, sin darme cuenta de que las insidias y los enconos de aquellas disputas por el poder me acechaban. Felizmente, sin que yo lo supiera, el líder de los estibadores, Francisco López, asumía por su cuenta mi seguridad, y noche a noche, ya fuera en el parque, donde solía pasearme acompañado de una novia o en la ventana de su casa en dulce coloquio, la recia silueta de aquel amigo, resueltamente armado y atento a la menor amenaza, vigilaba con valerosa lealtad.

Cuando el general Obregón inició su propaganda en el estado de Veracruz, los sindicatos laboristas de Orizaba me pidieron que hablara en su representación en el mitin de recepción al candidato, lo que hice, procurando interpretar los sentimientos y puntos de vista de la clase trabajadora de la región. Al día siguiente hubo una manifestación que degeneró en tumulto. Grupos de obreros antagónicos se agredieron a tiros, garrotazos y pedradas. Yo marchaba del brazo de Aurelio Manrique, quien me dijo: “Chiquitín, hay que calmar a la multitud”. Resueltamente se metió en aquel oleaje encrespado, y con ademán dominador y su fácil e intrépida elocuencia logró sofocar los ánimos. Un poco a la zaga, yo recordé la sátira de Luis Carlos López: “Como no soy apóstol del Derecho, miré la rebujiña con toda la frialdad de un erudito...”.

En Orizaba me invitó el general Obregón a continuar la gira en su compañía, y luego nos dirigimos rumbo al sur, llegando a Minatitlán y Puerto México, donde tomé la palabra como candidato por aquel distrito.

Las luchas políticas en México han sido implacablemente crueles, pues ni siquiera han valido en ellas antiguas fraternidades. En Puerto México, una mañana en que celebrábamos una manifestación y yo marchaba al lado

del general Obregón, tuve como una revelación de este espíritu violento. Mientras nuestros partidarios vitoreaban al candidato, un ebrio temerario le gritó, metiéndose entre la multitud: “Obregón, ¿qué hiciste de Maycotte?”. Y el General, sin inmutarse y sin volver el rostro, dijo nada más: “¡Y los que faltan!...”. La dureza de la expresión, que revelaba la insensibilidad del caudillo ante la evocación de uno de sus antiguos compañeros de armas sacrificado en una de las asonadas que ensangrentaron al país, me ensombreció por un momento el ánimo y me dejó una sensación desagradable. Pero lo verdaderamente extraordinario fue que Obregón era el último que faltaba.

Mi actuación y mis discursos electorales me crearon un buen ambiente en la comitiva. Todavía, al regresar a Jalapa, hablé, en nombre del candidato presidencial, a una multitud reunida frente al Palacio de Gobierno. Tanto durante el viaje al Istmo como al regreso a la capital conversé muchas veces con el general Obregón, que me manifestó afablemente su simpatía.

Los comicios presidenciales se llevaron a cabo y culminaron con el triunfo del general Obregón, de manera que todas las perspectivas eran de que se hiciera cargo del poder el 1 de diciembre de 1928. Esto es materia de historia nacional, mas debo consignarlo, aunque sea brevemente, por la impresión que me causó.

El día de la tragedia, el general Obregón llegó al restaurante La Bombilla, en San Ángel, acompañado de algunos de sus más íntimos amigos. Al principio había cierta contención y aun encogimiento, pues, por lo general, se bebía poco en su presencia; pero comenzaron a circular los aperitivos, el coñac, el tequila y otras bebidas aturdidoras que sueltan la lengua..., y los cuentos, a los que era tan aficionado el propio Obregón.

Había unas cien personas. La mesa estaba dispuesta en un cuadrilátero. El general Obregón se sentó en el centro, en medio del presidente del Partido Nacional Revolucionario, licenciado Aarón Sáenz, y del presidente de la Permanente, licenciado Federico Medrano.

El triunfo había infundido optimismo y reinaba una gran confianza. Tal vez si Toral hubiera tenido un físico robusto hubiera despertado alguna sospecha, pero su aire insignificante, su suavidad y su encogimiento no suscitaron ningún temor, y nadie absolutamente tuvo la sensibilidad de presentir la resolución y el temple del asesino. Para no fallar el golpe, Toral se cercioró primero de que podría acercarse a su víctima. Hizo un apunte de uno de los diputados, y luego se aproximó al General y se lo mostró.

Éste hizo un breve comentario sobre el parecido y sonrió: “Ahora –dijo Toral- voy a hacer el de usted”, y se retiró a cierta distancia, donde se puso a dibujar. Cuando terminó, se acercó, y mientras que con la mano izquierda ponía ante su vista el dibujo, empuñando con la otra la pistola que llevaba oculta bajo el saco, la descargó íntegra y certeramente sobre la espalda del caudillo, que se desplomó.

De pronto, nadie se dio cuenta de lo que pasaba. Las detonaciones, asordadas por el rumor de la conversación, el tintineo de vasos y vajillas y los sonos de la música, parecieron tan solo como un eco de petardos. Una bala le atravesó los pulmones, otra le hirió en el muñón y otras más en el corazón y las arterias. En un instante, el crimen se había consumado. Aquel hombre humorista, cordial, que presidía la vida pública con dignidad, cayó fulminado. La confusión fue terrible. Hubo gritos coléricos, imprecaciones y blasfemias. La pasión se encendió y el desorden cundió iracundo. Alguien sujetó al asesino, le asestó golpes y lo derribó. Algunos le dieron puntapiés. Otro, con la pistola desenfundada, estuvo a punto de acribillarlo, cuando Manrique se interpuso y logró conjurar el desorden. Había que esclarecer quiénes estaban detrás del asesino. Manrique reclamó serenidad. Este fue un gran servicio que el ex diputado por San Luis Potosí prestó a la historia. Ante el cadáver de Obregón exhortó a la unión de los revolucionarios. Habló con elocuencia, y gracias a su intervención, la siniestra intriga fue descubierta, los instigadores presos y Toral fusilado. De esta manera, Toral pagó con su vida la vida del caudillo.

El crimen conmovió al país, y pareció, de pronto, que provocaría un desquiciamiento. No fue así, y una vez pasadas las horas de exaltación, la nación recobró la calma y salió adelante de esa tragedia.

Las elecciones de poderes locales se efectuaban con cierto desasosiego. En mi distrito tuvieron consecuencias trágicas: un saldo de dos muertos y algunos heridos.

El mes de septiembre de 1928 se instaló la Legislatura y tomé posesión de mi curul.

Los dos años que duró mi mandato fueron de enojoso esfuerzo y de esterilidad intelectual. Todas las iniciativas que yo proponía eran boicoteadas; los ayuntamientos electos popularmente de mi distrito, sustituidos arbitrariamente por Juntas de Administración Civil compuestas por hombres sin arraigo popular; los nombramientos propuestos por razones de servicio

social, obstaculizados. Mis amigos, perseguidos y aun encarcelados. El trato era, a veces, áspero y descortés. Recuerdo que en una ocasión, en una junta extracameral, en que nos encontrábamos reunidos en la sala de la casa de un compañero, uno de los diputados llegó ebrio, lanzando fanfarronadas y haciendo alarde de falsa hombría y de desafiarse con la muerte. Parándose en el centro de la sala, sacó la pistola, y dirigiéndola hacia mí, disparó apuntando al suelo. La bala rebotó en vertiginosa trayectoria por las paredes sin que, felizmente, tocara a nadie. En seguida, el bravucón se puso a palpar el corazón de cada uno de los presentes, para ver a quién le latía con más aceleramiento. Desafortunadamente, del tipo de este sujeto irresponsable había algunos más, que, por desgracia para Veracruz, tenían gran ascendiente en el ánimo del gobernador.

El ambiente de violencia que dominaba en estas asambleas, motivado por pasiones mezquinas y ambiciones personalistas, impedía toda discusión serena y reflexiva y me mantenía con el ánimo irritado y dolorido de la inutilidad y el fracaso de todo esfuerzo idealista.

Hube de enfrascarme en luchas poco fructíferas. Sentí el pésimo influjo de la política cerril, y en vísperas de terminar el ejercicio para el que fui electo se afirmó mi deseo de viajar y estudiar para recobrar el tiempo perdido.



## XIX

A pesar de las decepciones políticas me sentía feliz. Durante la cesación de labores de la Legislatura permanecía en México. Tenía la costumbre de levantarme temprano para ir al Club Suizo a jugar una partida de tenis y darme un baño en la frígida alberca; con el ánimo de conservar mi resistencia marchaba a pie desde mi casa de la avenida Baja California hasta la colonia del Valle, donde se hallaba el club.

No es raro que tanto le gustaran a D. H. Lawrence las mañanas de México. Son realmente deliciosas. Azul transparente. Verdura magnífica. Flores todo el año. Yo regresaba a casa, después de mi paseo matinal, deslumbrado, vibrante, verdaderamente eufórico, y subía a mi estudio, donde me ponía a leer o escribir sentado frente a una gruesa y pulida mesa de cedro. Si el libro tenía un extraordinario poder de incitación por sus ideas o por su belleza, me levantaba y me paseaba por la habitación.

Pasaban las mañanas de expansión deportista y venían las noches de grata conversación con amigas que traían los nacientes entusiasmos por el *ballet*. Un modesto café de la avenida Independencia era centro de nuestras reuniones, a las que se mezclaban otros compañeros. Puntualmente acompañadas de Germán List Arzubide, aparecían Nellie y Gloria Campobello. Nellie sentía ya fuertemente la afición literaria. Había publicado un librito de poemas que editó el doctor Atl, descubridor de estrellas literarias, y nos leía, en aquel rincón del café, algunas cuartillas de los relatos que compendrían su libro *Cartucho*. Gloriecita estaba en el esplendor de su belleza estatuaria. Yo sentía una emoción entre lírica y febril cuando oprimía sus manos, y le enviaba, traídas de un jardín de Jalapa, presentes de albas camelias que me imaginaba recogería con dulce beatitud.

Algo de su encanto dejó huella en un poema:

Como danza gozosa por la orilla  
que sigue un vivo imaginar divino  
la ciñe el viento peregrino.  
Mi mensaje la alcanza en la mejilla.

¿Qué pretende de mí la maravilla,  
el mármol blanco que del Ponto vino  
y en un ciego tumulto de contino  
a su pasión de espumas me arrodiña?

Ondea su flagrante cabellera,  
ensortijado hechizo de la primavera,  
en el misterio de la tarde pura,

y me rindo a sus gracias inmortales  
viendo correr las márgenes navales  
de donde nace y muere su hermosura.

Por aquellos años yo frecuentaba también la casa de las Romagnolli, muchachas muy lindas de origen italiano, que habían nacido en Gutiérrez Zamora. Yo, como Stendhal, siempre he tenido debilidad por Italia, y me apasionaba aprender su lengua, al grado de tomar lecciones con un maestro del Conservatorio que había estudiado canto en Milán y, además, la chapurreaba con la abuela, que la mantenía viva, pues era fundadora de aquella colonia con otros inmigrantes. Pero con quien más en contacto estaba era con Idolina, una suprema belleza que en su escuela atraía la atención y fue tan conocida en el gremio estudiantil que la proclamaron para uno de esos efímeros reinados de la primavera que se efectuaban en aquellos días como la soberana de la ciudad. Yo, un poco en broma y otro en serio, en lenguaje dannunziano le ofrendaba mis galanterías.

Haciendo el paralelo con Gloria, ésta se me presentaba dura como el mármol y fría como una espada, pero angustiosamente seductora, e Idolina, suave como una melodía y delicada como un dibujo clásico.

Escucho en el silencio de soledad colmado  
el recurso de un trino que interpone la tarde,  
bajo la fresca sombra del azul cobarde.

¡Oh delicia imperante  
del musical gorjeo!  
Comparado  
al andante  
de su voz, el discurso encumbrado  
es un fútil gangeo.

¡Oh los mágicos gozos!  
Viviente hermosura,  
alianzas con la verdura  
sobre el prado de nuestros retozos.

¡Osado aquel  
que intente copiarte  
-paradigma del arte-  
por buril o pincel!

Trémulo palpitar,  
locura o razón  
de no poder sujetar  
la instancia de la ocasión.

Yo tengo la quemadura  
de su visitación,  
y el mar  
la ternura  
de su despertar.

Ambas mantenían en vilo mi corazón, y yo dejaba que el tiempo decidiera en la balanza de sus encantos. Al final, las dejé en el castillo de su belleza, y sin volver la vista para no incurrir en tentaciones, me marché con la melancolía del que se despide para siempre de algo grato y fascinante.



## XX

El deseo de alejarme de aquel ambiente de violencia política, y sobre todo de conocer países, trabajar intelectualmente y aprender idiomas, me indujeron a marcharme una temporada a Europa.

Una vez decidido, tomé pasaje en uno de los vapores de la Transatlántica Española y me embarqué en Veracruz. Viajaba yo en tercera clase, y me pareció casi un viaje de piratas, pero con la ilusión de ver países y ciudades, que era lo que más me apetecía entonces, yo mismo encontraba fácilmente disculpas y me adelantaba el gozo. Estos viajes ofrecían el atractivo de detenerse un día en La Habana y dos o tres en Nueva York. A La Habana llegué una mañana espléndida. Me recibió José Antonio Fernández de Castro, a quien había conocido y agasajado en Veracruz en 1927, durante la visita del vicepresidente de Cuba, doctor Grau San Martín. Paseamos por la ciudad, y luego por playas y malecones. Comimos en una terraza frente al pleno mar. Aproveché la tarde para visitar a Jorge Mañach, que con Florit, Lizaso, Brull y otros escritores publicaba una revista de renovación de las letras cubanas. Mañach llevó la conversación en torno a la literatura mexicana y reprobó la antología de Contemporáneos, que calificó de “escopetazo emboscado contra la poesía”.

No hacía mucho tiempo que había aparecido esta antología, hecha con los medios de propaganda que permiten la influencia de una burguesía burocrática. Dicha antología sólo se distingue por su total ausencia de escrúpulos, pues, a fin de exaltar la obra descolorida de un reducido número de literatos andróginos, se sacrificó el caudal de los poetas que, de una manera efectiva, honran a nuestro país, y no pocos fueron suprimidos o mañosamente desestimados.

En Nueva York, la escala era más prolongada. Llegamos al amanecer. Como había algo de niebla, el conjunto de los altos edificios de Manhattan se esfumaba como una crestería gótica. Apenas desembarqué, tomé un *subway*

y descendí en una calle donde la impresión de verticalidad es de lo más imponente. Feliz de encontrarme en esa ciudad, me dirigí a buscar a mi amigo, el doctor Ignacio Millán, quien a la sazón se encontraba becado por la Fundación Rockefeller, en el Instituto de Cáncer, donde trabajó magníficamente. Gracias a él, que conocía perfectamente el ambiente neoyorkino, pues llevaba cerca de tres años viviendo allí, aproveché bien el tiempo. Me llevó Millán a casa de su novia, Verna Carleton, bella muchacha de rubios cabellos, vivaz e inteligente, que escribía en el *World Telegraph*. Salimos a comer y a contemplar el panorama de Manhattan desde las terrazas de Radio City, y visitamos el acuario de Batary Place y los jardines del Bronx; fuimos también a un teatro del Village y al Museo Metropolitano, que me anticipó las maravillas de la pintura europea.

Dejé Nueva York, y después de una tranquila travesía entramos en la hermosa bahía de Vigo. Los barcos de la Transatlántica se detenían algunas horas, a veces un día, en los puertos cantábricos, por lo que resultaba el viaje de verdadero deleite. De Vigo seguimos a La Coruña, donde por ser domingo reinaba en las calles y cafés gran animación. Tocamos luego Gijón; allí concurrí a una romería que nada tenía de extraordinario, pero que me hizo ver de cerca algunos bailes y costumbres asturianos. A la mañana siguiente, llegamos a Santander, donde salí a dar un paseo y comí en el Sardinero con algunos conocidos de a bordo. Bilbao, término de la travesía, no me produjo la impresión que esperaba; advertí más su animación portuaria e industrial que su belleza; pero acaso soy injusto, pues la recorrí dominado por la fatiga del verano, y lo más placentero fue la sidra tierna que bebí como refresco.

El mismo día de mi llegada, por la tarde, tomé el tren para Irún. El recorrido por el campo vasco es sumamente pintoresco. Pasa el tren por numerosos pueblos en que se advierte la laboriosidad de esa raza: las fincas bien cultivadas, el paisaje de cerros y cañadas, de abrigado verdor, surcado de riachuelos que bajan de la montaña hacia los litorales marinos. A medida que me acercaba a Hendaya me vino al pensamiento detenerme allí para visitar a don Miguel de Unamuno, quien, exiliado, dirigía más allá de la frontera su vigilante mirada, llena de inquietud por el destino de su patria. Pero la ansiedad de llegar a París frustró mi propósito, que creí sólo aplazar. Llevado después por muy distintos rumbos, nunca lo cumplí. En el mismo compartimiento del tren viajaban dos jóvenes españoles que iban a estudiar

a París y una dama francesa acompañada de su hija. Al darse cuenta de que yo era mexicano comenzaron a interrogarme sobre México, pero sus preguntas tenían tan poca relación con la realidad, que al principio me causaron irritación, pues no me imaginaba la ignorancia que sobre Hispanoamérica existía en Europa aun en personas de cierta cultura. Así fue cómo desde mi primer contacto con Europa noté el desconocimiento que se tenía de nuestros pueblos, cosa que me previno para el futuro.

Llegué a París una mañana cenicienta. Fui a hospedarme en el Hotel Denfer-Rochereau, plaza del mismo nombre, en medio de la cual se ve el León de Belfort. Me eché a vagar por calles y bulevares. Marché entre el gentío y el movimiento de aquellas arterias, a cuya vera el tierno verdor de los árboles anunciaba la primavera. Paseé en un tren que, a desnivel, me descubrió el Sena y la perspectiva en que se destacaba la Torre Eiffel, tema insistente del arte cubista. Pintores y poetas la han exaltado con una concepción nueva y una estética concordante con su modernidad. Guillermo Apollinaire la apostrofó:

A la fin tu es las de ce monde ancien  
Bergère ô tour Eiffel le troupeau des ponts bêle ce matin.

Me detuve en la plaza de la Concordia y caminé por la calle de Rivoli, gozando de su geométrica armonía. Anduve de un lado para otro sin ninguna orientación definida. Tan a gusto discurría por la ciudad, que todavía bajo las luces de la noche prolongué aquella jornada, hasta que regresé al hotel algo fatigado, pero satisfecho de encontrarme en París.

Al día siguiente fui a la Legación (Rue de Longchamp, número 9), donde Luis Quintanilla me invitó a comer en su casa, en Saint Cloud. Con Ruth y Luis Quintanilla salí por la tarde a recorrer la ciudad en automóvil. Nos dirigimos a la Cité, buscamos los viejos monumentos impregnados de historia y recuerdos sobre cuyas piedras grises han soplado vientos estremecedores. Nos detuvimos ante los pórticos de Notre Dame, en aquel entonces ennegrecida por el hollín, y penetramos al recinto, que me produjo una lóbrega impresión. Estuvimos en la Conciergerie, que sirvió de prisión durante la Revolución Francesa. Entramos al patio del Palacio de Justicia y no tardamos en dar con la Sainte Chapelle, que me sorprendió con la gracia de sus claras naves y el juego de luces de sus vitrales. Al volver a atravesar el

Sena, vi la labrada torre de Saint Jacques, que jugó papel tan dramático en la terrible noche de San Bartolomé. En la Madeleine, dejamos el automóvil, y a pie caminamos por los grandes bulevares, rebosantes de actividad, que a esa hora presentaban un aspecto fascinante, y nos sentamos en la terraza del café de la Paix.

Me entró el afán de conocer mejor la historia de Francia y su cultura. Compré monografías y libros de arte. Recorrí en diversas ocasiones el Louvre, el museo de Cluny y el Luxemburgo, que albergaba entonces a los impresionistas. En algunos de estos paseos me acompañó el escultor Germán Cueto, quien me presentó a su prima, la pintora María Blanchard, con la que hice buena amistad, y por ella conocí al escultor Lipchitz, cuyo estudio presentaba un sorprendente aspecto de formas nuevas, pues hay que recordar el increíble fervor de búsquedas que se desplegaba en aquellos años. Una intensa actividad creativa, una avidez de originalidad y una apasionada voluntad respondían a las exigencias de una nueva sensibilidad. El arte se expresaba con un lenguaje sutil contra el que a veces reaccionaba la sociedad. Pero no faltaban los teorizantes que lo defendieran con ardor. Poetas y pintores formaban frecuentemente alianzas de defensa y cooperación. La inventiva intelectual o la intuición feliz corrían parejas con el esfuerzo de novedad.

Otras de mis primeras visitas fue al poeta Paul Dermée, quien había estado asociado al movimiento cubista y cuya distracción más grande eran los pájaros, que en gran variedad alborotaban en las jaulas colgadas en una galería de su casa. Con él evoqué gozosamente aquel grupo que tuvo una visión renovadora y al cual yo no alcancé a ver unido, pues unos habían muerto, otros habían enmudecido y los demás habían sido dispersados por los azares de la vida. Recuerdo que al salir de casa de Dermée entré al viejo café de La Closerie de Lilás, centro de reunión de los poetas simbolistas, en el bulevar de Montparnasse. Y allí, con la imaginación, fui repasando un periodo literario, acaso no tan inquieto como el que se había esbozado en la víspera de la primera guerra, pero que dejó obras valiosas y sensibles.

Por vivir cerca de la avenida del Observatorio, de tan admirable perspectiva, y cuyo recogimiento yo aprovechaba para mis paseos, solía entrar al viejo café, pero acabé sintiendo que un hálito de cosas pretéritas se cernía en su ambiente y que su vejez mantenía en el alma algo de decrepitud, por lo que me alejé en busca de impresiones nuevas. Fui a hacer mi tertulia a otros

cafés de Montparnasse, donde tuve encuentros interesantes con escritores y artistas de las más diversas lenguas, razas e ideologías. Por allí llegaban algunas figuras singulares, que exponían apasionantes ideas, al mismo tiempo que acometían proyectos renovadores. Y es que en París existe esta magia sugestiva, que despierta la curiosidad intelectual y excita a la búsqueda de la belleza. No dejaban, en la noche, de presentarse por los cafés del Dôme y la Coupole algunos escritores y pintores conocidos: el uruguayo Torres García, el peruano César Vallejo, el cubano Alejo Carpentier, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias. En casa de Torres García me encontré una noche con Vicente Huidobro, quien nos estropeó la velada con sus querellas y celos literarios. Afectaba siempre un gesto de desdén hacia todos los escritores y su calificativo favorito era idiota, que repetía insistentemente, delectándose.

Una noche, al llegar a mi hotel y pedir la llave, vi que se estaba inscribiendo Arqueles Vela, quien regresaba de Alemania, donde enseñaba español. Esto hizo más grata la estancia en París, pues Arqueles había residido cerca de tres años en aquella ciudad. Juntos vagamos y exploramos el viejo Montmartre, tan lleno de recuerdos de pintores. Con placer nos sentábamos a beber un vaso de vino blanco en el Lapin Agile, donde por la noche se cantaban antiguas canciones, o considerábamos atentamente algunos rincones como La Place du Tertre o las callecitas transformadas poéticamente en los cuadros de Mauricio Utrillo.

Decidí cambiarme al Barrio Latino para asistir a La Sorbona, y me instalé en el Hotel des Balcons, en la calle de Casimir Delavigne, cerca del teatro Odeón. Pocos días después se trasladó Arqueles también a mi hotel, pero por poco tiempo, porque se casó con una muchacha francesa y se fue a vivir más allá de la Puerta de Versailles, en un lugar llamado Ici les Molineaux.

Para aprovechar mejor el tiempo y avanzar en mi aprendizaje del idioma, me inscribí en la Aliance Française, ubicada en el bulevar Raspail, no lejos del jardín de Luxemburgo. Por la mañana, antes de las ocho, iba a desayunar al Café du Départ, y después de atravesar el bello jardín, al lado de la gran fuente, salía al flanco de la escuela.

Consagraba toda la mañana a mis clases en la Alianza, que estaban planeadas de una manera rigurosa. Durante dos horas, divididas por un corto intervalo, estudiaba y me ejercitaba alternativamente en gramática, fonética, dictado y conversación. En la última hora escuchaba una conferencia dada por algún especialista sobre los temas más diversos de la vida

francesa, que abarcaban lo mismo su literatura, su historia y su geografía, que las costumbres, las modas o las delicias de su cocina y de sus vinos. Comía en algún pequeño restaurante o cremería del Barrio Latino con sólo un vaso de vino, para estar despejado en las tareas de la tarde. A imitación de otros estudiantes y gentes de letras, que se detienen al paso en esas librerías cuyos mostradores desbordan a lo largo de las aceras, yo me detenía también a leer un capítulo de cualquier libro que me llamara la atención y, así, en cada salida de mi hotel al bulevar Saint Michel, y otro tanto al regreso, conseguía leer una obra completa. Pero esto era a título de golosina, pues mis verdaderas lecturas las hacía en la biblioteca de Santa Genoveva, que me enseñó el Abate de Mendoza. Tenía también un abono a la biblioteca circulante de Adrienne Mounier, y con ella me proveía de todos los libros modernos, particularmente los de Grasset y de la colección de la Nouvelle Revue Française, que daban el tono de la expresión literaria de la vida espiritual de Francia. Aunque ya conocía a muchos de esos autores, los leí con mayor atención y gusto en su propio idioma.

Por la tarde seguía un curso de literatura francesa y otro de estética, que se dictaban en La Sorbona. Y todavía, por las noches, parte por diversión, parte por disciplina, asistía al teatro o al cine. Consagrado completamente al estudio, la lectura y la audición del idioma, no tardé en hacer rápidos progresos. Comencé a tomar parte activa en las conversaciones y discusiones. Insensiblemente, mi expresión se hizo más segura y flexible. La conquista del idioma fue un verdadero combate; pero sus dificultades iniciales, en vez de hacerme retroceder, me sirvieron de estímulo. A medida que avanzaba, el aprendizaje tornábase más espontáneo y entretenido. Mi disposición de ánimo era tan feliz, que encontraba tiempo para otras muchas actividades de índole intelectual.

El ingreso a la Alianza Francesa me había sido muy útil. En poco tiempo, merced a la eficacia de su enseñanza, había vencido la primordial arduidad de la lengua.

Gracias al poeta Lionello Fiumi y al escritor Georges Pillement, que tenían días fijos de recibo, allegué nuevas amistades. Concurriamos a las reuniones de la rue Laurestain escritores franceses y extranjeros. Dominaba el acento iberoamericano de Ribeiro Couto, Avilés Ramírez y Pita Rodríguez. Recuerdo también a la pintora Andrée Brizet, a Pierre Michel, actual profesor de La Sorbona, y a Jean Ballard, director de *Cahiers du Sud*. Marta,

la gentil esposa de Fiumi (muerta pocos años después), se sentía feliz oyéndonos recitar nuestros poemas. Hasta la linda sirvienta italiana ponía una nota garbosa en aquel pulido interior, donde la conversación transcurría con persistente interés y contagioso entusiasmo.

La señora Pillement nos acogía graciosamente en el ambiente amable de su casa, mientras dejábamos afuera el viento y el frío de la noche. Había algunas damas que son imprescindible compañía en los salones de París. El periodista inglés Greeg era hombre de trato simpático y gran cultura literaria. Su esposa, originaria de Aix-en-Provence, encantaba con su morena belleza; pero quien más alegraba la reunión, con su carácter jovial y desbordado, era Miguel Ángel Asturias. Su natural desenfado dominaba la fiesta. Cuando ya había bebido un poco, cantaba con voz formidable viejas canciones de Francia, tales como “Aux pieds de ma blonde” o “La Madelon”, con mímicas y zarandeos que hacían más picantes los *couplets*. Otros animosos como él se sumaban y, en coro, hacían retemblar la casa. No me explico por qué misteriosos artilugios no reclamaban los vecinos.

Después, salíamos en grupo, empaquetados en taxis, hacia Montparnasse y el Barrio Latino, donde siempre encontraríamos amigos con quienes conversar sobre la infinidad de atisbos y proyectos de nuestra insaciable alerta curiosidad. Cuando nos reuníamos en el departamento de los Greeg, en la rue D’Assas, había que contener todo estrépito y hasta las risas y estornudos, porque aquí los vecinos eran muy quisquillosos.

En la biblioteca repleta de libros, los peces de colores dormitaban en sus acuarios; y sobre las mesas del saloncito y de la biblioteca aparecían libros importantes de Francia y de Inglaterra. Cuando la sirvienta se presentaba a anunciar la cena, Alix, la cuñada de Arqueles, nos invitaba a pasar al comedor, y todos la seguíamos alegremente, seguros de encontrar una mesa bien servida, con viejos vinos y deliciosos pasteles, que yo elogiaba con sincera satisfacción. Reinaba un ambiente de camaradería, la conversación era viva y espontánea, y los temas literarios y artísticos tenían ocupada nuestra fantasía.

Bordeando el Luxemburgo y tomando por la calle, salía al cruce de Montparnasse y al bulevar Raspail para detenerme en Le Dôme o en La Coupole, donde a veces reanudaba una conversación sin fin. No faltaban algunos camaradas que estuvieran sentados frente a una taza de café y que al verme llegar me recibieran con una exclamación amistosa. Era seguro

que encontraría allí, entre otros amigos, a una hermosa y extraña mujer de origen ruso que se llamaba Mania. Tenía grandes y almendrados ojos de un vago azul. Había llegado a París muy niña, huyendo con sus padres de la catástrofe de la Revolución, y su inteligencia y su corazón se habían hecho a la cultura de aquella ciudad. Tenía una excepcional facilidad para los idiomas, como es frecuente en la gente de su raza. Desde luego, el español lo hablaba con donosura, y conocía una infinidad de palabras y modismos latinoamericanos que daban mucha gracia a su conversación. En la época en que yo la traté, andaba vestida de una manera principesca. Conocía muy bien la vida de París, y por su carácter, su humorismo y la libertad de su conducta podría llamársele ahora una existencialista que no hubiera renunciado a sus encantos femeninos. Fue en sus días de esplendor generosa con sus amistades, y recibía en su casa con magnificencia y suma gracia. Tenía rasgos de extravagancia que suscitaban nuestra sorpresa. Yo le conocí ricos amantes, pero a mí me tuvo siempre una amistad pura, íntegra, desinteresada, que me hizo apreciar sus valiosas cualidades y descubrir su fina sensibilidad. Fue para mí una amiga inigualable. Juntos mirábamos las obras de arte y compartíamos nuestra emoción. Íbamos a los teatros o espectáculos de vanguardia, e incluso a paseos por los alrededores parisienses, donde se respira ese ambiente de historia, de arte y de meditación poética. Sacrificada por la vida, su estrella se fue oscureciendo, y cuando años más tarde necesitó de aquellos que habían sido los agasajados de su esplendidez y de su belleza, no encontró la menor correspondencia. Yo mismo me duelo de haber atendido tarde su llamado, por motivos extraños a mi voluntad. Y con remordimiento, por mí y por todos los que la olvidaron, consagro a su memoria este retablo. ¡Adiós, Mania Gorowchowsky, carne oferente, corazón puro! Como dicen los árabes: “Yo invoco para ti la protección de Aquel que es Viviente, Estable y no duerme jamás”.

A pesar de mis noctambulismos, jamás faltaba a la Alianza. Me complacían además aquellos contactos con gentes de tan diversas lenguas y países, de fisonomías tan distintas, rostros morenos del mediodía, rubios de los países glaciales, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, caracteres hoscos y amables que estudiaban la lengua, para gozar libremente de los esplendores de esa cultura y poder penetrar con más segura iniciación en el espíritu de Francia. Antes de entrar a clase, en vestíbulos y corredores, conversábamos. Satisfacíamos nuestra curiosidad preguntándonos mutuamente cosas de la

vida y costumbres de nuestros países. Todavía recuerdo los rostros de algunos maestros, maestras y condiscípulos con los cuales solía platicar y aun tuve lazos de amistad.

Entre las compañeras de la Alliance Française había una muchacha argentina muy joven y graciosa, que distraía la clase con impertinentes salidas o preguntas ociosas que interrumpían la lección. Frecuentemente, la maestra tenía que llamarla al orden. Yo mismo la reprendía a veces; sin embargo, congeniábamos bien y simpatizábamos vivamente. Otra de mis compañeras era una lituana de deslumbrante belleza y fina inteligencia que me reveló la poesía de Miloz, de tan hondo sentido nostálgico y tan misteriosa vaguedad. Al lado de la vivaracha argentinita se sentaba un anciano de aspecto muy tranquilo y concentrada aplicación, que parecía un personaje sacado de un cuento de Alfonso Daudet. Era mi compañero de banco un joven judío alemán algo fanfarrón, pero muy inteligente, pues rápidamente avanzaba en el aprendizaje del idioma. Del resto del grupo sólo recuerdo otra muchacha, algo delicada de salud, de grandes ojos asustados.

Una simpatía recíproca unía a nuestro grupo; las mañanas de sol nos reuníamos en el patio cerca de la entrada del edificio; los días húmedos y fríos permanecíamos en el vestíbulo. Cuando mis piropos tomaban un acento apasionado o excéntrico, Dagui, la lituana, me recordaba nuestro pacto de amistad, y no quería saber nada de mis imaginaciones amorosas. Estaba casada y tenía un hijo cuya fotografía llevaba siempre en su bolso. Al judío le brillaban los ojos cuando miraba a la argentinita, que lo veía de un modo indiferente, mientras que, en cambio, parecía muy sensible a mi galanteo. Acaso me veía como posible tabla de salvación en sus desdichas. Había llegado a París con su madre, viuda, que quería casarla con un médico rico compatriota suyo, pero de mucha mayor edad y al que no amaba. Ella se aburría terriblemente en su compañía, y no hallaba cómo librarse de él. Después de las horas de clase, elegíamos una senda del Luxemburgo para conversar y oír nuestras confidencias. Yo procuraba calmarla e infundirle ánimo para que resistiera el doble ataque del insistente enamorado y de la madre codiciosa. A veces, su desesperación tomaba un sesgo inquietante. Una mañana, que estaba yo citado con Henri Barbusse en la redacción de *Monde*, ella vino junto con otros amigos porque quería hablarme. Al salir del periódico, cuando nos quedamos solos, entramos a un café y me contó sus últimas cuitas. Los dispositivos matrimoniales y las exigencias cada

vez más atormentadas de su madre la habían puesto extraordinariamente angustiada. Lo único que se le ocurrió era que nos fuéramos. En aquel momento no disponía yo de la más mínima cantidad y mis preocupaciones alcanzaban hasta mi familia, que se había quedado en México atendida a una suma que estaba a punto de agotarse. Mi gran simpatía hacia la argentinita no me obligaba a asumir actitud tan comprometedora. Mi imaginación me representó inmediatamente una situación trágica, mi carrera frustrada, el hogar sin pan, el desastre. ¿Cómo ayudarla? Era tan gentil y tan simpática. Tuve la idea de que si no intervenía, le podría suceder algo grave. Se me ocurrió entonces llevarla con otra de nuestras compañeras, la niña de los ojos tristes, que vivía sola en las inmediaciones del Luxemburgo. Al día siguiente se presentó en mi hotel la acicalada y guapa madre de la chica con el novio a indagar por ella. Conocían nuestra amistad. La tranquilicé diciéndole que seguramente estaría en casa de alguno de sus conocidos, para dar tiempo al tiempo. No puedo imaginar cuál fue el camino de aquella joven. ¿Seguirá en París? ¿Vivirá en aquel país del Sur? Guardo la impresión de su mirada y el último apretón de manos con que nos despedimos en la calle de Gay Lussac. Aquella fue la gran aventura de mi vida parisiense. Ella se habrá quedado pensando en mi falta de osadía, y yo, enternecido, en el maravilloso renunciamiento.

Muy pronto nuestro grupo comenzó a disgregarse, y sólo mucho tiempo después, en Varsovia, siendo ya diplomático, tuve la alegría de encontrar a aquella compañera lituana con quien tantas veces conversara de poesía, y cuyo encuentro me hizo revivir la camaradería de mi juventud en la Alianza Francesa.

Yo vivía en constante actividad y trataba a muy diversas gentes. Concurría a una peña de escritores en el célebre Aux Deux Magots. Cerca estaba la redacción de la revista *Bifur*, cuyos componentes acudían a él invariablemente. Solíamos reunirnos allí Alejo Carpentier, el novelista y folclorista cubano; Roger Vitrac, Jorge Ribemont-Dessaigne, quien, a pesar de su seriedad, era un espíritu jocundo y de una notable vena satírica, y el poeta Robert Desnos. Vivía éste en una casa encristalada sobre la sosegada visión del Sena. En ese amable rincón, con cuadros y libros, me gustaba gozar de su viva conversación.

De todos nosotros, Desnos era el espíritu más festivo y el que discurría las más sabrosas ocurrencias. Gozaba enormemente con los cuentos

mexicanos de mariguanos y maricones. La destreza de Desnos en los juegos verbales era extraordinaria y nadie le aventajaba en cuanto a expresiones y léxico populares. Encontraba verdadero placer en estos floreos. Una vez, sólo por donaire, y para que yo conociera algo de la vida parisiense, comenzó a provocar al chófer que nos llevaba a un restaurante frente a la Villete. La cosa fue subiendo de tono por las vehementes réplicas de Desnos, y el chófer se acaloraba cada vez más, hasta que llegó el momento en que ambos contendientes bajaron del vehículo y yo pensé que algo serio iba a suceder, pues la discusión, más bien la pendencia verbal, continuaba con inusitadas hipérboles. Pero después de acosar al enemigo con sus alardes de verbosidad, Desnos, graciosamente, con gran frescura, modificó el curso de sus burlas, y lo que parecía iba a terminar en tragedia, se convirtió en sutil pirotecnia de vocablos, y los contendientes se arreglaron como buenos amigos. Llegamos al restaurante de tan buen humor con las salidas de Desnos, que al ver en la pizarra la lista de animales sacrificados del día: vacas, terneras, borregos y cerdos, tomé la tiza e inscribí la modesta cifra de una docena de académicos. Amigo firme y cordial, con alma de niño, Desnos era, al mismo tiempo, idealista y amigo de la justicia. Herido por los dolores de su país durante la invasión alemana del cuarenta y de las inicuas persecuciones a otros pueblos, abogó por el respeto de la condición humana. Se opuso a todos los abusos, aunque no tenía más armas que su pluma. Un día lo sacaron enfermo de su casa para un campo de concentración. No sé dónde quedaría su cuerpo, pero su fantasma poético ha venido a murmurar a mi oído:

Ils étaient quatre qui n'avaient plus de tête  
quatre à de qui l'on avait coupé le cou,  
on les appelait les quatre sans cou.

Una vez que hube recorrido el Louvre, algunos monumentos enriquecidos con decoraciones, como Saint Sulpice y el Panteón, donde hay obras de Delacroix y Puvis de Chavannes, y el Luxemburgo, tan extraordinario a causa de los impresionistas que encerraba, me puse a buscar las obras postimpresionistas y fauvistas. Seguí el desenvolvimiento del arte nuevo y conocí una infinidad de cuadros de la escuela de París, a la que artistas extranjeros como Picasso, Juan Gris, Kokoska, Kandisky, Chagall, etc., han hecho aportes sustanciales. Con vivo interés seguí las obras de esa época; esta re-

creación impulsaba más mi curiosidad. ¡Qué cosa tan agradable hubiera sido poseer algunos cuadros de aquellos maestros! Pero ante la exigüidad de mis recursos, me contenté con ser espectador y adquirir monografías y reproducciones que los evocaran. Mucho tiempo tendría que esperar todavía para darme el gusto de realizar, cuando menos en parte, aquel sueño maravilloso.

En los días de mi estancia parisiense, ya acariciaba la idea de ingresar en la carrera diplomática, y me dediqué a completar mis estudios de historia y de derecho internacional. Ufanábame de ir conquistando rápidamente uno de los idiomas requeridos. En esto me ayudó una amiga orleanesa, estudiante de medicina, que se llamaba Georgette, y con la que en el café Soufflot me explayaba en cordiales coloquios. Lenguaje y gentil compañía alentaban mis esperanzas. Cuando mis amigos franceses me escuchaban hablar, celebraban irónicamente mis progresos, gracias a lo que ellos llamaban el método del eterno femenino.

Un encuentro afortunado en la Legación de México fue el que tuve con el ingeniero Marte R. Gómez, que en aquellos días, por haberse distanciado del presidente Ortiz Rubio, decidió salir del país. Nos habíamos conocido cuando él era director de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo, donde realizó una obra magnífica, secundado por un grupo de maestros.

Una invitación suya a comer se tradujo en otra, inesperada y agradable, para acompañarlo a España en el automóvil del ex presidente Portes Gil, con quien nos encontraríamos en Barcelona. Nada más interesante se me podía deparar en aquel momento. Del mismo restaurante pasamos a su hotel, y luego al mío, para recoger el ligero equipaje. Hicimos un recorrido espléndido, que comprendió: Orleáns, Limoges, célebre por sus esmaltes, mayólicas y porcelanas; Tolosa y Carcassone, admirable ejemplar de ciudad feudal, plantada en el campo, con sus torres, capillas y murallas, perfectamente deslindada de la ciudad moderna. Así fuimos evocando historia, leyendas y romances. Miramos los monumentos románticos y góticos, y seguimos en una jornada a Perpignan. Por fin atravesamos la frontera del sur pirenaico para entrar en Cataluña por entre pueblos de bello emplazamiento, cerca del litoral, ya en el ámbito del mar Mediterráneo, bajo el esplendor del sol y la tersura del azul, que hacen más aguda la visión y el optimismo. En Barcelona permanecí quince días, que distraje en ver los museos, las galerías y los rebuscados edificios de Gaudí. A veces me llegaba hasta el

parque de Montjuich, escudriñaba por las callejas aledañas a la catedral y me sentaba en cualquier terraza de los cafés de la Rambla de las Flores para revistar a las muchachas cuyo garbo alegraba la tarde.

Como el ex presidente Portes Gil estaba a punto de salir para Marruecos, fui a despedirme de él, y me invitó a comer en compañía de su gentil esposa, lo que nos sirvió para recordar maestros y amigos de nuestra Escuela Libre de Derecho y comentar acontecimientos de México en que discordaba ya del general Calles, lo que se hizo patente a su regreso. Acorté mi estancia en Barcelona para marchar a Madrid, felizmente, pues al día siguiente de haber llegado se interrumpieron las comunicaciones con motivo de la sublevación del capitán Galán, en Jaca, secundado por el aviador Ramón Franco, quien desde su avión lanzó sobre Madrid volantes subversivos contra la dictadura del general Primo de Rivera. Pude ver esta maniobra audaz encontrándome una mañana en el parque del Retiro. Pero la rebelión, aunque sacudió los espíritus, no tuvo otra consecuencia que no fuera el sacrificio de Galán y un anuncio de inquietud y malestar que sentí latir en el ambiente.

En Madrid busqué a unos amigos españoles que conocí en mi pueblo, pero desgraciadamente habían salido de vacaciones; hallé, en cambio, a Ramón Gómez de la Serna, con quien me había carteadado en la época más vehemente de mi vanguardismo. Pontificaba en el café de Pombo.

Hice también un viaje a Toledo, del que saqué gran provecho y agrado; vi la obra del Greco, la catedral y el pueblo mismo, que me encantó. Lamentable fue que no hiciera el viaje a Andalucía, con el que tanto había soñado; pero preferí regresar a París para continuar mis estudios. Nuevamente me instalé en mi hotel de los Balcones, por el que sentía cierta querencia. Reanudé mi vida parisiense con el mismo fervor: mañanas en la Alianza, tardes en La Sorbona, visitas al Louvre y al Luxemburgo, conversaciones con los amigos, inquisidoras lecturas y teatro estimulante por la noche. Actividad creadora y, al mismo tiempo, recreo que avivaban mis instintos acometedores.

Muchas veces por la tarde salía a pasear por las orillas del Sena. Inclinado sobre las balaustradas veía pasar los lanchones y otras embarcaciones. Me detenía frente a las tiendas de antigüedades, los escaparates de porcelana china y los de estampas y litografías que se suceden interminablemente en el muelle. Morosamente recorría aquellos sitios, gratos además por la vista del Louvre y los jardines de las Tullerías. Me internaba por la rue de Seine, en

donde hay tantas vitrinas de galerías que invitan al visitante, y así vagaba por la Place des Beaux Arts y la rue Callot, llenas también de pequeñas galerías donde las obras de artistas fracasados se mezclan con obras prometedoras y, a veces, francamente logradas. Me interesaba el descubrimiento de pintores originales. Otros días recorría calles que ofrecían, a su vez, muestras atrevidas y sugestivas: en primer lugar, la de la Boitie; después, la de Saint Honoré y la del *faubourg* del mismo nombre.

Pero nada me complacía más profundamente que sorprender las retrospectivas de los maestros del impresionismo o del fauvismo, donde podía seguir ampliamente el desarrollo genial de los artistas.

Estas horas pasadas en silencio contemplativo estaban cargadas de una emoción perdurable. La compañía de Germán Cueto o Arqueles Vela, entusiastas también de tales excursiones, era agradable por la infinidad de comentarios y sugerencias que las acompañaban. Yo, interiormente, me sentía satisfecho después de estos recorridos, y volvía a mi hotel con ánimo renovado.

Nunca he sido muy noctámbulo, pero París cautiva en la noche con la sugestión de los rótulos eléctricos de sus teatros, cafés y cabarets; algunos, famosos internacionalmente, atraen gran concurrencia; otros, incitan con sus poéticos nombres: Le Bateau Ivre, Le Moulin Rouge, Les Folies Bergères, Le Tabarin..., que sugieren las brillantes horas de “la belle époque”, las extrañas visiones de Rimbaud y las figuras caricaturescas de Toulouse-Lautrec. Concurrí a muchos de ellos, acompañado siempre de algún amigo o amiga deseosos de mostrarme estos aspectos de la vida parisiense, que tan asociados están a su literatura y a su pintura, en obras de una poderosa sugestión. Muchas veces, después de la plática en el Dôme o La Coupole, resolvíamos ir a tal o cual espectáculo, pero con preferencia al Tabarín, donde las bailarinas eran extraordinariamente bellas y perfectas en la ejecución del *french can-can*, que por su ritmo excitante y vivaz me regocijaba siempre.

La vida nocturna de París ha tenido sus exaltadores que transportaron su alegría, voluptuosidad y excitación en diversas expresiones estéticas. La pintura, la música y la literatura retrataron en obras imperecederas este mundo brillante, despreocupado, vicioso y elegante.

No recuerdo si fue antes o después de mi viaje a España cuando Vasconcelos llegó a París a raíz de su fracaso político. Acompañado, si mal no recuerdo, de Miguel Ángel Asturias, asistí a una conferencia que dio en

La Sorbona en la que intentó enjuiciar a la Revolución Mexicana con la parcialidad de su resentimiento y la amargura de su derrota. No obstante el vigor de su expresiva palabra, aquel hombre que había sido proclamado maestro de la juventud de América en los días en que servía al pensamiento nuevo y a las ideas progresistas, encontró una hostilidad en el ambiente, reveladora de un fracaso más grande todavía que el de su campaña política, pues se levantaron voces vibrantes de jóvenes estudiantes de diversos países de América allí presentes para reclamarle su deserción y su mentirosa diatriba contra el movimiento social mexicano. La conferencia degeneró en un verdadero altercado en que a la desmesura de expresiones de Vasconcelos replicaban con más dureza los estudiantes, defendiendo con vehemencia lo que el conferenciante denostaba. Cuando el acto terminó, algunos escasos aplausos fueron ahogados por vigorosas manifestaciones de hostilidad.

En mi cuarto del Hotel des Balcons, en el café, en el jardín del Luxemburgo o en la inmediata y tranquila avenida del Observatorio, que es como una prolongación del jardín, y gracias a las facilidades de conseguir libros, leí en abundancia lo que me interesaba de la literatura moderna europea, particularmente libros franceses que ya habían despertado mi interés: Rimbaud y Lautréamont, Mallarmé y Paul Valéry, Apollinaire, Max Jacob, Supervielle, Valery Larbaud, Jean Giraudoux, Alain, Claudel, André Breton, Louis Aragón y otros autores modernos.

Alguna vez llegó a nuestro grupo el aviador Ramón Franco, quien se hallaba refugiado en París después de la sublevación de Jaca y del fusilamiento del capitán Galán, junto con el cual se había rebelado contra la monarquía, y cuya aventura yo conocía por haberme encontrado en aquellos días en Madrid.

En las tertulias del café, donde la conversación era siempre vivaz, juvenil, llena de salidas ingeniosas, aprendí el argot que tanto emplean los parisienses y tuve información sobre movimientos intelectuales y artísticos en otros países. Este intercambio de ideas resultaba muy fecundo, además de agradable, por el trato con gente que aportaba sus experiencias, cualidades humanas y fantasía. Uno de los asistentes, interesado vivamente en el teatro, me habló de las novedades de interpretación y técnica que ofrecían ciertas obras. El surrealismo todavía alcanzaba alguna admiración, pero dudábase ya de sus posibilidades creadoras, y sólo se le atribuía valor a ciertas realizaciones personales. Así, afrontando problemas, discutiendo sobre el

valor de obras y autores, de necesidades estéticas, de satisfacciones de la sensibilidad, examinando ideas y doctrinas, renovábamos constantemente nuestra experiencia.

Con el Abate de Mendoza, excelente conocedor de París, hice algunas peregrinaciones, que lo mismo comprendían los pequeños restaurantes con buena cocina y sabrosos vinos que el recorrido al cementerio del Père Lachaise para rendir homenaje a escritores admirados, las visitas a bibliotecas en pos de algún libro raro o la contemplación del Sena desde los puentes.

Los domingos o días festivos hacía, solo o acompañado, excursiones a los contornos parisienses, a Saint Germain o a Versailles, cuyos parques y juegos de agua me gustan más que sus dorados y suntuosos salones. También solía ir a Fontainebleau a meditar sobre sus espectros históricos y gozar de su viejo bosque. Antes de llegar al castillo, me detenía a comer en Barbizon, que hicieron famoso Corot, Millet y Rousseau. Me gustaba llegarme también al pequeño pueblo de Seaux, cuyo castillo y jardines animaron una corte de refinado espíritu.

En dos ocasiones estuve en Chartres, cuya catedral da la más perfecta y emocionante idea de la arquitectura gótica, y siempre saludé maravillado sus nobles y bellas torres y al ángel del cuadrante, que Rilke exaltó en uno de sus leves y sensitivos poemas.

Me paseaba en una ocasión con un amigo por las naves de la catedral, y nos pusimos a contemplar el efecto de luz de uno de los vitrales, cuando nos llamó la atención la plática de dos soldados. Uno de ellos se mostraba creyente, mientras el otro, un tanto burlón, rebatía sus argumentos. En un momento pareció que el incrédulo, más que con razones, con aceradas ironías, derrotaba a su interlocutor, cuando a éste se le ocurrió relatar el caso de un amigo ciego que había visto a la Virgen. Riendo burlescamente, el negador exclamó: “¡Conque un ciego vio a la Virgen!”. A lo que el relator respondió: “¿De qué te asombra? ¿Acaso tú mismo no ves a la gente cuando sueñas?”.

Nosotros continuamos deambulando, mientras reflexionábamos sobre el sutil argumento del soldado.

Yo hubiera querido permanecer aún en París, pero mis recursos fueron haciéndose cada día más exiguos, y aunque reduje mis gastos hasta lo inverosímil, pues llegué a alimentarme sólo de pan y leche enriquecida con glicerofosfatos, vino la hora en que sentí flaquear mis fuerzas, y experimenté un sentimiento de humillación que me exasperaba.

Tuve la suerte, sin embargo, de que el ingeniero Juan de Dios Bojórquez, director de Estadística Nacional, ayudara a mi familia proporcionando un empleo a una de mis hermanas, lo que calmó un poco mis preocupaciones, pero mi crisis personal se mantenía viva, pues hubo días en que, puedo decirlo ahora francamente, experimenté hambre.

Me cambié a un hotel más barato, también en el Barrio Latino, en la calle de Saint André des Arts, casi en la esquina de una callecita pintorescamente llamada Rue du Chat qui pêche. El cuarto era pequeño, el papel tapiz descolorido y sucio; la luz entraba por un ventanillo que daba a un patio interior húmedo y renegrido, como los que pinta en sus novelas Eugenio Sué. Me deprimía tanto que nunca estaba en el hotel. Prefería caminar por la noche bajo el fino tul de la lluvia hasta cansarme, para caer en la cama con sueño de plomo.

Apenas me vestía en la mañana me iba a la calle. Muchas veces llegaba a la Alianza habiendo tomado sólo una taza de café a pulso.

En uno de estos días de mayor urgencia me encontré en el fondo de un bolsillo una pieza de plata de 25 centavos de dólar. No había por allí casas de cambio y me fui directamente a una panadería, en la calle de Monsieur le Prince, esquina al Boul Mich. Pero no me atreví a entrar. Estuve un momento contemplando el escaparate y observando a través de los cristales la cara del panadero. Era hombre grueso, rubio, de ojos azules, de unos cuarenta años. Veo perfectamente sus facciones. Me alejé unos pasos, pero rehaciendo mi valor, regresé, entré con la moneda en la mano y le conté lo que me pasaba. Le ofrecí en prenda aquella moneda. La examinó y me la devolvió, diciéndome: “¿Qué es lo que desea usted llevar? Me pagará después”. “Haga el favor de darme una *baguette*.” Escogió del anaquel la más grande y me la tendió. Era un pan largo, de corteza crujiente, un verdadero “pan francés”, pero en Francia ignoran que así se llama.

Comprendí que mi estancia en París se había estropeado y que lo mejor era marcharme. La amistad fraternal de Lola y Germán Cueto vino en mi auxilio; esto alivió mi situación de momento, y en estado de mayor tranquilidad de espíritu hice los preparativos de regreso.

Fueron los últimos días parisienses un sueño dorado por las postrimerías del otoño. Sentí el dolor de la partida como un adiós a muchas ilusiones juveniles. Mi espíritu fluctuaba entre la atracción de aquella ciudad fascinadora y la necesidad imperiosa de volver a México. A veces hacía el

balance de mi vida y de los dones que recibí de la cultura de Francia. París fue un gran acontecimiento para mí.

No podía completar entonces mis propósitos. Tenía forzosamente que aplazarlos. Logré reunir algún dinero y emprendí la ruta de regreso a bordo del *Mexique*. Viajaban también en el transatlántico los escritores Baldomero Sanín-Cano y José María Chacón y Calvo, cuyos recuerdos de autores predilectos y emotivas lecturas animaban nuestras caminatas por los puentes. Algunas noches me separaba de aquellos amigos para quedarme solo frente al mar. La frescura del aire aclaraba mis sueños. Pensaba entonces en el futuro incierto, que pronto dominaba mi instinto de superación, y presentía nuevos estímulos para mi existencia.

Todos los escritores latinoamericanos han tenido debilidad por París. Muchos vivieron en él sus más bellos momentos. Algunos sólo lo presintieron y soñaron. ¡Cuántos poetas y artistas han conocido su nostalgia! Yo sentí su vida intensa. ¡Oh, ciudad amada, símbolo de armonía, de arte y de exquisitez! ¡Adiós! Me despidió con la melancolía de quien siente que traspone la hora meridiana de su vida. Prospera y florece en la paz.

## XXI

Pasé nuevamente por La Habana, ciudad de alegrías marítimas, que tiene vínculos con mi tierra, pues de ella salieron, a fines del pasado siglo, algunos de los educadores que más honda huella han dejado en Veracruz. Durante la escala del barco fui a pasearme por las calles vecinas al Capitolio y las arcadas que rodean la plaza. El espectáculo de la tarde tropical, el paso de las gentes que hablan en voz alta, las mujeres de ademán desenvuelto y claros trajes, las palmeras y el cielo azul me decían albricias de la primavera criolla.

Al llegar a Veracruz, mientras saboreaba las primeras impresiones del retorno, avivadas por una tensión espiritual, tuve la sorpresa de encontrarme frente a la robusta y risueña figura de Juan de Dios Bojórquez, quien festejó mi regreso con expansivas demostraciones de afecto. En esa misma entrevista, y sabiendo cuánto admiraba a López Velarde, le sugerí que enviáramos un telegrama al regente de la capital pidiéndole se pusiera el nombre del gran poeta zacatecano a una de las calles de la metrópoli. Señalamos concretamente para este fin la antigua Rinconada de San Diego, donde antes celebrábanse mexicanísimas ferias, y que, por lo mismo, parecía armonizar con el espíritu del poeta. No se consiguió exactamente lo que proponíamos, pero se aceptó la idea, y unas semanas después, en compañía del mismo Bojórquez y de otros amigos, fuimos a descubrir la placa consagratoria en una humilde callecita de la colonia Santa María, que antes se llamaba de la Violeta.

¡Cuán grata me parecía la vida en mi casa de la avenida Baja California junto a mi madre y mis hermanas, y rodeado de la cordial curiosidad de mis amigos! Olvidándome de los días desafortunados, evocaba con ellos sólo las horas fascinantes de París, su poesía y sus latidos de esperanza. A pesar de mi pobreza y ninguna perspectiva de futuro, me sentía feliz de hallarme

nuevamente en México, y con una confianza inmensa esperaba que mis vicisitudes se transformaran en halagos de fortuna. Mis presentimientos no tardaron en cumplirse. El destino me dio su primer aviso cuando, obrando con el espíritu aleatorio del mexicano, me confié a la lotería para tentar la suerte, y ésta me tuvo en cuenta regalándome un saquillo de pesos, que me liberó de preocupaciones por algún tiempo, y gracias a esta misma libertad hallé estímulo y entusiasmo para nuevas empresas.

Solía llegar hasta el Conservatorio Nacional, donde, en compañía de Silvestre Revueltas, oía los discos de música nueva que sólo excepcionalmente se tocaban en México: *Pacific*, de Honegger; *Petrouchka*, de Stravinsky; *El mar* y *La catedral sumergida*, de Debussy; las piezas breves de Erik Satie.

Me complacía también ir al Departamento de Estadística Nacional, que se encontraba entonces en Palacio y que dirigía Juan de Dios Bojórquez, cuya amistad siempre me ha sido grata. En esta dependencia manejaba la estadística social don Adolfo Ruiz Cortines, al que me unían franca amistad, afecto de paisanaje y el vínculo común de haber colaborado con el general Heriberto Jara, aunque en épocas distintas. Con entera confianza llegaba a su despacho. Lo encontraba ordenando documentos, informaciones y tablas; disponiendo e interpretando cifras; estableciendo similitudes. No faltaba tema que atrajera y estimulara nuestra atención. Desde entonces ya estaba él por el trabajo creador; yo, por el sueño creador. Pero, a pesar de esta divergencia y a la circunstancia de haber ocupado después él la más alta representación de la república, nunca dejó de existir entre nosotros la amistad más estrecha francamente cordial. Allí mismo saludaba a Francisco Rojas González, cuentista de un fuerte realismo, y a otros artistas y escritores, entre los que descollaba Luis Enrique Erro, hombre de muy variadas capacidades, que construyó el Observatorio de Tonantzintla, donde, poco antes de morir, volví a verlo, absorto en sus contemplaciones estelares.

A veces entraba a la biblioteca de la Secretaría de Hacienda para conversar con Jesús Silva Herzog; lo sorprendía siempre leyendo, no obstante la debilidad de su vista; su empeño causaba mi admiración. A pesar del grave oscurecimiento de su visión, no se desmoralizó nunca; su espíritu se mantuvo firme, erguido y categórico, y con incansable labor siguió la cruzada espiritual e ideológica de la Revolución.

Una tarde, mientras revisaba los estantes de la Librería Bouret, me encontré con el licenciado Narciso Bassols, con quien mantenía amistad

desde mis días de estudiante. Tuvimos una plática en la que me advirtió de futuros cambios gubernamentales y la posibilidad de que ocupara la Secretaría de Educación, invitándome, si la eventualidad se cumplía, a colaborar con él, como jefe del Departamento de Bellas Artes. No tardó en realizarse el pronóstico.

Cuando fui a visitarlo como me lo había pedido, me mostró, junto a su despacho, un salón donde se destacaba un moderno sillón giratorio. “Mire, compañero Maples Arce, la peluquería del señor secretario. Pero al Estado no le importa que yo venga aquí afeitado o con barbas. Ya ordené que se lleven ese sillón a una clínica escolar, donde seguramente hará más falta”, subrayó con gesto vivaz.

A veces reaccionaba con mordacidad. Cuando el general Calles se quejó públicamente de que le había fallado el material humano, le pregunté: “¿Qué opina usted de lo que dice el General?”. “El que falló fue él”, me respondió en forma perentoria.

Era de una gran austeridad en su vida pública y privada. Estricto cumplidor de sus deberes. En la observancia del Artículo Tercero, que consagra el laicismo de las escuelas mexicanas, se mostró irreductible, lo que le atrajo violentas diatribas, inclusive calumnias que intentaban manchar el honor de su familia, y a las que él se enfrentó con ejemplar valentía.

Consideraciones burocráticas impidieron a Bassols cumplir su promesa. Se encontraba al frente del Departamento de Bellas Artes el doctor Alfonso Pruneda y le resultaba violento prescindir de modo radical de este viejo servidor del Estado. Tuvo la fineza de ofrecerme entonces la jefatura del Departamento de Enseñanza Técnica, cuyas deficiencias había yo señalado, ajustando mis ideas a las del Bauhaus, de Weimer, pero no acepté, tanto por considerar que esta tarea debería encomendarse a un especialista, cuanto por no querer mudar mis propósitos y orientar mis actividades hacia otras metas culturales. Consentí, en cambio, en desempeñar el puesto de consejero.

Acepté esta responsabilidad, pero con la idea de ingresar un día en el servicio diplomático; leía los fascículos de la Institución Carnegie, los tratados y convenios editados por la Secretaría de Relaciones; las *Memorias*, de Talleyrand; los *Documents et écrits divers*, de Metternich, y otras obras clásicas de la diplomacia, sin abandonar mi práctica del francés. Seguí estudiando con un viejo profesor, paciente y pobre como Job, pero expansivo y vivaz, a

quien agitaban fuertes accesos de tos provocados por el tabaco que fumaba. Casi a diario iba yo hasta su cuchitril, en el pueblo de Tacuba, a tomar mi lección. Lo encontraba siempre listo ante una mesita de pino, vestido de overol, pues no poseía sino un solo traje que le servía para ir a la escuela y en todas las actividades de su vida social. Este triste cuadro me daba una clara percepción de la miseria magisterial. Por eso, acaso, a pesar del tiempo, me aparece su cara riente y simpática, aunque mi ingrata memoria haya olvidado su nombre.

## XXII

En aquellos días vinieron a invitarme los diputados Pedro Palazuelos y Carlos Real para que participara en las elecciones de Veracruz; vi la necesidad de intervenir en los asuntos de mi estado natal y acepté mi postulación a diputado al Congreso Federal por el distrito de Tuxpan, en la lista que encabezaba el doctor Alejandro Cerisola como candidato a gobernador.

Sin consultar a nadie ni buscar padrinos, vendí parte de mi biblioteca y en un vagón de segunda clase la emprendí hacia la Huasteca petrolera, en compañía de Víctor Gudini, candidato a la Legislatura del Estado. En Tampico tomé una lancha que me llevó por la laguna hasta Tuxpan. Al embocar el río y avistar el caserío, sentí iluminarse mi pasado. En el muelle se había reunido gran concurso de amigos y partidarios que me eran adictos desde la época en que, ocupando la Secretaría General de Gobierno, les había proporcionado maquinaria, herramientas y ayuda económica para llevar a cabo las primeras obras de saneamiento y pavimentación que se hicieron en aquella población.

Era la hora antemeridiana cuando la lancha atracó. Espejeaba el río. Salté a tierra y comencé a repartir abrazos, espaldarazos y apretones de mano; reconocí algunas fisonomías, adiviné otras, y me sorprendió el rostro de una de las viejas sirvientas de mi casa, que lloraba de emoción. Seguido de la multitud, me dirigí al Hotel Colón, junto al río, donde me alojé después de disfrutar el aura de la popularidad.

Debido a la parcialidad de las autoridades, que me eran completamente hostiles, aquella lucha política tuvo fatigosas complicaciones. El modo de conducir las elecciones por el Partido Revolucionario, al cual yo pertenecía, era efectuar, primero, un plebiscito para la selección de los candidatos que sostendría en los comicios, con la seguridad de elegir así a hombres de señalada popularidad.

Aquel periodo de elecciones fue de gran actividad. Visité personalmente a cuantos amigos recordaba. Salí por las calles en compañía de Ramón González, a quien en la Escuela llamábamos *Gachupín*. Ramón se hizo mi inseparable y era como el espejo de mi conciencia escolar. Apenas avistaba algún condiscípulo, que difícilmente hubiera reconocido de improviso, me daba el santo y seña, y me adelantaba algunos datos y sucesos que me facilitaban su identificación. Cuando yo saludaba al antiguo compañero, mi memoria aparecía fiel, a pesar del tiempo transcurrido. Así, rápidamente, renovaba mis contactos e incorporaba partidarios a mis filas.

Era intensísima la actividad de todos los grupos. El día del plebiscito, creo que ningún ciudadano se quedó en su casa; algunos vinieron de las congregaciones, a caballo. El influjo de nuestra propaganda había movido a la opinión. Después de recorrer la ciudad reuniendo a nuestros adeptos, nos dirigimos al sitio escogido para el recuento. Desde el primer momento hicimos sentir nuestra ventaja; pero como temía que los adversarios sobornaran al delegado del partido, pedí a los tres notarios del Distrito Judicial que certificaran el resultado de los plebiscitos, tanto de la cabecera como de los dos municipios más importantes, y que en conjunto formaban la mayoría electoral. El acta de certificación de los notarios me aseguró el triunfo, y provisto de mis protocolos regresé a México y me presenté muy ufano al general Manuel Pérez Treviño, presidente del partido.

A despecho de la evidencia de mi triunfo, todavía continuó la oposición en contra de mi candidatura y se maniobró para que no llegara a los escaños del Congreso. El fallo plebiscitario en mi favor no fue respetado por la parte contraria, que se presentó bajo la bandera de otro partido.

La lucha se hizo más ardiente. Organizamos reuniones en el local de nuestro comité y giras a los municipios. Fui hasta los más apartados rincones del distrito, que era de gran extensión y comprendía hasta la sierra de Tantima, en el antiguo cantón de Ozuluama, adonde una tarde llegué con una comitiva de varias personas, después de una larga jornada a caballo. Desde lejos habíamos columbrado la serranía, cuyo perfil y profundo azul ponían un sugestivo encanto en el paisaje. Después de recorrer las tierras bajas cercanas al mar, que a fuerza de sernos familiares resultábanme indiferentes, aquel espectáculo me despertaba emoción. Atravesamos un arroyo y unas tenerías antes de subir la última cuesta que conduce al pueblo, y vimos, cerca de una casa, a una moza de magnífica estampa. Mi suplente le

clavó los ojos vivaces y me dijo: “A esta yo le sacaba cría”. Esto me dio un poco la idea de la vida animal e instintiva de nuestro campo. Y, por la tarde, me di cuenta de que no eran simples alardes, y que ya en otro de sus viajes por aquella comarca había dejado retoños, pues lo vi platicando con un muchacho que tenía el mismo color de sus ojos y su mismísima figura.

Mucho tendría que contar de mis andanzas políticas de aquella época, pero sólo referiré un pasaje que me dejó fuerte impresión. Durante mi visita como candidato a Tamiahua, pequeña localidad de pescadores, a orillas de la laguna del mismo nombre, se nos ocurrió cambiar el programa de propaganda, y en vez del consabido mitin en la plaza pública, invitamos a un baile, que resultó sumamente animado por la cantidad de muchachas que concurren y la asistencia varonil. En lo más alegre del baile llegó un sujeto a provocar a uno de mis partidarios, y después de lanzarle amenazas, le hizo un disparo, al que éste respondió con mejor puntería, dejándolo tendido, sobre la tarima de la fiesta. Los gendarmes, que habían preparado la asechanza, comenzaron a disparar, lo que produjo la huida de los asistentes al baile. Inmediatamente aprehendieron al matador y a mi suplente, Francisco Rabatté, con quien me encontraba de espectador. Midiendo el riesgo y la superioridad de los enemigos, uno de mis partidarios me sacó por la puerta del patio, y aprovechando la oscuridad de la noche, me condujo a la cabaña de un pescador, donde permanecí el tiempo en que fue él a buscar un bote de canaleta, con el que atravesamos la laguna y nos deslizamos entre la maleza de la orilla opuesta, para internarnos después en un estero. Cobijados por una higuera que bañaba sus ramas en el agua, estuve oculto, con desconfianza y anhelo que se disiparon cuando oí, en el silencio matinal, la pulsación del motor de la lancha-correo que venía de Tampico. Fui, desde luego, a Tuxpan, y me comuniqué por telégrafo con el presidente de la república pidiéndole garantías para los detenidos y la libertad de mi compañero de plantilla, lo que logré tras empeñoso esfuerzo.

Como el ascendiente del coronel Tejada, quien apoyaba abiertamente la candidatura del licenciado Vázquez Vela para gobernador y a sus amigos, era muy fuerte en el ánimo del general Calles, cuya voluntad dominaba totalmente la política mexicana, fui a verlo un día a su casa de la colonia Anzures. Tenía una numerosa audiencia en la que figuraban gobernadores, militares y diputados. Cuando creía ya que no me recibiría, pues habían desfilado muchas personalidades y se hacía tarde, uno de los ayudantes vino

a llamarme y me introdujo en el despacho. El general Calles estaba de pie detrás de su escritorio. Al tenderme la robusta mano me dijo: “Ya sé que viene usted como diputado por el distrito de Tuxpan”.

Esto me alentó. Brevemente le referí las maniobras y parcialidad de las autoridades del estado, y le dije que tenía fe en el llamamiento del partido a la juventud, así como en la promesa de garantizar su participación en los destinos nacionales.

En la asamblea electora la discusión se mantuvo en un plano de dignidad. Mi adversario, el licenciado Valentín Rincón, pronunció un discurso inteligente y mesurado, que yo rebatí confiando en mis puntos de vista, y terminé con un matiz ligeramente lírico citando a Martí.

En aquella ocasión, el diputado Eugenio Méndez, jefe del bloque contrario, reconoció con toda nobleza mi triunfo y tuvo palabras enaltecedoras para mí. Con especial cordialidad recuerdo también la actitud del presidente del Colegio Electoral, diputado Melchor Ortega, y del líder cameral, el ingeniero Luis L. León, quienes pusieron empeño en que se respetara el sufragio.

Di principio a mis labores legislativas como presidente de la Comisión de Educación, pero mi actuación ofrecía obstáculos difíciles de allanar por la diversidad de cultura, ideales y sensibilidad de los componentes de aquel cuerpo. A pesar de todo, algo conseguí al sacar adelante la ley que consagró definitivamente la reforma de la autonomía universitaria. Intervine también en otros asuntos en defensa del patrimonio nacional y de los intereses sindicales de los trabajadores, y renové la proposición que el periodista Carlos Noriega Hoppe había hecho en una legislatura anterior para la creación del Premio Nacional de Literatura.

En el curso de aquella legislatura, el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, presidente constitucional de la república, presentó su renuncia ante la Cámara. Una mañana nos encontramos con la noticia, que por esperada no nos causó mucha sorpresa, pues días antes habían comenzado a correr rumores en ese sentido. Conversando con los compañeros, imaginaba algunas posibilidades sobre el sustituto, pero el nombre del general Abelardo Rodríguez circuló inmediatamente, y aunque el bloque de Veracruz presentó la postulación del general Juan José Ríos, y el mismo Partido Nacional Revolucionario, por fórmula, puso a discusión la personalidad del general Ángel Flores, si mal no recuerdo, la decisión en favor del general Rodríguez estaba bien determinada.

No me cupo ningún mérito en esta elección. En cambio, acogí con entusiasmo la iniciativa sobre la no reelección de los diputados para el periodo inmediato, pues había presenciado las continuas reelecciones de éstos durante los últimos doce años y el ningún fruto que produjeron al pueblo mexicano.



## XXIII

La víspera del receso parlamentario, el licenciado Ezequiel Padilla, compañero mío de Cámara, me invitó para que me asociara a su despacho, pero le manifesté que me proponía ir a Nueva York a perfeccionar mis conocimientos de inglés, adquiridos en una academia de México, pues pensaba renovar un día mi propósito de ingresar en la diplomacia. Días después, en efecto, salía yo para los Estados Unidos a bordo del tren de Laredo.

Me instalé en el Hotel Albert, en University Place, pero deseoso de encontrarme en un ambiente de expresión inglesa, busqué acomodo con una familia bostoniana, donde tuve algunas oportunidades de conversación en la tertulia a que acudían los amigos de la señorita de la casa, la bella Charlotte.

Reinaba en Nueva York, entonces, cierto espíritu de libertad que se manifestaba en diversas formas. Publicaciones de todas las zonas ideológicas ostentaban su heterografía en los quioscos de periódicos. En los cines destacábanse enormes fotografías que anunciaban las actualidades soviéticas. Por las tardes, cuando salía de la New Research School, atravesaba Union Square, resonante de toda clase de arengas, utopías y promisiones. A veces, una manifestación de obreros y obreras portadores de banderas rojas invadía toda la plaza, a los acordes de la Internacional.

Nueva York era propicio a los pintores mexicanos. Covarrubias había adquirido fama como ilustrador en algunas revistas; José Clemente Orozco acababa de terminar una gran decoración en uno de los centros educativos más modernos, y Diego Rivera pintaba un mural en el vestíbulo del Centro Rockefeller. Algunas veces llegué hasta sus andamios y juntos subíamos a la terraza del edificio para contemplar el panorama de la ciudad. Esta pintura dio origen a un conflicto entre el pintor y el propietario, y su supresión motivó protestas de grupos izquierdistas.

Al anochecer me mezclaba con la multitud, caminaba un rato, leía las noticias en los periódicos luminosos, y después de cenar en una cafetería, me iba a un teatro de Broadway. Otras veces permanecía en mi cuarto entregado a las fantasías de la vida interior. Me asomaba a la ventana y veía, por encima del campanario del colegio, en el espacio infinito, el brillo de las estrellas. Unos golpes discretos en la puerta me sacaban de aquella silenciosa ociosidad. Y la voz de Charlotte me invitaba a tomar una taza de té en compañía de su madre y algunos amigos. Solía yo corresponder a estas invitaciones obsequiándolas con helados en una fuente de sodas no distante, donde seguíamos la plática comenzada en casa.

En una tertulia en casa del periodista chileno Armando Zegri me presentaron a una joven judía, cuya amistad me fue sumamente agradable y me ayudó mucho en mis aprendizajes del idioma y la cultura sajona. Pasaba a buscarme por la tarde, temprano, a la Biblioteca Municipal, donde yo disfrutaba de buenas horas de lectura. Tomábamos un ómnibus en la Quinta Avenida y nos íbamos juntos al Museo Metropolitano, a la Galería Flink o al Museo de Arte Moderno. Por la proximidad del Parque Central, preferíamos el Metropolitano. Yo hacía que admirara el paisaje de El Greco y le refería mis impresiones de Toledo. Compartíamos el entusiasmo por los renacentistas italianos y los impresionistas franceses. La joven tenía predilección por Renoir, y yo por Manet y Cézanne. Si disponíamos de tiempo, bajábamos al salón de té y nos deteníamos un momento ante las esculturas de las civilizaciones de la Mesopotamia.

Era mi amiga un espíritu impetuoso. El *ballet* constituía su ideal. Muchas veces me explicaba sus aspiraciones y las tendencias expresionistas de su sensibilidad. Me acuerdo de una noche en que al salir de una fiesta me estuvo recitando poemas de Keats en un banco del Jardín George Washington. Manifestaba gran entusiasmo por la poesía, pero sobre todo tenía verdadero culto por Shakespeare, cuyos sonetos se sabía de memoria, así como algunas canciones de sus comedias que en sus labios se convertían en un *leitmotiv*.

Se interesaba vivamente (supongo que era particularidad de su condición israelita) en el problema de las razas. A veces nos metíamos en un dédalo de argumentos sobre el desarrollo étnico, en que salían a relucir las teorías de Gobineau, la unicidad y diversidad de las razas en el tiempo histórico, la inteligencia y la belleza transmitidas por la sangre, la fecundidad híbrida y hasta las fantasías visionarias del folclore negro.

Cuando comenzó el calor, buscábamos el fresco de Riverside Drive. Nos sentábamos en el césped, a espaldas de los inmuebles de lujo y frente al soberbio puente que abraza las orillas de Manhattan y New Jersey. Largos ratos nos entreteníamos conversando o viendo evolucionar sobre el río los yates y balandros, mientras la honda palpitación de la ciudad nos llegaba suspendida en un salmo sonoro.

Los domingos salíamos de excursión en los clásicos barcos de ruedas que navegan a lo largo del río Hudson. A pesar de la aglomeración, el paseo resultaba agradable. Bajábamos en algún pueblo ribereño para almorzar y caminar al aire libre por entre prados, cultivos y arboledas.

Yo tenía también amistad con los esposos Rogo, a quienes conocí en México. Ocupaban la casa del arquitecto que construyó el puente de Brooklyn, y desde la parte posterior, con vista al río, admirábamos la audaz estructura, que el constructor miraba desde allí con nostalgia los últimos días de su vida.

La temperatura de aquel verano se elevó excepcionalmente al punto de provocar una fuga hacia el campo y las playas. Mis amigos, apiadados del agobio que el calor me produjo, me llevaron a la playa de Long Island, y en su compañía, frente a los efluvios del mar luciente y resonante, pasé los últimos días de aquel verano.



## XXIV

A mediados de agosto de 1933 regresé a México para cumplir con mis deberes legislativos. Lo primero que hice fue entrevistarme con el general Lázaro Cárdenas, cuya candidatura presidencial comenzaba a perfilarse y pronto cobró un gran vigor. Había conocido a Cárdenas, primero en trato oficial, durante la época en que él mandaba las fuerzas de la zona de la Huasteca; volví a verlo cuando en el desempeño de una comisión de la Cámara fui a Morelia, y más tarde, cuando pasó a la Jefatura de Operaciones Militares, en Puebla; lo visité para hablarle de la construcción del camino México-Tuxpan, sabedor del interés que tenía por esta iniciativa, en la que yo me había empeñado también. Examinamos la situación política e hicimos un balance de las fuerzas de mi estado. Esta entrevista me confirmó los anhelos de renovación social de Cárdenas para enfocar los problemas nacionales.

Un día que me encontraba en la Cámara junto con otros diputados recibí una invitación del presidente del Partido Nacional Revolucionario, don Carlos Riva Palacio, para asistir a una junta relacionada con la propaganda presidencial del general Cárdenas, recientemente designado candidato en la Convención de Querétaro. Con este motivo nos reunimos en el salón principal de la sede del partido. Cárdenas se presentó vestido de civil. Su talla erguida, su pecho vigoroso, su ademán resuelto denotaban al hombre en la plenitud de sus facultades. Después de cambiar saludos tomó la palabra para exponer su ideario político y hacernos algunas recomendaciones. Asimismo nos dio a saber sus intenciones, la conducta que esperaba de nosotros y el sentido democrático que debería imprimirse a todos los actos de la campaña electoral.

Me tocó llevar la representación del general Cárdenas al estado de Aguascalientes, importante, a pesar de su pequeñez, por ser uno de los mayores centros ferroviarios de la república. Con especial interés cumplí esa comisión, que tenía por principal objetivo sumar a la candidatura cardenista aquella gran

fuerza de trabajadores, lo cual se consiguió no sin ciertos desvelos, pues el principal adversario, general Antonio I. Villarreal, gozaba del prestigio de su pasado revolucionario en su lucha contra la dictadura porfirista. Empero, la joven personalidad de Cárdenas, en la que prevalecían promesas de renovación, conquistó rápidamente la confianza popular.

Las tareas de esta campaña fueron agradables. Las gentes me brindaron amistad y me invitaron a sus fiestas y paseos. Un incidente, sin embargo, alborotó la plácida ciudad ferrocarrilera. Un domingo por la mañana, los partidarios del general Antonio I. Villarreal se congregaron en torno al quiosco de la Plaza Central para escuchar a su candidato, que acompañado de Soto y Gama, Aurelio Manrique y otros de sus correligionarios se disponían a celebrar un mitin. Apenas iniciado éste, grupos de los nuestros, con más pasión reprobable que fervor cívico, se introdujeron en el auditorio para silbar, gritar e interrumpir a los oradores. La gresca siguió creciendo, al grado de hacerse ininteligibles los discursos de los villarrealistas. Por más fuerza que imprimían a su voz, sólo descollaban vocablos y frases aisladas en el tumulto que se arremolinaba a cada instante en torno del quiosco. Los más audaces se subieron al barandal y, al mismo tiempo, trataban de arengar a la multitud. Felizmente no había armas de fuego, pero sí un furor agresivo que amenazaba degenerar en sangriento altercado. El general Villarreal y sus amigos, considerando imposible hacerse escuchar, optaron por abandonar la tribuna y replegarse hacia su hotel, donde sólo quedaron reducidos grupos de sus partidarios, en tanto que los turbulentos nuestros, satisfechos de haber hecho fracasar el mitin, se dispersaban lanzando estentóreos gritos.

Estos bríos provocadores me parecieron inciviles, y así lo manifesté al presidente del Comité Municipal, de donde había partido la instigación. No tardó en llegarme un mensaje del general Cárdenas, que se encontraba en San Luis Potosí, en el que reprobaba aquella demasía, y me daba instrucciones para que se les proporcionara a los adversarios la posibilidad de expresarse y exponer su programa con toda libertad. Organicé a este propósito una reunión cívica en el Teatro de Aguascalientes, con la colaboración de los jóvenes oradores José Muñoz Cota y Alejandro Gómez Maganda, portadores del mensaje de paz del candidato. Se invitó también al bando contrario para que enviara representantes, pero no llegamos a establecer un verdadero acuerdo, por el recelo que en ellos prevalecía.

Después de celebrar el triunfo cardenista regresé a México, satisfecho de haber participado en los trabajos electorales que llevaron a la presidencia de la república a uno de los más claros varones de nuestra patria.

\*\*\*

Por el tiempo de que hablo comenzó a reunirse en mi casa un pequeño grupo de amigos. Ermilo Abreu Gómez, bajo los destellos de una constante malicia, acudía acompañado de José Rubén Romero, que nos entretenía con sus cuentos y anécdotas recogidos de la picaresca popular, y cuya vida misma estaba llena de rasgos astutos. Rivalizaba con él en bromas y anécdotas Rafael F. Muñoz, atareado en componer la biografía del general Santa Anna, cuyos borrascosos sucesos narraba en un estilo rápido y cortado.

La adoración de Ermilo por Sor Juana, cuya maravilla nos demostraba como una ecuación, daba lugar a nuestras bromas; pero él, como si no escuchara, repetía su argumentación, con ese ceñimiento de estilo que le era característico. Sin embargo, nos desarmaba la firmeza de su admiración por la excelencia de aquella obra poética universal cuando oíamos: “Este que ves engaño colorido...” y aquel otro soneto que finaliza “que te labra prisión mi fantasía”.

Luis Cardoza y Aragón me comunicaba sus impresiones de lecturas. Mencionábamos libros que no habíamos leído y deberíamos de leer, y reflexionábamos sobre nuestros gustos y los problemas de la creación literaria. Unía Cardoza a su instinto poético gran afición por las artes plásticas, que evocábamos con gozosa imaginación, mientras nuestros recuerdos comunes de París y nuestras andanzas libres por el mundo efervescían nuestra curiosidad intelectual.

Fuéronse ampliando insensiblemente estas reuniones con gente atraída por la animación de la charla y la conciencia de un interés fundamental hacia México.

Largas horas pasábamos en la sala o en mi biblioteca, que se iba enriqueciendo poco a poco. Cuestiones diversas suscitaban nuestra reflexión.

Lo que se hacía en México y lo que debería hacerse. Seguíamos de cerca los intentos más avanzados de otros ámbitos culturales y anhelábamos análogas medidas y propósitos que tendían a su mejoramiento. Ciertas cosas parecíannos merecedoras de crítica, como cuando se inauguró el Teatro de las Bellas Artes, en que se hizo una farsa aristocratizante con invitaciones a los artistas de Hollywood, que seguramente no entendieron una palabra de *La verdad sospechosa*, de Alarcón, puesta en escena por Alfredo Gómez de la Vega. El boato que prometía la inauguración chocó contra nuestras convicciones revolucionarias. Lo comentamos y lanzamos una protesta que suscribieron conmigo otros escritores, aunque suavizando la redacción que yo había hecho y suprimiendo la parte final, en que se invitaba al pueblo para que se presentara a las puertas del teatro a ver llegar a los nuevos porfiristas.

En una ocasión nos reunimos en el Salón Verde de la Cámara de Diputados para tratar el problema de los homosexuales en el teatro, el arte y la literatura. Aunque hubo declaraciones reprobatorias, el diablo metió el dedo y ellos se quedaron más orondos que nunca, mientras la gente se preguntaba por qué se les permitía moverse con tanto desplante, cuando en la época de Porfirio Díaz se les obligaba a barrer las calles, como aconteció alguna vez a los que hicieron célebre el número 41, que popularizó una estampa de Posada. La moral pública no depende de un grupo: es el estilo de una sociedad, como diría Ortega y Gasset, y cuando ésta acepta que cada quien haga de su juicio un papalote, no existe posibilidad de dignificación.

El espíritu de mafia les dio preponderancia. A veces emprendían verdadera persecución contra quienes se resistían a solidarizarse con sus intentos de hegemonía intelectual o se negaban a entrar en aquel manipodio. Fue la época de la insistente publicidad de Proust y Gide, en cuya obra se amparaba la comedia de los “maricones” y el cinismo de los pederastas.

Para escapar a toda responsabilidad adoptaron una posición neutra que les permitió sobrevivir por encima de todos los conflictos ideológicos que han conmovido al pueblo mexicano. Nunca fueron de derecha ni de izquierda. Jamás se levantó su voz para afirmar un principio. Tampoco en el orden literario aportaron innovación alguna, puesto que repetían la lección de sus maestros e imitaban los sentimientos y la retórica de éstos. Pretendían una estética que los eximía de compromisos y los ponía al margen de toda obligación responsable.

A la sombra de protectores deseosos de aparecer como mecenas intelectuales, editaron, con el dinero de la nación, una antología en que los agradados escribieron sus panegíricos, los unos sobre los otros. Se declararon discípulos de Gide, pero en realidad eran simples beneficiarios de sus ideas, puesto que no supieron seguir su consejo: “Nathanaël, à présent, jette mon libre”, sino que continuaron apegados a las mismas obcecaciones literarias y morales.

Uno de sus maestros, el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, ya en sus postrimerías, en uno de sus poemas lo había de lamentar con dolorosa nostalgia:

Yo no sabía que la paz profunda  
del afecto, los lirios del placer,  
la magnolia de luz de la energía,  
lleva en su blando seno la mujer.  
Mi sien rendida en ese seno blando,  
un hombre de verdad pudiera ser...  
¡Pero la vida está acabando,  
y ya no es hora de aprender!

Su arrepentimiento, sin embargo, no tuvo eco en sus epígonos.

Los días pasaban como las olas del mar de que habla la canción. Uno que otro viaje me hacía cambiar de paisaje, visión y clima moral. Por aquel entonces hice, en compañía de Bassols, Magdaleno y otros amigos, una excursión a Veracruz. Entramos por el camino de Teziutlán, transponiendo una espléndida perspectiva de montes; pasamos a un lado del río Nautla, una de las mejores zonas agrícolas del país, con sus granjas y molinos de viento, y visitamos Papantla, en donde don Luis André, gran conocedor de las antigüedades totonacas, nos llevó a la maravillosa pirámide del Tajín, que tanto me hizo soñar en mi infancia. Pero al llegar a Tuxpan me entregaron un telegrama informándome que mi madre había sufrido una caída, por lo que regresé inmediatamente a México.

Encontré a mi madre en cama, enyesada, con una fractura en la cadera. Se la atendió con cuidado, pero la fractura no soldó bien y no recuperó nunca su plena libertad de movimientos. Esta desdicha me entristecía, pero no dejaba traslucirlo. Aparentando buen humor, iba a su cuarto a hacerle

compañía, y mientras charlaba, sentado a su lado, le daba masaje en la pierna entumecida, lo que le causaba cierto alivio. Para ella, siempre tan activa, esta inmovilidad constante resultaba muy penosa, pero llevaba su mal con paciencia, y su cara, bella a pesar de la edad, no dejaba nunca de sonreír dulcemente. Su sonrisa y su tez suave llamaban la atención. No puedo pensar en ella sin sentir la tersura de su rostro y ver su serena mirada.

Sentada en un butaque, con una labor de *crochet* entre las manos, dejaba vagar la vista por la ventana, hacia la calle, que era todavía un poco campo. En el marco luminoso de la puerta que da al patio, Clotilde, mi sobrinita, fingía leer un libro a través de los espejuelos de la abuelita. Parientes y amigos llegaban a visitarla asiduamente, pues era muy querida de todos. Mi tía Carmen se asociaba a sus labores manuales lo mismo que su prima María y la profesora Genoveva Galindo, que jovialmente animaba la conversación.

Yo iba a veces a saludar la tertulia, pero generalmente me retraía en mi estudio para preparar la clase de historia del arte que daba en la Escuela Normal o leer algún libro de mi predilección. Pasaba por algo semejante a una crisis, provocada por causas exteriores e inconformidades de orden social e intelectual. No estaba muy seguro de mi porvenir, y la existencia transcurría sin ningún objetivo consciente, en medio de vagos impulsos, emociones y sentimientos, que me desviaban de la acción propicia.

Me refugié pasajeraamente en el departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública, forjándome la ilusión de completar la obra de Vasconcelos, enfocada hacia los clásicos griegos y latinos, pero dándole ahora una orientación más moderna y universal.

Era mi deseo encauzar las lecturas de la juventud con libros de un hondo sentido espiritual, de irradiación fecunda, que tuvieran el poder de comunicarle una intensa vitalidad y substraerla al influjo de los libros inútiles o francamente nocivos que atraen por su título o su publicidad llamativa. Soñaba yo con libros esenciales, profundos, de una milagrosa plenitud. Pero me faltaron los elementos materiales y hasta el tiempo para abordar seriamente el proyecto, pues tuve que dedicarme a redactar farragosas circulares, que ni siquiera eran de la incumbencia de aquel departamento. Recuerdo que llegaban iniciativas verdaderamente peregrinas. Una de ellas, por ejemplo, proponía la publicación de un almanaque de traspasado mexicanismo. Cada día del año estaba dedicado a una conmemoración. Comenzaba con los fastos de la historia antigua, desde los más lejanos reyes acolhuas hasta los conquistadores.

Glorificaba a hombres de la Colonia, virreyes, sabios y poetas, a los héroes de la patria. Incluía toda clase de fiestas religiosas y profanas. No faltaban los días de exaltación ejemplar: el de la madre, del niño, del maestro, del soldado, del cartero, del velador, etc. En fin, se festejaba lo cívico y lo religioso, lo humano y lo divino, lo fúnebre y lo cómico; aquello, entreverado de vulgares politiquerías y serviles alabanzas. Todo debería de ser celebración, jolgorio y bienandanza en nuestra patria. Recapacité que si ya con el espíritu propenso de nuestro pueblo a la diversión y a la holganza existían tantos días de asueto, la propalación de nuevas fechas feriales daría lugar a la ociosidad en máxima escala de la población. Decidido a no publicar el dichoso almanaque, y viendo que no podía llevar a cabo mis ideas, renuncié y me alejé pensando: “¡Ah vagancia, más grande que la deuda nacional!”.

La cátedra que desempeñaba en la Normal era interesante, pero insuficientemente remunerada para hacer frente a mis obligaciones familiares, y como nunca había abandonado mi proyecto de ingresar en la diplomacia, un día me decidí, y me fui a ver al ex presidente don Emilio Portes Gil, secretario de Relaciones Exteriores, de cuya amistad cordial y generosa estaba seguro. Me recibió en el mismo despacho, algo modificado, que al principio de mi vida de estudiante había yo visitado llevando aquella carta de recomendación, a cuya magia confiaba mi destino. Contéle mis desengaños en Educación y le manifesté mi deseo de ingresar en el servicio diplomático.

—Cuente usted con mi apoyo —me dijo—, desde luego; pero antes voy a consultar con el señor presidente Cárdenas, en interés suyo y para afirmar mejor su misma situación.

Poco tiempo después, una tarde que pasaba yo frente a la casa del licenciado Portes Gil, pues éramos casi vecinos, coincidí con su salida y me invitó a subir a su automóvil. Tomamos por la avenida de los Insurgentes rumbo a la Secretaría, y en el camino me dijo que tenía buenas noticias que darme, pues el señor presidente no tan sólo no objetaba mi nombramiento, sino, por el contrario, le había recomendado que me buscara un puesto interesante. Luego me explicó que su propósito era designarme encargado de negocios en Portugal, pero que debería esperar la jubilación de un consejero. Como ésta tardara, el licenciado Manuel J. Sierra, jefe del departamento diplomático, me informó que si yo lo deseaba, podría, entre tanto, ir a Bélgica como secretario, en inteligencia de que en la primera posibilidad se me expediría el otro nombramiento.

El nombre de Bélgica sonó amablemente en mi espíritu. Diversas imágenes acudieron a mi mente. Pensé en sus hermosas ciudades, los campos húmedos de bruma, las obras poéticas de Verhären y de Mäeterlinck, en las miniaturas de Memling y los colores de Rubens y Van Dyck. Acepté, sin cuidarme del rango. Esto iba a permitirme una vida que respondía a mis aspiraciones; una visión directa del mundo, una conciencia más vasta de lo humano y de la cultura; nuevas relaciones intelectuales que enriquecerían mi sensibilidad y posibilidades para renovar mi obra poética. Me apresuré a llevar la noticia a mi madre. Ella, que sabía que desde chico soñaba con ser diplomático, compartió mi alegría. Acordamos que iría junto con mi hermana Adela a reunirse conmigo. Hasta el momento de mi partida no quiso entristecerme, y se mostró contenta de ir a vivir a Europa con nosotros, pero en la distancia del tiempo me doy cuenta de que lamentaba dejar a mis dos hermanas y a su nietecita.

Cuando subí a mi estudio sentí que se aproximaba una época de grandes cambios. Mi hermana Matilde había contraído matrimonio no hacía mucho tiempo, y mi hermana Amalia estaba próxima a desposarse. Pasé la mirada por la habitación. Contemplé la decoración que Méndez había pintado en un ángulo. Abrí algunos de los cajones del armario, donde se habían acumulado retratos, documentos y testimonios literarios. Pensé en mi vida, en mis sueños intelectuales, en los amigos con quienes confrontaba mis ideas, en el abandono de aquella casa que había construido con tanta ilusión.

Una noche de comienzos del mes de mayo de de 1935 salí por la estación del Ferrocarril Mexicano a Veracruz para tomar el barco. Acababa de cumplir treinta y cinco años. La imaginación me hacía presentir horas felices de trabajo, descubrimientos de nuevos valores, emociones profundas y una plenitud de actividad creadora; en fin, eso que Juan Maragall llamaba “una visión total de la vida por la belleza”.

En ese estado de confianza, mi espíritu inauguraba una eclosión esotérica:

Que el olvido descienda por las linfas del sueño.  
Ya la creación imprime sus dedos en mi frente  
y alzan su voz ardiente  
de otras razas sonoras las sirenas,  
y recitan mi vida, mi fábula, mi ausencia.

Mientras surcaba el Atlántico, miraba hacia el silencio del horizonte, desde donde me llegaba la promesa del mar. Sentía el eco profundo del resonar eterno de la vida. Latía en mí un ansia que me infundía ímpetus asombrosos. Las soledades del tiempo estaban abiertas a mi inquietud. Cuerpo y espíritu movíanse a seguro compás. Era ilimitada la fuerza de mi deseo. Mi vida se proyectaba hacia el futuro. Sentía la delicia de un objeto, la alegría de una metáfora, el encanto de una fantasía. A la incitación seguía la decisión inmediata, casi confundida con el acto. La ciencia y el dinero tenían escaso valor. Era prodigioso caminar sobre la tierra, mirar las estrellas, interrogar al horizonte, emigrar a otros climas, idiomas y culturas, meditar sobre el amor y la belleza, mantenerse firme sobre el vaivén de los acontecimientos y la Historia, formar parte de un pueblo, de una revolución, amar la verdad, exaltarse por una causa; todo era satisfacción imperiosa de vivir, íntegra condición de la juventud. ¿Cuándo comienza y cuándo acaba la juventud? Nadie lo sabe. Florece y se deshoja insensiblemente. Mientras sentimos la plena identificación con la Naturaleza, la intensidad de las sensaciones y el acorde de nuestro latido con el latir del mundo, comprendemos su lozanía evidente. El sol brilla con alegría. Resplandecen los prados y los árboles. Estamos llenos de sueños visionarios. La vida es un raudal de gozo, de emociones, de promesas novísimas. Y si un día advertimos que todo se decolora, que la vida cambia, que ya no somos los mismos, no nos resignamos, y creemos aún que es nuestra el “alba de oro”, pues algo de ese caudal maravilloso nos queda en el fondo del alma y nos conforta de los días malcontados.



## ENVÍO

A mis hijos:

*A vosotros, a quienes los azares de mi vida diplomática han llevado por caminos lejanos de la patria, os envío este libro, en el que hallaréis una imagen de la tierra que a mí me ha hecho soñar y vivir. Es el retrato de mí mismo, de mis amigos y del mundo de mi juventud. Está vinculado a luchas apasionantes y valores espirituales; a la realidad de un pueblo y a los impulsos y rebeldías de una generación; a los goces estimuladores de la poesía y a la presencia inefable de la mujer. Os lleva también la certidumbre de mi ternura y mi profundo amor.*



## Índice

I	7
II	27
III	35
IV	39
V	47
VI	51
VII	59
VIII	65
IX	69
X	75
XI	81
XII	95
XIII	119
XIV	127
XV	133
XVI	139
XVII	141
XVIII	159
XIX	167
XX	171
XXI	189
XXII	193
XXIII	199
XXIV	203
Envío	213

Siendo rector de la Universidad Veracruzana  
el doctor Raúl Arias Lovillo,  
*Soberana juventud*, de Manuel Maples Arce,  
se terminó de imprimir en mayo de 2010  
en Editorial Ducere, S.A. de C.V., Rosa Esmeralda 3 bis,  
col. Molino de Rosas, C.P. 01470 México, D.F.  
La edición, impresa en papel cultural de 90 g, consta de 500 ejemplares  
más sobrantes para reposición.  
Se usaron tipos Goudy Old Style de 18:28, 11:14 y 9:11 puntos.  
Formación: Aída Pozos Villanueva,  
cuidado editorial: Nina Crangle y Liliana Calatayud.